EL CARPINTERO DIVINO

La Persona y la Obra de Cristo



ATILIO RENE DUPERTUIS

El Carpintero Divino

La Biblia hace inconfundiblemente claro que la esencia de la vida cristiana es más que la aceptación intelectual de ciertas doctrinas; implica una relación personal, íntima con el Maestro, porque El es el centro de la teología y de la experiencia cristiana. La pregunta que Jesús hiciera a sus discípulos aquel día memorable en Cesarea de Filipo, "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" se ha convertido en la gran pregunta, en la pregunta de los siglos, la pregunta que todo ser humano debe contestar.

El Carpintero Divino presenta en forma clara y amena un estudio de la doctrina de Cristo, según se revela en las Sagradas Escrituras. El trabajo se divide en dos partes: la primera, sobre la persona de Cristo y la segunda, sobre su obra redentora.

El **Dr. Atilio René Dupertuis** es profesor de teología y director del Instituto de Ministerio Hispano en el Seminario Adventista de la Universidad de Andrews, Berrien Springs, Michigan. Es autor, además, de los libros ***Verdades eternas*** y ***En paz con Dios***.

PIONEER PUBLICATIONS
4997 Pioneer Rd.
Berrien Springs, MI 49103

$9.95 U.S.

EL CARPINTERO DIVINO

La Persona y la Obra de Cristo

Atilio René Dupertuis

Pioneer Publications

El Carpintero Divino

Pioneer Publications
4997 Pioneer Rd.
Berrien Springs, MI 49103

DEDICATORIA

Dedicado con profundo afecto y gratitud a mi madre, quien ejemplificó para mí, en su propia vida, el amor y la ternura de Jesús, el Carpintero Divino.

LISTA DE ABREVIATURAS

CC	El camino a Cristo
CS	El conflicto de los siglos
DTG	El Deseado de todas las gentes
DMJC	El discurso maestro de Jesucristo
Ed.	La educación
FO	Fe y obras
MC	El ministerio de curación
Ms.	Manuscrito
1 MS	Mensajes selectos, Tomo 1
OE	Obreros evangélicos
PP	Patriarcas y profetas
PVGM	Palabras de vida del gran Maestro
R & H	Review and Herald (Revista adventista)
ST	Signs of the Times (Señales de los tiempos)
SP	Spirit of Prophecy (Espíritu de profecía)
2 T	Testimonies for the Church, Tomo 2 (Testimonios para la iglesia)
YI	Youth Instructor (El instructor de la juventud)
3 CBA	El comentario bíblico adventista, Tomo 3

NOTA: Lo enfatizado por medio de *cursivas* o **negrillas** no es parte del original, a menos que se indique. Sólo refleja la intención del autor de hacer resaltar algún pensamiento fundamental.

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

La Persona de Cristo

INTRODUCCION

Leíamos hace un tiempo la historia de un inspector que trabajaba en una planta nuclear a quien se le encargó una tarea muy especial. Debía vigilar la puerta de salida para que ninguno de los obreros llevara nada de la planta, especialmente material que contuviera elementos radioactivos. Tenía un instrumento especial y fielmente revisaba a la gente que salía de allí.

Una tarde notó que uno de los obreros salía empujando una carretilla llena de aserrín. El inspector lo detuvo, lo revisó cuidadosamente y al no encontrar nada prohibido, ningún material radioactivo, le permitió seguir su camino. Curiosamente, al día siguiente, más o menos a la misma hora, el mismo obrero volvía a salir de la planta llevando una carretilla llena de aserrín. La revisó otra vez con todo cuidado y al notar nuevamente que todo estaba en orden lo dejó seguir.

Lo mismo sucedió por varios días, hasta que finalmente, movido más por curiosidad que por sospecha, comenzó a interrogar al obrero que salía con la carretilla. Esto llevó a una investigación más detallada y finalmente el trabajador confesó que había estado robando carretillas. El inspector estaba tan preocupado por examinar el aserrín, a ver si había algo escondido allí, que lo más grande pasó sin que el se diera cuenta.

Esta historia contiene una amonestación para nosotros como estudiantes de la Biblia. Muchas veces nos preocu-

pamos por cosas pequeñas, tal vez secundarias, y perdemos de vista lo central, el cuadro mayor. No quiere decir que hay cosas pequeñas que no son importantes. En realidad la Biblia nos amonesta a tener cuidado de "las zorras pequeñas" porque ellas pueden ser las que destruyen la viña (Cant. 2:15).

Sin embargo, lo cierto es que lo primero debe ponerse primero y a aquello central debe dársele la importancia que le corresponde. No hay duda alguna que el tema central de la Escritura es el Señor Jesús. Por lo tanto, la doctrina de Cristo es el tema principal al cual debiéramos darle importancia primordial.

La doctrina de Cristo o Cristología incluye un estudio de la persona y la misión de Cristo: *quién* es y *qué* vino a hacer. Normalmente, la Cristología abarca en primer lugar la persona de Cristo y la Soteriología, la doctrina de la salvación, más bien su misión, lo que él vino a hacer; pero esta distinción es hasta cierto punto artificial y académica. La persona de Cristo y su obra están estrechamente relacionadas, en realidad son como las dos caras de una misma moneda y no pueden separarse, no puede estudiarse una sin que de alguna manera afecte la otra.

A manera de ilustración citaremos un par de pasajes de la Escritura. Por ejemplo, San Mateo 1:21 nos dice "Y dará a luz un hijo y llamará su nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Este texto nos hace referencia a Jesús y al mismo tiempo qué es lo que él iba a hacer.

En el Evangelio de San Lucas 19:10 encontramos otra vez esta verdad afirmada de la siguiente manera: "Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido". El Hijo del hombre, *quién es* el Hijo del hombre y *cuál es* su obra. Los dos temas demandan estudio en las palabras de este mismo versículo.

Podríamos muy bien decir que el propósito central de la

Escritura es en realidad presentar a Cristo y la naturaleza de su misión. En cierta oportunidad el Señor Jesús, al hablar con los judíos, les dijo, "Escudriñad las Escrituras porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí". El propósito de la Escritura, según el Señor Jesús, es dar testimonio de él.

En segundo lugar, su propósito es soteriológico. Pablo le señaló a Timoteo que "desde la niñez has sabido las Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación" (2 Tim. 3:15). Las Escrituras dan testimonio de Cristo para que el hombre pueda encontrar en él la salvación, porque "no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12).

En realidad, cuando nos remontamos a las primeras páginas de la Escritura, y encontramos la primera mención que se hace del Evangelio, de las buenas nuevas del plan de la salvación después de la caída de nuestros primeros padres, se mencionan estos dos aspectos centrales de la Escritura en el mismo versículo. En este texto conocido como el protoevangelio, se menciona que Cristo, la simiente de la mujer, sería herido en el calcañar para que el hombre necesitado de rescate divino, pudiera ser otra vez traído al favor de Dios (Gén. 3:15).

En la primera parte de este trabajo trataremos de contestar la pregunta: ¿Quién era Jesús?, su naturaleza, sus atributos, su relación con el hombre. Y en la segunda parte nos interesaremos en dar respuesta a otra pregunta fundamental: ¿Cuál fue su misión? En otras palabras, cómo nos salva Cristo. Estudiaremos el significado de su vida, de sus enseñanzas, de su muerte y resurrección, de su intercesión, ya que es en Cristo, y sólo en él que "tenemos seguridad" (Efe. 3:12).

1

LA GRAN PREGUNTA

El Señor Jesús había pasado varios días con sus discípulos junto al Mar de Galilea. Mientras estaban allí, los fariseos y saduceos vinieron a tentarle exigiéndole que mostrara alguna señal para autenticar su pretensión de ser el Mesías. Jesús no hizo ninguna señal, sino que les dijo que sólo se les daría la señal de Jonás profeta.

Este incidente afectó el ánimo de los discípulos. Ellos mismos tenían dificultad para entender las palabras y actitudes de Jesús. ¿Por qué no hacer el milagro que ellos pedían para satisfacer su curiosidad y tal vez de esa manera ganar su respeto y apoyo? Pero Jesús los llevó al otro lado del Jordán y les amonestó a cuidarse de la levadura de los fariseos y saduceos.

En su ofuscación los discípulos no captaron lo que Jesús quiso decirles, por lo cual él los reprochó tiernamente diciéndoles que eran "hombres de poca fe". Fue entonces cuando decidió alejarlos de aquella región de intrigas y sospechas y los llevó hacia el norte, a la región de Cesarea de Filipo. Los discípulos iban descorazonados. Notaban creciente hostilidad hacia Jesús de parte de los dirigentes religiosos. Mucha gente lo había abandonado ya. Ellos mismos se sentían inseguros.

Fue precisamente entonces, cuando ellos estaban pasando por esa situación, que Jesús los confrontó con una pregunta de trascendencia sin igual; algo que ellos debían resolver antes de

que otras cosas pudieran ser resueltas: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (Mat. 16:13-17).

La pregunta era aparentemente fácil de responder. Ellos escuchaban a diario las preguntas y opiniones de la gente en cuanto a Jesús, por lo que contestaron, "pues unos dicen que eres Juan el Bautista, otros Elías y otros Jeremías o alguno de los profetas". Es notable que los discípulos fueron cuidadosos en su respuesta. Ellos oían también comentarios muy negativos en cuanto a Jesús, por ejemplo: que era glotón, bebedor de vino, amigo de los pecadores; pero nada de eso dijeron, o por lo menos no le dieron importancia.

Después de escuchar por un momento lo que ellos decían, Jesús les hizo otra pregunta, ya no tan fácil de contestar. Les hizo la pregunta de los siglos: "Y vosotros, ¿quién decís que soy?" Después de un momento de silencio Pedro respondió, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Su respuesta fue sorprendente. Más a tono con su estado de ánimo hubiera sido: "no sabemos, no estamos seguros, ¿por qué tú no nos lo dices claramente?"

Pero cuando Pedro articuló esas palabras memorables, Jesús comentó, "bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne, ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos". Este incidente es muy significativo y quisiéramos detenernos en tres aspectos fundamentales que de él se desprenden, lo cual será la base de nuestra filosofía en este estudio.

En primer lugar, no es suficiente y a la vez es inseguro depender de lo que otros dicen acerca de Jesús. La verdad acerca de quién es él no se encuentra en los comentarios de la gente, ni en las expresiones eruditas de los teólogos.

Dos mil años más tarde, si hiciéramos la misma pregunta que hizo Jesús, "¿quién dice la gente que yo soy?" obtendríamos respuestas muy variadas otra vez. Algunos dirían

hoy que era un buen hombre, un maestro ideal, un genio religioso, otros, que era un fanático equivocado, y últimamente se oye con frecuencia decir que Jesús era un revolucionario, que si las condiciones hubieran sido más favorables, sin duda hubiera hecho estallar una revolución en Palestina en favor de los derechos de los pobres y oprimidos.

En segundo lugar, Jesús confrontó a los discípulos con la pregunta en forma personal, "y vosotros ¿quién decís que soy?" De igual manera cada ser humano debe contestar por sí mismo ese interrogante, y la única respuesta que corresponde con la realidad es la que dio Simón Pedro, "tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente."

Ningún concepto de Jesús inferior a éste puede ser válido. Lo que dice la gente no es verdad, a menos que se reconozca esta verdad fundamental. Y no sólo reconocerla teóricamente; en lo personal, en el fondo del alma, cada ser humano debe responder a la pregunta, "y tú, ¿quién dices que es, quién es él para ti?" Es un asunto eminentemente personal, no asunto de grupo, de iglesia o de pueblos.

En tercer lugar, ¿cómo se sabe que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Cómo lo supo Pedro? Jesús le dijo a Pedro que este es un asunto de revelación. "No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. 16:17). La confesión de este discípulo no estuvo basada en su propio razonamiento o especulación; había sido una revelación de Dios. Esto es muy crítico. El único lugar donde podemos encontrar la verdad acerca de Jesús es en la revelación, en la Sagrada Escritura, en el "así dice Jehová."

Frente a la revelación que encontramos en la Escritura, hay comúnmente, tres actitudes posibles. Algunos la niegan. Hay quienes no creen que lo sobrenatural ocurre. Todo se debe al proceso común de las leyes de la naturaleza. La Biblia es un libro como cualquier otro libro. Contiene mucho de bueno,

mucho de valor, pero no es cualitativamente superior a otros buenos libros que se hayan escrito. Por lo que la Biblia debe ser estudiada como cualquier otro libro, podándosela de todo aquello que sugiera algo milagroso o sobrenatural.

Por otro lado, hay quienes aceptan la Biblia como la Palabra de Dios, pero la cuestionan; la estudian a través del filtro de su propio razonamiento humano, de la competencia humana, y eso los lleva a seleccionar aquellas cosas que cuadran con sus razonamientos; son muy selectivos en el uso de la Escritura.

Otra actitud posible es aceptarla porque viene de Dios y entonces tratar de entenderla sometiendo nuestros juicios a su criterio. Aceptar la Biblia como la Palabra de Dios, como la revelación de su voluntad y estar dispuestos a someterse a sus veredictos, no es popular hoy, ni aún en el mundo así llamado cristiano.

En los últimos dos siglos ha habido un desplazamiento visible de la fe en lo sobrenatural a lo natural, de la fe a la razón. El teólogo contemporáneo David Wells lo expresa muy bien cuando dice:

> En el pasado el papel del teólogo era aclarar, exponer y defender la fe cristiana. Esto no es más así. Lo que es más común es que el teólogo cuestione, niegue y dude parte de lo que ha sido tradicionalmente enseñado como esencia de la fe (*The Person of Christ*, p. 2)..

Hoy hay mucho interés en la verdad, pero no en la *verdad* de la revelación, sino en la verdad que puede ser descubierta, comprobada, manejada por el hombre, aquella que armoniza con la ciencia y con la cultura. Nosotros confesamos nuestra confianza indivisa en la Escritura como la Palabra de Dios, como la palabra inspirada de Dios, como su revelación.

Al proseguir el estudio de este tema lo haremos tratando de descubrir la verdad de la revelación. No quiere decir que

podremos entender todo, aclarar todos los misterios, agotar el contenido. Más de una vez será necesario detenernos y confesar que el pozo es hondo y no tenemos con qué sacar el agua (ver Juan 4:11). Al mismo tiempo nos animará la realidad de que "el estudio de la encarnación es un campo fructífero que va a recompensar al investigador sincero que cava hondo por la verdad escondida" (*Ms.* 67, 1898).

La tarea del que estudia la Biblia no es fácil, es en realidad difícil, es contender con el Todopoderoso, conscientes de que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos. Es tratar de explicar lo inexplicable, de penetrar lo impenetrable, los misterios de Dios. Es una experiencia única, una lucha sin igual.

Es una experiencia similar a la de Jacob cuando aquella noche memorable luchó con el mensajero divino junto al Jaboc. Jacob a solas buscó a Dios. Necesitaba encontrar respuesta para los interrogantes de su alma. En esas circunstancias se presentó un mensajero celestial y se entabló una lucha. Aunque no sabemos todos los pormenores de esa lucha, sí sabemos que Jacob perdió; que como resultado de ese encuentro quedó herido, y cuando le preguntó al mensajero celestial cuál era su nombre, para saber de él, le fue negado. Pero como bien dijera Tomás de Aquino hace muchos siglos: en aquella lucha Jacob sintió debilidad, una debilidad que al mismo tiempo era dolorosa y deliciosa, porque ser así derrotado era en realidad la prueba de que el combate había sido divino.

Por eso es que al tratar de luchar con la revelación, con el mensaje que viene de Dios, vamos a ser heridos, tal vez nuestro orgullo, nuestras ambiciones de entender todo, de tener en todo la última palabra. No podremos comprender a Dios en su totalidad. Si pudiéramos hacerlo, lo perderíamos, habríamos construido un ídolo del tamaño de nuestra mente.

Es muy posible que Jacob, después de aquel encuentro con

el mensajero divino, sabía en un sentido tanto acerca de Dios como antes, pero ahora lo conocía en otra dimensión, no teológica, pero personal, y ese conocimiento llenó su alma, transformó su corazón y recién entonces pudo hacer frente a su hermano y a la posibilidad de una vida en paz. Había sido tocado por la mano del Señor. Este es en realidad el objetivo final de este estudio.

2

DISCUSIONES CRISTOLOGICAS

Mencionamos ya que el propósito central de la Biblia es Cristológico y Soteriológico, una revelación de la persona de Cristo y de su obra salvadora. El Nuevo Testamento comienza poniendo de relieve esta verdad. El Evangelio de Mateo comienza diciendo que es el "libro de la geneología de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham". Enseguida afirma que el nombre del hijo de María sería Jesús, porque él salvaría a su pueblo de sus pecados (1:21). Además, lo llama "Emanuel, que traducido es Dios con nosotros" (1:23). El Nuevo Testamento presenta a Cristo como Emanuel, como Dios con nosotros, es decir, como el Dios-hombre. Nació como un niño de la bendita Virgen María, pero no era un niño común, era Dios en carne humana.

Los escritores del Nuevo Testamento se preocuparon más por enfatizar *quién* era Jesús que por explicar *qué* era, es decir, por tratar de dilucidar con exactitud la naturaleza del Dios-hombre, la interrelación de lo divino y lo humano en Emanuel. Se dieron por satisfechos con aceptar la revelación recibida y no se preocuparon por indagar en su misterio. No ofrecieron ninguna especulación; más bien se sintieron asombrados frente a la magnitud y profundidad de este misterio.

El Antiguo Testamento comienza de una manera muy similar, haciendo una declaración categórica sin dar mayor explicación: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gén. 1:1). No se detiene a explicar o dar pruebas racionales

de la existencia de Dios; afirma la verdad y prosigue asumiendo que el hombre la va a aceptar, no porque haya sido satisfecha su curiosidad en todos los detalles, sino porque es revelación de Dios. El Salmista declara más adelante que negar la existencia de Dios es cosa de necios (Sal. 14:1), aunque tampoco trata de probar su existencia. Es que la fe se basa sobre evidencias, no demostraciones, y las evidencias de la existencia de Dios y de su obra creadora son tan claras y abundantes que el cristiano puede creer y tener plena seguridad, aunque no pueda contestar todos los interrogantes que puedan surgir en su estudio de Dios.

Y así es con el Señor Jesús. El Nuevo Testamento afirma como una verdad revelada el hecho de que es Dios y hombre al mismo tiempo, sin detenerse a dar todos los detalles y a contestar todas las preguntas posibles. Sin embargo, al leer con detención las páginas de los Evangelios, encontramos tantas evidencias de quién era Jesús y cómo salva al hombre, que nadie necesita dudar. En los capítulos siguientes vamos a analizar estas evidencias en la Escritura, pero antes daremos un vistazo al desarrollo de la doctrina de Cristo a través de la historia de la iglesia.

En los primeros años de la Iglesia Cristiana, mientras ésta existía casi exclusivamente en Jerusalén, hubo poca discusión en cuanto a la identidad de Jesús. Los discípulos predicaban con poder y convicción la realidad en cuanto a Jesús de Nazaret; ellos eran testigos; habían estado en su presencia, habían sido impactados por su vida y por su obra. Su misión era compartir lo que habían recibido. En su misión no había lugar para especulación ociosa. Pedro así lo expresó: "Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad" (2 Ped. 1:16).

Pronto la iglesia, en cumplimiento del mandato de Jesús, traspuso las fronteras de Jerusalén y Judea y penetró en Samaria, para seguir luego hasta lo último de la tierra. El traspasar las fronteras del judaísmo y penetrar en el mundo gentil, significó no sólo un cambio social y étnico, sino también una nueva preocupación en cuanto a Jesús. La mentalidad griega es por naturaleza más analítica, más dada a la especulación. Con razón Pablo decía "los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría" (1 Cor. 1:22).

> Durante siglos, esta raza [los griegos] se había distinguido por sus logros intelectuales y su dependencia de la razón. Creían que el intelecto humano era capaz de penetrar y comprender todo (6 CBA sobre 1 Cor. 1:22).

En contacto con una mentalidad más filosófica, nuevas preguntas comenzaron a surgir en la iglesia, no sólo en cuanto a "quién" era Jesús, sino primordialmente "qué" era. ¿Era realmente Dios? Y si era Dios, ¿podía ser hombre al mismo tiempo, es decir, verdadero hombre? Comenzaron así los intentos de explicar racionalmente aquello que no se puede explicar, aquello que se acepta porque está revelado y entonces se entiende. Cuando uno estudia la historia de la Iglesia Cristiana, pronto se da cuenta que los primeros siglos, hasta mediados del siglo V, se caracterizan por las "controversias cristológicas", intentos de explicar las naturalezas divina y humana de Jesús, y la relación entre ambas.

Al tratar de resolver la "paradoja" de la persona de Cristo, algunos tendían a enfatizar la divinidad de Jesús a expensas de su humanidad, dejando un Cristo que a veces tenía la apariencia de hombre, pero que no era realmente hombre. Otros, por otro lado, enfatizaban de tal manera la parte humana de Jesús ignorando su divinidad, que presentaban un Jesús únicamente humano, con una relación especial o peculiar con la divinidad.

Mencionaremos a continuación algunos de los aspectos más sobresalientes de estas controversias, aunque al hacerlo, no seremos exhaustivos.

Ebionitas.—Aunque no se tiene mucha información en cuanto a esta "secta", sí se sabe que era un grupo de cristianos de origen judío que surgieron en la segunda mitad del primer siglo. Posiblemente, el nombre se deriva de la palabra *ebyonim* que en hebreo significa "los pobres". Sus textos predilectos eran Mateo 5:3, "Bienaventurados los pobres en espíritu...", como también Lucas 4:18 y 7:22, donde habla de la necesidad de predicar el Evangelio a los pobres. El punto central en su teología era Deuteronomio 18:15 "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis".

Jesús era para ellos ese profeta enviado de Dios. Negaban la divinidad de Jesús, o por lo menos le restaban importancia. Negaban la preexistencia de Cristo y con frecuencia su nacimiento virginal; Jesús era hijo de María y de José, pero fue equipado por Dios con dones especiales y "adoptado" en ocasión de su bautismo. Jesús en cierta manera ganó su derecho a ser elegido, adoptado, por su obediencia impecable a la ley de Dios. El propósito central de su misión era dar ejemplo, instar a los hombres a obedecer la ley de Dios. Los Ebionitas tenían marcada preferencia por el libro de Santiago y mostraban hostilidad hacia los escritos del apóstol Pablo; consideraban a Pablo un apóstata de la ley. Evidentemente los ebionitas eran la continuación de esa corriente judaizante que se encuentra en el Nuevo Testamento, especialmente en el libro de Hechos y las Epístolas, en cerrada oposición al ministerio del apóstol Pablo.

La Cristología defectuosa de este grupo, naturalmente les llevó a una soteriología distorsionada. Si Cristo era básicamente un profeta, un buen hombre que ganó el favor de Dios

por medio de su obediencia y vino a darnos ejemplo, ese es el camino por medio del cual el hombre obtiene la salvación: no por gracia, no es un don de Dios que se recibe por fe, sino un logro que se obtiene por medio de la obediencia. Al restarle importancia a la dimensión divina de la persona de Cristo y a su papel en la salvación del hombre, naturalmente exaltaban el papel del hombre y sus logros.

Orígenes, un erudito cristiano, escribió en el siglo III de nuestra era que a los ebionitas se los llamaba pobres porque eran pobres en su entendimiento de la fe cristiana, y que la palabra se refería en realidad a la pobreza de su intelecto. Añadió que ellos se aferraban a la fe judía en vez de abrazar totalmente el Evangelio y que la Palabra hacía referencia a la pobreza de la ley en contraste con la riqueza del Evangelio. Un poco más tarde, Eusebio, el famoso historiador cristiano, señaló que los ebionitas eran llamados con propiedad pobres "porque tenían opiniones pobres y mezquinas en cuanto a Cristo" (ver William Barclay, *Introduction to John and the Acts of the Apostles*, [Philadelphia: The Westminster Press, 1976], p. 132).

Docetistas.—Los docetistas representaban una corriente de pensamiento diametralmente opuesta a la de los ebionitas. Ellos sobreenfatizaban la divinidad de Cristo al punto que negaban la humanidad real del Hijo de Dios. Desarrollaron bastante actividad en los dos primeros siglos de la era cristiana. Eran cristianos de origen gentil, fuertemente influenciados por la filosofía griega. Típico del pensamiento griego era un concepto dualista de la realidad, es decir, postulaban una separación total entre lo material y lo espiritual. Tanto la materia como el espíritu eran eternos. Además, sostenían que en este dualismo lo espiritual era superior, mientras que la materia era inferior, con frecuencia, intrínsecamente mala. Por lo tanto, para ellos era imposible aceptar la idea de que

Dios—quien es espíritu y es perfecto—pudiera en manera alguna haberse unido con la materia. Esto los llevó a negar la humanidad de Cristo y a explicar de dos maneras diferentes la presencia de Cristo entre los hombres.

En primer lugar, sostenían que la humanidad de Cristo era sólo una "apariencia" (la palabra griega *dokeo*, de donde deriva *docetismo*, significa "apariencia"). Por lo que la presencia de Cristo era según ellos algo así como una "teofanía", una manifestación de lo divino en apariencia humana. Algunos sostenían que el Cristo que vio la gente era sólo una apariencia, que él no pestañeaba y al caminar no dejaba huellas en la arena. Otros trataban de explicar su presencia afirmando que el Cristo divino, espiritual, descendió sobre Jesús de Nazaret durante su bautismo, tomó posesión de él, y partió antes de la crucifixión. Sostenían que Dios por ser perfecto no podía sufrir y que si Jesús sufrió, no podía ser Dios. Por lo tanto, los sufrimientos de Cristo eran solamente aparentes en vez de ser parte de la encarnación.

Este concepto distorsionado de la persona de Cristo, llevó naturalmente a un concepto antibíblico de la salvación. Este concepto dualista llevó a postular un dualismo similar en la naturaleza del hombre: el espíritu es eterno, independiente del cuerpo y por lo tanto, la salvación consiste en la separación de lo espiritual de lo material. El cuerpo era visto como una prisión del espíritu, de la cual éste debía ser liberado. Es evidente que el apóstol Juan, que escribió sus epístolas a fines del siglo primero, atacó en ellas la Cristología pervertida de los docetistas.

> En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene y que ahora ya está en el mundo (1 Juan 4:2-3).

> Porque muchos engañadores han salido por el mundo que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo (2 Juan 7).

Arrianismo.—El arrianismo fue uno de los desafíos más formidables que tuvo que afrontar la ortodoxia cristiana en los primeros siglos. El arrianismo deriva su nombre de Arrio, un presbítero de Alejandría que al comienzo del siglo IV sacudió la iglesia con su doctrina antitrinitaria. El punto de partida de Arrio era un monoteísmo estricto, que negaba a Cristo igualdad con el Padre.

Según él, el *logos* era un ser creado—el primer ser creado por Dios—que se encarnó en Cristo. Hubo un tiempo cuando Cristo no existía. Según Arrio, sólo el Padre posee los atributos divinos, los que no pueden ser compartidos; si los pudiera compartir sería divisible, sujeto a cambio y dejaría de ser Dios. Si Cristo no tuviera comienzo, sería "hermano", y no "hijo" de Dios. Arrio pretendía ser muy bíblico en sus afirmaciones. Citaba con pasión evangelística esos textos que se refieren a la subordinación funcional y temporal de Jesús como si se refirieran a su esencia, a su misma naturaleza. Citaba, por ejemplo, las palabras de Jesús a sus discípulos: "¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" como texto clave de su posición (Mat. 16:13). Dios, argumentaba él, no necesita pedir información a ningún hombre, porque él es omnisciente. Además, tenía necesidades físicas: se cansaba, tenía necesidad de alimento; todo esto señala a una criatura, no al Creador. El arrianismo fue condenado en el Concilio de Nicea, en el año 325.

Apolinarianismo.—Apolinarianismo es otra herejía cristológica del siglo IV, que debe su nombre a Apolinario, obispo de Laodicea. La preocupación de Apolinario era explicar cómo la naturaleza divina y la humana se unían en Cristo. Influenciado por la filosofía griega, su punto de

partida era el concepto de que el ser humano se componía de tres partes: Cuerpo = la parte física; alma = la mente, o principio vital, impersonal, y espíritu = las facultades racionales, el asiento de la personalidad. A la luz de esta filosofía interpretaba la Escritura. Su texto clave era 1 Tesalonicenses 5:23, "y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo..."

En base a esto trataba de explicar la unión de lo divino y lo humano en Jesús afirmando que su cuerpo y su alma eran humanos, pero el "logos" asumió el lugar del espíritu. Por lo cual presentaba un Jesús mutilado, que no era totalmente humano, en el que parte de la humanidad fue reemplazada por la divinidad. Siguiendo las directivas bíblicas, la iglesia también rechazó esta posición, condenándola como errónea en el año 381.

Nestorianismo.—Nestorio fue patriarca de Constantinopla en la primera mitad del siglo V. Reaccionó contra la teología de Apolinario que negaba la total humanidad de Cristo y trató de preservar íntegras las dos naturalezas, la divina y la humana en el Hijo de Dios. Pero al mantener la integridad de ambas naturalezas, también afirmó que Cristo era dos personas, una divina y una humana, unidas en forma accidental, pero independientes. Las enseñanzas de Nestorio fueron condenadas en Efeso, en el año 431.

Mencionamos solamente algunas de las "herejías" sobresalientes de los cinco primeros siglos; esta lista no es exhaustiva. La iglesia siguió atendiendo y afrontando otros movimientos que parecían no ser ortodoxos. Fue en el Concilio de Calcedonia, en el año 451 cuando las disputas fueron acalladas, la Iglesia se pronunció con bastante detalle en cuanto a su comprensión de la persona de Cristo: era verdadero Dios y verdadero hombre. Esta decisión constituyó la ortodoxia de la Iglesia en lo que respecta a Cristología por aproximadamente mil trescientos años.

3

JESUS: EL DIOS-HOMBRE

Notamos en las páginas anteriores varias percepciones erróneas en cuanto a Jesús a lo largo de la historia de la Iglesia Cristiana, y cómo ésta se mantuvo firme en su afirmación de que Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre. Es verdad que no siempre fue clara en explicar estas afirmaciones, tal vez porque las verdades de la revelación no están siempre sujetas a explicación racional.

La verdad en cuanto a Jesús es un asunto de revelación, "no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos", le dijo Jesús a Pedro. Es por eso que sólo quien estudie la Escritura con la convicción de que es la Palabra de Dios podrá aspirar a conocer la verdad.

Dios se revela en eventos y palabras. Dios actúa y enuncia. El evento sobrenatural adquiere significado, el verdadero significado, sólo cuando es iluminado por la Palabra. Si se ignora la Palabra, el evento pierde su significado, se distorsiona. Los fariseos, por ejemplo, vieron a Jesús hacer obras maravillosas, pero al ignorar la Palabra que acompañaba sus obras, llegaron a conclusiones equivocadas.

Mateo nos relata el incidente cuando Jesús sanó a un "endemoniado, ciego y mudo" (12:22), pero los fariseos, obstinados en su oposición a Dios, atribuyeron el milagro al poder de "Beelzebú, príncipe de los demonios" (12:24). La muerte de Jesús en la cruz, a la vista de cualquier observador, fue una ejecución, muchos morían de esa manera. Pero cuando permi-

timos que la Escritura explique el evento, la cruz deja de ser una ejecución y se convierte en un sacrificio. Dijo el apóstol Pablo, "Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura" (1 Cor. 15:3). La explicación de la Palabra hace a la muerte de Jesús diferente a todas las otras muertes.

¿Qué dice el Nuevo Testamento en cuanto a la persona de Cristo? ¿Quién era en realidad? ¿Era de veras Dios y al mismo tiempo hombre como todos los hombres? Como punto de partida, notaremos un incidente durante el ministerio de Jesús en el que participaron los discípulos, el cual nos ayuda a contestar, o por lo menos a orientarnos en la comprensión de nuestro Señor. Este incidente se encuentra registrado en los tres evangelios sinópticos; lo citaremos del Evangelio de Mateo, 8:23-27.

> Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestád tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! El lés dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza. Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?

Este pasaje es muy revelador; tuvo un impacto ènorme en el entender de los discípulos. Junto con el Maestro cruzaban el lago, como lo habían hecho en muchas otras ocasiones. Pero repentinamente fueron sorprendidos por una tempestad de tal intensidad que amenazaba con destruir a la frágil embarcación. Amedrentados, los discípulos despertaron a Jesús quien se levantó, reprendió al viento y al mar, y en un momento restableció la calma.

Los discípulos fueron testigos de lo que sucedió con los elementos de la naturaleza, cómo se sujetaron a la palabra de

Jesús. Nunca antes habían experimentado algo similar. Fue en la calma que siguió a la tormenta que Jesús había controlado con el poder de su palabra, que los atónitos discípulos hicieron la pregunta, "¿Qué hombre es éste?" ("¿Quién es éste?" en Marcos y Lucas).

El tono de la pregunta sugiere que los discípulos se dieron cuenta de que había algo diferente, único en cuanto a Jesús. ¿Qué hombre es éste? Porque ningún hombre común puede hacer algo semejante; el ejercer control sobre los elementos de la naturaleza va más allá del poder humano; es prerrogativa exclusiva de Dios, el Creador. Los discípulos de alguna manera tuvieron la sensación de que estaban en la misma presencia de Dios. Pero al mismo tiempo, la tormenta lo encontró durmiendo; estaba cansado, necesitaba reposo. Era un hombre, un hombre real, con las necesidades normales de los hombres. No era un fantasma o una apariencia, era un hombre.

Este incidente en el Mar de Galilea capta en unos pocos versos la gran verdad central de la Escritura: Jesús era verdadero Dios: con poder sobre la creación, y verdadero hombre: con necesidad de descanso después de un arduo día de trabajo. No era Dios vestido de hombre, ni tampoco hombre con cualidades divinas. Era en verdad Emanuel: Dios con nosotros. Esta verdad captada en forma dramática por los discípulos se la afirma con frecuencia en las Escrituras. Es en realidad el testimonio uniforme de los Evangelios y de las epístolas.

El apóstol Pablo se refiere a la encarnación diciendo: "indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en la carne..." (1 Tim. 3:16) Este texto contiene por lo menos dos afirmaciones que quisiéramos subrayar. En primer lugar, Pablo dice enfáticamente que Jesús era Dios y también hombre, que Dios fue manifestado en carne, y aunque no se detiene a explicar el cómo de la

encarnación, sí la afirma con seguridad inconfundible. En el pensamiento del apóstol no hay lugar para ningún tipo de docetismo ni de ebionismo. Además, declara que esto es un gran misterio.

En el pensamiento griego, la palabra misterio tenía la connotación de algo oculto, secreto, con frecuencia en relación con religiones místicas; un rito por medio del cual la persona era iniciada en la vida inmortal. En el pensamiento bíblico, la palabra misterio significa algo diferente. Se refiere más bien a los propósitos de Dios en la historia y el medio a través del cual los planes secretos de Dios son revelados. Nótese cómo expresa el apóstol Pablo este concepto: "para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" Col. 2:2-3)

El apóstol habla de "conocer el misterio". Por supuesto que este conocimiento es restringido debido a las limitaciones inherentes de la mente humana. Sin embargo, no es algo esotérico, oculto, misterioso en el sentido griego. Por lo tanto, el "gran misterio" no es algo secreto, oculto, sino más bien la revelación del amor de Dios y de sus intenciones salvíficas. Cristo es en realidad el medio supremo por el cual han sido revelados los planes de Dios en la historia. Cristo es el secreto revelado de Dios, el misterio revelado de Dios.

Citaremos otros textos del Nuevo Testamento con la intención de subrayar el sentido en que se usa este término. "Porque no quiero hermanos que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes para con vosotros mismos" (Rom. 11:25). "Según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora" (Rom. 16:25- 26). "Así, pues, téngannos los hombres por

servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Cor. 4:1). "He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos..." (1 Cor. 15:51). "Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito..." (Efe. 1:9). "Me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio..." (Efe. 6:19). Es verdad que nunca alcanzaremos a comprender en su dimensión final el misterio de Dios; pero todo lo que podemos conocer nos ha sido revelado en Cristo porque "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo" (Heb. 1:1-2). "

El apóstol Juan, presente en el barco en aquella noche memorable, escribió algunas décadas más tarde: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:1-3, 14). No había duda en la mente del discípulo amado: El Verbo era Dios, y él se había hecho carne; el Carpintero de Nazaret era Dios en carne humana.

Como ya insistimos anteriormente, los escritores del Nuevo Testamento no se detienen a especular con respecto a la persona de Cristo; afirman el hecho hasta cierto punto paradójico de la divinidad y la humanidad en la persona de Cristo y allí lo dejan, como algo dado por revelación. A continuación estudiaremos en forma más sistemática estas afirmaciones centrales de la Escritura. Asumiremos esta tarea reconociendo la integridad de los documentos bíblicos como también la honestidad de sus escritores.

La divinidad de Cristo

Pasajes específicos

Encontramos en el Nuevo Testamento varios pasajes específicos además de los ya citados, que afirman categóricamente que Jesús era divino. Veremos algunos de ellos, que de acuerdo a la mejor erudición del texto griego, no pueden contradecirse. La Iglesia de Colosa estaba pasando por una situación difícil. Se estaban introduciendo encubiertamente en ella ciertas filosofías que ponían en peligro la estabilidad cristiana de sus miembros. El apóstol les advierte del peligro de ser engañados: "y esto os escribo para que nadie os engañe" (Col. 2:8). El engaño sutil de esta filosofía era que tendía a restar importancia a Jesús como único y suficiente salvador. Ante esa situación de emergencia Pablo exalta a Cristo, "para que en todo tenga la preeminencia" (1:18) porque "es Cristo en vosotros la esperanza de gloria" (1:27); en él "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (2:3), para establecer específicamente después:

> Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad (2:8-10).

La palabra plenitud, *pleroma*, indica totalidad, algo completo, a lo que no falta nada; "en Cristo habita la suma total de la naturaleza y de los atributos de Dios" (7 CBA, p. 208). Sin duda, hay un reproche velado al concepto docético de la inferioridad de la materia al decir que la divinidad habita en plenitud en el cuerpo humano.

Al escribir a los hermanos de la Iglesia de Roma, Pablo elabora sobre la herencia terrenal de Cristo para luego afirmar categóricamente "de quienes son los patriarcas y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos" (9:5). Cristo es descendiente de los patriarcas, pero no un descendiente común, ya que es "Dios sobre todas las cosas".

Algunas versiones de la Escritura han tratado de separar la última cláusula de este texto de las afirmaciones precedentes y hacer de las palabras "Dios es sobre todas las cosas" una doxología al Padre en vez de ser una aseveración en cuanto a Cristo. Para lograr esta lectura, colocan un punto después de la referencia a Cristo como descendiente de Israel según la carne. De esta manera, la cláusula siguiente queda como una doxología separada, dirigida a Dios. Esta porción se traduce entonces así: "De los cuales, según la carne, vino Cristo. Dios que es sobre todas las cosas, sea bendito por los siglos, Amén." Aunque un rendimiento tal del texto griego es gramaticalmente posible, el contexto no lo favorece. La erudición neotestamentaria evangélica sostiene, en su mayoría, que las palabras en cuestión se refieren a Cristo. (Ver Anders Nygrin, *La Epístola a los Romanos*; John Murray, *The Epistle to the Romans [The New International Commentary of the New Testament]*; F. F. Bruce, *Romans [Tyndale New Testament Commentaries]*, como también Bruce Metzger, Oscar Cullmann, etc.)

En la epístola a los Hebreos encontramos otra afirmación categórica de la divinidad de Cristo: "Ciertamente de los ángeles dice: el que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. Mas al Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por siglos de siglos" (1:7-8). Mencionamos ya que el apóstol Juan, cuando escribió el evangelio y sus epístolas a fines del primer siglo, tuvo que contender con corrientes ebionitas que

querían introducirse en la Iglesia. Estos cristianos de origen judío, como ya hemos indicado anteriormente, tendían a negar la divinidad de Cristo, exaltando su humanidad. En este contexto, él escribió, "pero sabemos que el hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos con el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna" (1 Juan 5:20).

A estos textos citados en la presente sección, pueden agregarse otros que señalan la divinidad de Cristo, como son Juan 1:18; Juan 8:58; Juan 20:28; Tito 2:13.

Evidencia indirecta

Es posible que tomando en forma individual alguno de los textos mencionados pueda argumentarse en contra de la contundencia de sus afirmaciones; pero se hace muy difícil disolver el mensaje de estos textos en conjunto. Además de estos pasajes bíblicos que hemos citado como "evidencia directa" de la divinidad de Cristo, se encuentra en el Nuevo Testamento una cantidad abrumadora de "evidencia indirecta" de su divinidad, donde esta verdad se afirma en forma inconfundible sin declararla abiertamente. Enumeraremos a continuación algunos aspectos de esta evidencia:

La autoridad de su persona.—Al leer las páginas del Nuevo Testamento uno nota que los que conocieron a Jesús en su vida terrenal quedaron impresionados por la autoridad de su persona como también con la autoridad que expresaban sus palabras y acciones. El evangelista registra que "cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mat. 7:28-29). Los profetas como mensajeros de Dios hablaban con autoridad; con frecuencia expre-

Al escribir a los hermanos de la Iglesia de Roma, Pablo elabora sobre la herencia terrenal de Cristo para luego afirmar categóricamente "de quienes son los patriarcas y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos" (9:5). Cristo es descendiente de los patriarcas, pero no un descendiente común, ya que es "Dios sobre todas las cosas".

Algunas versiones de la Escritura han tratado de separar la última cláusula de este texto de las afirmaciones precedentes y hacer de las palabras "Dios es sobre todas las cosas" una doxología al Padre en vez de ser una aseveración en cuanto a Cristo. Para lograr esta lectura, colocan un punto después de la referencia a Cristo como descendiente de Israel según la carne. De esta manera, la cláusula siguiente queda como una doxología separada, dirigida a Dios. Esta porción se traduce entonces así: "De los cuales, según la carne, vino Cristo. Dios que es sobre todas las cosas, sea bendito por los siglos, Amén." Aunque un rendimiento tal del texto griego es gramaticalmente posible, el contexto no lo favorece. La erudición neotestamentaria evangélica sostiene, en su mayoría, que las palabras en cuestión se refieren a Cristo. (Ver Anders Nygrin, *La Epístola a los Romanos*; John Murray, *The Epistle to the Romans [The New International Commentary of the New Testament]*; F. F. Bruce, *Romans [Tyndale New Testament Commentaries]*, como también Bruce Metzger, Oscar Cullmann, etc.)

En la epístola a los Hebreos encontramos otra afirmación categórica de la divinidad de Cristo: "Ciertamente de los ángeles dice: el que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. Mas al Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por siglos de siglos" (1:7-8). Mencionamos ya que el apóstol Juan, cuando escribió el evangelio y sus epístolas a fines del primer siglo, tuvo que contender con corrientes ebionitas que

querían introducirse en la Iglesia. Estos cristianos de origen judío, como ya hemos indicado anteriormente, tendían a negar la divinidad de Cristo, exaltando su humanidad. En este contexto, él escribió, "pero sabemos que el hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos con el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna" (1 Juan 5:20).

A estos textos citados en la presente sección, pueden agregarse otros que señalan la divinidad de Cristo, como son Juan 1:18; Juan 8:58; Juan 20:28; Tito 2:13.

Evidencia indirecta

Es posible que tomando en forma individual alguno de los textos mencionados pueda argumentarse en contra de la contundencia de sus afirmaciones; pero se hace muy difícil disolver el mensaje de estos textos en conjunto. Además de estos pasajes bíblicos que hemos citado como "evidencia directa" de la divinidad de Cristo, se encuentra en el Nuevo Testamento una cantidad abrumadora de "evidencia indirecta" de su divinidad, donde esta verdad se afirma en forma inconfundible sin declararla abiertamente. Enumeraremos a continuación algunos aspectos de esta evidencia:

La autoridad de su persona.—Al leer las páginas del Nuevo Testamento uno nota que los que conocieron a Jesús en su vida terrenal quedaron impresionados por la autoridad de su persona como también con la autoridad que expresaban sus palabras y acciones. El evangelista registra que "cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mat. 7:28-29). Los profetas como mensajeros de Dios hablaban con autoridad; con frecuencia expre-

saban la fuente de su autoridad diciendo: "vino a mí palabra de Jehová diciendo", o "así ha dicho Jehová de los ejércitos". Pero a diferencia de los profetas, la autoridad de Jesús era en un sentido inmediata, no derivada; él podía decir: "Oísteis que fue dicho de los antiguos... pero yo os digo..." (Mat. 5:21, 22, 27, 32, 34, 39). "Aunque sus modales eran amables y sencillos, daba a los hombres una impresión de un poder escondido, pero que no podía ocultarse completamente" (DTG, p. 111).

Su autoridad sobre el sábado.—La manera en que Jesús se relacionó con el sábado es muy reveladora si se trata de entender la identidad de su persona. La santidad y permanencia del sábado como día de reposo están claramente establecidas en las Escrituras. Al final de la semana de la creación "bendijo Dios el día séptimo y lo santificó" (Gén. 2:3). En el Sinaí, al dar la ley al pueblo de Israel, quedó registrado de nuevo: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra..." (Ex. 20:8-11). Es evidente que el sábado fue instituido por Dios. No es una creación del hombre. Por lo tanto, sólo Dios puede abrogarlo o modificar sus obligaciones; sólo él tiene autoridad sobre su creación.

Jesús realizó varios milagros en sábado, y siendo que ninguno de estos milagros fue realizado en respuesta a una emergencia o situación de vida o muerte, sus acciones estaban en total oposición al entendimiento de los judíos de aquel tiempo. Sin embargo, Jesús tenía un propósito deliberado al hacerlo: librar al sábado de las restricciones asfixiantes que le habían impuesto los judíos, devolverle su propósito original y al mismo tiempo demostrar su propia autoridad.

Al ser criticado por los fariseos porque sus discípulos recogieron espigas en día de sábado al pasar por un sembrado, Jesús se defendió con aquellas palabras memorables: "El

sábado por causa del hombre fue hecho; no el hombre por causa del sábado. Así que el Hijo del hombre es Señor aun del sábado" (Mar. 2:27-28, versión *Valera Antigua*). Estas palabras hubieran sido blasfemia en los labios de cualquier ser humano. Pero no en los labios de Jesús, porque él era Dios, el creador y el autor del sábado.

Analizaremos con un poco más de detención uno de estos milagros realizados en sábado que es altamente revelador. Este incidente se encuentra registrado en el capítulo 5 del Evangelio de Juan. Jesús había sanado a un paralítico que yacía junto al estanque de Betesda y luego le ordenó que tomara su cama y se alejara de ese lugar de miseria. Los judíos se escandalizaron al ver a alguien cargando con su lecho en sábado, por lo que lo interceptaron y le reprocharon: "Sábado es; no te es lícito llevar tu lecho" (v. 10, versión *Valera Antigua*). El acusado se defendió diciendo que quien lo había sanado le había indicado que llevara su lecho. Finalmente este hombre identificó a Jesús ante sus acusadores. Notemos lo que sucedió después:

> Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

Es interesante observar el argumento que Jesús usó para defenderse de la acusación y amenaza de los judíos. No trató de explicarles que tal cosa era propia en sábado, que ellos habían elaborado tradiciones que distorsionaban la naturaleza y propósito del sábado. Sencillamente les dijo: "Mi Padre hasta ahora trabaja y yo trabajo" (v. 17). ¿Qué quiso decir con eso? De acuerdo al entender de los judíos, Dios era el único

que podía trabajar en sábado. No sólo podía, sino que debía, ya que a menos que Dios trabajara incesantemente, el universo se detendría y ello resultaría probablemente en un caos total. Siendo que la lluvia caía en sábado, y que personas nacían y morían en ese día, era evidencia clara de que Dios estaba "trabajando", porque nada escapaba a su providencia. Y Dios trabaja en sábado precisamente porque es Dios, está por encima de la creación. Teniendo esto en mente, la respuesta de Jesús adquiere una dimensión insospechada. ¿Por qué hago trabajo en sábado, algo para lo cual sólo Dios tiene derecho? Sencillamente porque soy Dios, igual que el Padre: trabajo por la misma razón que mi Padre trabaja.

Tal vez lo más notable de este incidente, especialmente para nosotros que estamos tan lejos en tiempo y geografía de cuándo y dónde ocurrió, es lo que los judíos entendieron. ¿Qué dijo en realidad Jesús con esas palabras? Notemos lo que sigue: "Aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, **haciéndose igual a Dios**". Eso fue claramente lo que percibieron los judíos. Aunque Jesús no dijo: lo hago porque soy Dios, la razón que dio para justificar su conducta fue clara e inconfundible.

Si la gente hubiera malentendido las palabras de Jesús, si él no hubiera querido decir lo que ellos entendieron, todo lo que hubiera necesitado hacer era aclarar el malentendido. A fin de cuentas, era una acusación seria, querían apedrearlo por eso. Jesús hubiera podido decir: "un momento, ustedes me malentendieron, yo no quise decir eso". Pero no, él aceptó la acusación; los judíos habían entendido correctamente. El quiso decir lo que ellos entendieron. Y aún más. Acentúa esta verdad en los versículos siguientes diciendo que "todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente" (v. 19). Y ante la sorpresa e indignación de sus interlocutores menciona

algunas cosas específicas, como para que no quedase duda alguna:

> Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio a su Hijo. Para que todos honren al Hijo como honran al Padre.

Si los judíos se ofendieron porque Jesús sanó a un paralítico en sábado —cosa que sólo Dios podía hacer— él les dice que eso no era todo: igual que el Padre, él resucita muertos, juzga y recibe adoración. Aunque mencionamos este incidente como una evidencia "indirecta" de su divinidad, es en realidad, bastante "directa", obvia.

Recibe adoración.—El Nuevo Testamento registra ocasiones cuando la gente adoró a Jesús, ante lo cual él guardó silencio, no lo impidió. La Escritura es clara al respecto: Sólo el Dios creador merece adoración, nunca el hombre, pues es una criatura. Parte de la idolatría y degeneración fuertemente condenadas por el apóstol Pablo es que los hombres "cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible..." (Rom. 1:23) y agrega que "cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos" (v. 25).

El libro de los Hechos, nos relata la historia de Cornelio, el centurión romano, que instruido por una visión celestial, mandó a buscar a Pedro para que le anunciase el Evangelio. Cuando éste llegó, Cornelio no pudo contenerse y se postró a sus pies para adorarle, pero Pedro no lo permitió, lo reprendió cortésmente diciendo: "levántate, pues yo mismo también soy hombre" (Hech. 10:25-26).

Durante el primer viaje misionero, Pablo y Bernabé se encontraban en Listra, donde un paralítico fue sanado. Al ver

esta maravilla, la gente de la ciudad se entusiasmó y quisieron rendirles culto; el sacerdote de Júpiter "quería ofrecer sacrificios" (Hech. 14:13). La reacción de Pablo y Bernabé fue inmediata y decidida, ¿cómo podían ellos aceptar tal cosa? Rasgaron sus ropas en señal de desaprobación y corrieron ante la multitud para detenerlos en sus intentos: "nosotros somos hombres semejantes a vosotros", les dijeron (Hech. 14:8-18).

El apóstol Juan relata un incidente interesante que ocurrió durante su estancia en la isla de Patmos. Fue visitado por un ángel del Señor y ante mensajero tan augusto, Juan se dispuso a adorarlo. Dice el discípulo amado, "yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios..." (Apoc. 19:10). La Biblia enseña y era muy claro para los judíos, que sólo Dios es digno de adoración. Jesús mismo había dicho en su lucha con el tentador en el desierto: "Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás" (Mat. 4:10). Es claro que cuando Jesús aceptó adoración de la gente (ver Juan 9:35-38 y Mat. 26:16-20) sin la menor intención de tratar de impedirla, es otra vez una evidencia muy clara de su divinidad, ya que sólo Dios merece adoración.

Los requerimientos de Jesús.—La misión de los profetas y apóstoles fue elevar la mirada de la gente hacia Dios para que pusieran su fe exclusivamente en él. Ellos eran sólo instrumentos que con frecuencia confesaban su iniquidad y limitaciones; "pero tenemos este tesoro en vasos de barro" (2 Cor. 4:7), exclamó el apóstol Pablo. Por otro lado, Jesús, sin jamás tener que confesar ninguna limitación, instó a sus oyentes a creer en él de la misma manera como creían en Dios: "No se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en mí" (Juan 14:1). A las entristecidas hermanas de Lázaro, les dijo: "El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá" (Juan 11:25). En otra oportunidad dijo, "mis ovejas oyen mi voz, y yo las

conozco y me siguen y yo les doy vida eterna" (Juan 10:27, 28).

Las afirmaciones de Jesús.—Aunque los Evangelios no registran que Jesús haya dicho alguna vez "yo soy Dios", hizo aseveraciones que serían totalmente inadmisibles si fueran hechas por alguien que es menos que Dios. La Biblia habla de los "mandamientos de Dios" (Apoc. 14:12); y Jesús se refirió a ellos como "*mis* mandamientos" (Juan 14:15). Habla de los "ángeles de Dios" (Luc. 15:10), y del "reino de Dios" (Rom. 14:17); pero Jesús pudo decir "enviará el Hijo del hombre *sus* ángeles, y recogerá de *su* reino" (Mar. 13:41).

Su relación única con el Padre.—Los judíos que escuchaban a Jesús quedaron atónitos en cierta ocasión cuando le oyeron decir, "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30). La blasfemia fue tan terrible, según ellos, que Jesús merecía la muerte, y comenzaron a recoger piedras para arrojarlas contra el irreverente profeta. Cuando Jesús inquirió acerca de la razón de tal proceder, ellos pudieron decir sólo una cosa: "porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (v. 33). Sí, Jesús se hacía Dios, es decir, confesaba lo que era.

Citaremos un texto más donde Jesús puso de relieve su relación única con el Padre. En cierta ocasión afirmó que el que guardara su palabra nunca vería la muerte (Juan 8:51). Los judíos otra vez se ofendieron y le señalaron a Abraham—el venerado padre de la nación judía, el amigo de Dios—y a los profetas, todos los cuales habían muerto. Y entonces le preguntaron "¿quién te haces a ti mismo?" (v. 53).

La pregunta era lógica y natural, Jesús decía cosas que eran inauditas en la boca de un hombre. Jesús les respondió: "Abraham vuestro Padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó" (v. 56). ¿Cómo podía ser eso, si Abraham había vivido y muerto casi dos mil años antes y Jesús no tenía aún cincuenta años, según la estimación de los judíos? A lo

cual Jesús respondió con esas palabras memorables: "Antes que Abraham fuese, yo soy" (v. 58).

Es interesante notar que el griego usa dos verbos diferentes en este texto; antes que Abraham fuese, es decir, antes que él viniese a la existencia [el verbo es *ginomai*, llegar a ser), y yo soy [aquí el verbo es *eimi*, ser]. Es, en realidad, la misma combinación de verbos que se encuentra en la Septuaginta del Salmo 90:2: "Antes que naciesen [*ginomai*] los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres [*eimi*] Dios".

Leon Morris, el destacado erudito del Nuevo Testamento observa en cuanto a este texto: "Juan comenzó su Evangelio hablando de la preexistencia del verbo. Esta afirmación no va más allá de eso, no podría; sin embargo, resalta el significado de la preexistencia en forma más notable" (*The Gospel According to John*, sobre Juan 8:58). Otra vez es revelador notar lo que los judíos entendieron cuando Jesús dijo "antes de que Abraham fuese, yo soy". Dice el texto que tomaron piedras para arrojárselas—no podían tolerar una blasfemia tal—pero Jesús "atravesando por medio de ellos, se fue" (v. 59).

Su poder de obrar milagros.—Es verdad que en algunas ocasiones los milagros de Jesús fueron realizados por el Padre, o por obra del Espíritu Santo en respuesta a su pedido. Pero en otras ocasiones, Cristo movido por compasión, hizo el milagro que al mismo tiempo demostraría precisamente su divinidad. Mientras los profetas y apóstoles realizaron milagros, era evidente que lo hacían como instrumentos del poder y de la gracia de Dios. En el caso de Jesús, los milagros no eran algo ocasional, extraño a su persona y su misión; eran en él algo natural. En Caná de Galilea realizó el primer milagro de su ministerio público al transformar el agua de seis tinajas de piedra en vino de la mejor calidad. El relato es claro en este

respecto, "este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él" (Juan 2:11).

Un día Jesús se encontraba en Capernaum predicando la palabra, cuando ciertos hombres trajeron a un paralítico a su presencia con la esperanza de que lo sanara. Jesús, movido a compasión y percibiendo cuál era la necesidad real del enfermo, le dijo: "Hijo, tus pecados te son perdonados" (Mar. 2:5). Estas palabras de Jesús irritaron a ciertos escribas que había en la audiencia, porque según ellos, Jesús había hecho algo a lo cual sólo Dios tenía derecho: "Blasfemias dice, ¿quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?" murmuraban en sus corazones. Percibiendo Jesús estas murmuraciones tomó otra vez la palabra y dijo: "pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa" (vers. 10-11). Inmediatamente, ante la orden del Maestro, el milagro se hizo; el hombre ahora sano, tomó su lecho y salió delante de todos. Otra vez, cuando Jesús fue acusado de asumir prerrogativas que le pertenecían sólo a Dios, no se disculpó, no trató de aclarar un posible malentendido; al contrario, sanó al paralítico como prueba irrefutable de su divinidad: "para que sepáis que el hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados".

Su poder para leer lo secreto del corazón.—Los evangelistas registran varios incidentes en los cuales Jesús demostró su capacidad de discernir los pensamientos del corazón. En realidad, lo mencionado en el párrafo anterior, el sanamiento del paralítico en Capernaúm, es uno de ellos. Los escribas "cavilaban en sus corazones" (Mar. 2:6) y Jesús conoció "en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos", y ante la sorpresa de los oyentes reveló lo secreto de sus almas cuando preguntó: "¿por qué caviláis así en vuestros cora-

zones?" (v. 8). La mujer que fue confrontada con Jesús junto al pozo de Jacob confesó a los de su ciudad: "venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho" (Juan 4:29).

Citaremos sólo un incidente más donde la capacidad de Jesús de leer las intenciones del corazón es puesta de manifiesto.

> Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre (Juan 2:23-25).

Estas palabras son claras. El Señor no tenía necesidad de que alguien le diera información tocante al hombre, pues él sabía, él podía leer los secretos del corazón humano, otra prerrogativa única de Dios. "Jesús dio a los rabinos una evidencia de su divinidad, demostrándoles que leía su corazón" (DTG, p. 420).

Durante su juicio.—Según el Evangelio, una de las acusaciones que los principales de los sacerdotes levantaron contra Jesús era su pretensión a la divinidad. Durante su ministerio, en repetidas ocasiones intentaron apedrearlo porque se hacía igual a Dios. En el día final de su trayectoria terrenal fue llevado como un reo ante Pilato, y otra vez le acusaron de lo mismo; "según nuestra ley debe morir", gritaron, "porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios" (Juan 19:7). El sumo sacerdote, ya impaciente ante el silencio y la serenidad del acusado, le exigió diciendo "te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios" (Mat. 26:63). Jesús sabía muy bien que se le presentaban dos posibilidades: rechazar la acusación, negando que era el Hijo de Dios y desarmar así a sus acusadores, o afirmarla y sellar con eso su suerte. Sin inmutarse, le contestó al sumo sacerdote

"tú lo has dicho". Con ira e indignación que no pudo controlar, "el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos de testigos? He aquí ahora mismo habéis oído su blasfemia" (v. 65).

Al mismo inicio del Nuevo Testamento se afirma que el Hijo de María sería llamado Emanuel, Dios con nosotros; y a través de las páginas de los Evangelios y de las Epístolas, en forma constante e innegable, esta verdad es puesta de relieve.

La humanidad

La evidencia que presenta el Nuevo Testamento en cuanto a la divinidad de Cristo es abundante e inconfundible, tanto en su aspecto específico como en su forma más indirecta. Es posible que pueda argumentarse en contra de un texto aislado, o de un concepto, pero tomada en conjunto, la evidencia es sencillamente abrumadora: "el Verbo era Dios"; Emmanuel significa sin lugar a dudas, "Dios con nosotros".

Al mismo tiempo, y con igual claridad, el Nuevo Testamento afirma uniformemente que Jesús era un hombre, un hombre real. El Verbo se hizo carne, asumió la naturaleza humana, y vino a vivir como un hombre entre los hombres.

Su vida terrenal fue genuinamente humana.—Aunque fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo en el seno virginal de María, Jesús nació como todos los humanos. María desarrolló un embarazo normal: "y cuando se cumplieron los días de su alumbramiento...dio a luz a su Hijo primogénito..." (Luc. 2:6-7). También creció de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Lucas menciona dos veces que Jesús "crecía" (Luc. 2:40, 52). Durante su niñez estaba sujeto a sus padres (Luc. 2:51). Pagó los impuestos (Mat. 17:24-27). Por lo menos en una

ocasión, porque era "amigo de publicanos y pecadores", fue acusado de ser "un hombre comilón y bebedor de vino" (Mat. 11:19). Asistía regularmente a los servicios religiosos (Luc. 4:16), oraba en privado, a veces noches enteras (Luc. 6:12), buscando la comunión con el Padre. Con frecuencia hizo preguntas, no en forma retórica, como suele hacer el maestro como parte de su metodología pedagógica, sino como deseando obtener información. Cuando se encontró con el padre de un niño que era atormentado de un espíritu malo, le preguntó: "¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?" (Mar. 9:21). Los evangelistas presentan a Jesús como era, un hombre real, genuino.

Como dijera Kierkegaard, un filósofo cristiano, nadie que viera a Jesús caminando por las calles de Palestina iba a decir "ahí va el Dios encarnado." "Su divinidad fue cubierta de humanidad, la gloria invisible tomó forma humana visible" (DTG, p. 14); "Su gloria se veló para que la majestad de su persona no fuese objeto de atracción" (DTG, p. 29).

No había nada anormal en Jesús: comía como otros hombres, amaba, lloraba como un hijo de la familia humana. Nació de una mujer y estuvo sujeto a las leyes a la cuales estaban sujetos los hombres. Escribió el apóstol Pablo, "pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, y nacido bajo la ley" (Gál. 4:4). Aun los discípulos que tuvieron el privilegio de convivir con Jesús y auxiliarle en su ministerio, fueron impresionados más por lo que Jesús hacía y por lo que era que por su apariencia personal.

Ya hicimos referencia al milagro de Jesús al calmar la tempestad que azotaba el Mar de Galilea, la que los llenó de un temor reverente y los movió a exclamar "¿Qué hombre es este...?" La vida de Jesús entre los hombres por más de treinta años, su ministerio de amor, sus enseñanzas, todo ello está tan claramente documentado en las páginas de los Evangelios,

que la realidad de su humanidad no es hoy motivo de duda.
Fuera de los docetistas de hace muchos años, pocos se han atrevido a negar la humanidad real del hijo de Dios, por lo que no sentimos necesidad de abundar demasiado sobre ello. Haremos referencia a lo que los Evangelios nos dicen. Sabemos que él vivía entre la gente, aceptaba su hospitalidad, se sentaba a sus mesas. Además, se lo presenta como poseyendo todas las emociones y necesidades de un hombre normal. Notemos algunas de ellas:

> Y Jesús, teniendo misericordia [compasión] de él... (Mar. 1:41). Entonces, mirándoles alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones...(Mar. 3:5). Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos (Mar. 6:6). Viéndolo Jesús se indignó... (Mar. 10:14). En aquella misma hora, Jesús se regocijó en el Espíritu... (Luc. 10:21). Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua... (Luc. 22:15). Mi alma está muy triste, hasta la muerte... (Mat. 26:38). Pero él dormía (Mat. 8:24). Volviendo a la ciudad, tuvo hambre (Mat. 21:18). Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo (Juan 4:6). Tengo sed (Juan 19:28).

Sí, Jesús era un hombre real, un verdadero hombre. Contrariamente a ciertas impresiones que algunos han tratado de proyectar acerca de él —pálido, débil— los Evangelios dejan en uno la impresión de que Jesús era físicamente fuerte: caminaba largas distancias, (entre Capernaum y Jerusalén había por lo menos 120 kilómetros y Jesús recorrió ese camino muchas veces a pie). Además, solía pasar noches enteras en oración y dedicaba el día siguiente al trabajo entre las multitudes. Quienes venían de noche a consultar con él nunca eran rechazados. No hay ninguna mención en los Evangelios de que alguna vez haya estado enfermo, que haya perdido un día de trabajo por causa de enfermedad.

Sólo una persona sana, fuerte, saludable puede someterse a un trabajo intenso y prolongado como lo hizo Jesús. Y esto

sin mencionar la constante oposición y sospechas a las cuales era diariamente sometido y a la cruel ingratitud manifestada por aquellos a quienes vino a bendecir, presión que puede doblegar aun a los más fuertes.

En el siguiente capítulo estudiaremos la Encarnación: la unión de lo divino y lo humano en la persona de Jesús.

4

La Encarnacion

En los últimos años ha habido mucho interés en Cristología, no sólo en los ambientes religiosos, sino también en los seculares. La revista *Time* del 15 de agosto de 1988, presentó en la portada el rostro de Jesús con la inscripción "¿Quién era Jesús?" y dedicó nueve páginas de su contenido a discutir el tema.

Once años antes, el 24 de diciembre de 1979, *Newsweek* presentó una portada similar con la inscripción "En busca del Jesús real". Es de lamentar que estas discusiones prestan más atención a las opiniones de teólogos prominentes, con frecuencia de corte liberal, que a lo que la Escritura tenga que decir al respecto.

Un libro muy influyente sobre este tema fue publicado en 1977, bajo el título *The Myth of God Incarnate* (*El mito del Dios encarnado*). Editado por John Hick, contiene la participación de siete autores, varios de ellos ordenados al ministerio anglicano. Anuncian que entre sus propósitos se encuentran los siguientes: preservar una fe monoteísta, salvaguardar la humanidad auténtica de Jesús, y hacer el Evangelio atractivo al hombre moderno.

En el prefacio afirman de modo muy claro que a través de su historia el cristianismo ha tenido que hacer algunos ajustes mayores en la comprensión de la verdad. Según ellos, en el siglo XIX la iglesia tuvo que hacer dos ajustes: El primero, reconocer que el hombre es parte de la naturaleza, parte del

desarrollo evolutivo y no una creación especial; y el segundo, aceptar "el hecho" de que la Biblia, aunque contiene mucho de útil e inspirador, no contiene revelación sobrenatural, es un libro que debe ser estudiado como otros libros. Y luego insisten en que en el siglo XX la Iglesia tiene que hacer frente a otro ajuste mayor: Reconocer que el concepto de encarnación es un concepto mitológico y no una realidad histórica. Afirman que el corazón de la Cristología neotestamentaria se encuentra en Hechos 2:22, "Jesús Nazareno, varón [hombre] aprobado por Dios entre vosotros..." Como los ebionitas de antaño, con el interés de afirmar la humanidad del Hijo de Dios, niegan su divinidad.

Nosotros notamos ya que el testimonio uniforme de la Escritura es que Jesús era Dios y era hombre; que el Verbo fue hecho carne. A este hecho, Dios asumiendo humanidad, se lo conoce teológicamente como *encarnación*. Aunque la palabra como tal no se encuentra en la Biblia, sí se encuentra el concepto, como cuando Juan dice: "Y aquel verbo fue hecho carne..." (Juan 1:14). Encarnación significa que Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios.

Hay dos textos claves en los Evangelios donde la verdad de la encarnación se pone de relieve. Uno de ellos, Mateo 1:18-25, afirma que "antes que se juntasen [María y José] se halló que [María] había concebido del Espíritu Santo" (v. 18). El Evangelio de Lucas 1:26-38 elabora un poco más al relatar el encuentro de María con el ángel. Ante la noticia de que concebiría y daría a luz un hijo, María llena de sorpresa responde: "¿Cómo será esto? pues no conozco varón" (v. 34). Enseguida el ángel le informa de la intención divina: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti; y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (v. 35).

A veces oímos hablar del "nacimiento virginal" de Jesús;

según el relato bíblico, sería más propio hablar de la concepción sobrenatural, ya que por lo que sabemos, no hubo nada anormal en cuanto al nacimiento de Jesús, pero sí en cuanto a su concepción. Después de una concepción sobrenatural, Jesús se desarrolló de acuerdo a las leyes de la naturaleza en el vientre de María.

Lucas nos informa más adelante que cuando hicieron el viaje a Belén con motivos del empadronamiento ordenado por Augusto César, María "estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento y dio a luz a su primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón" (2:5-7). El primogénito de María era el unigénito del Padre, el Verbo hecho carne.

La palabra *unigénito* en el Nuevo Testamento ha causado algunos malentendidos. Arrio usaba esta palabra para insistir en que Jesús era un ser creado: el primer ser creado. La palabra de la cual deriva la palabra unigénito en español es *monogenés*. Esta palabra se encuentra nueve veces en el Nuevo Testamento, cinco de ellas en referencia a Jesús: Juan 1:14, 18; 3:16, 18 y 1 Juan 4:9, y cuatro veces refiriéndose a otras personas: al hijo de la viuda de Naín (Luc. 7:12); a la hija de Jairo (Luc. 8:42); a un muchacho endemoniado (Luc. 9:38); y a Isaac (Heb. 11:17). Una breve explicación ayudará a hacer claro este concepto.

Parece que los líderes de la iglesia en el siglo IV, en su confrontación con Arrio, conectaron de alguna manera la palabra *genes* con *gennao*, que significa engendrar, generar. De ahí viene nuestra palabra "unigénito"y en inglés "only begotten"

Sin embargo, estudios cuidadosos han demostrado que la palabra viene de *gínomai* y no de *gennao*, lo cual significa *único* en su clase o género, que no hay otro como él, más bien

que el único engendrado. Jerónimo, en su famosa traducción de la Biblia, *La Vulgata Latina* tradujo la palabra como unigénito, y así ha venido a las versiones latinas. Una traducción más correcta de la palabra *monogenés* sería "hijo único", no hijo unigénito. La Biblia en francés rinde correctamente la palabra "son fils unique" como también algunas versiones en español. La Biblia de Jerusalén, por ejemplo, lo traduce como "hijo único", lo mismo que varias versiones en inglés.

Monogenés significa entonces único en su género—no hay otro como él—un solo ser que siendo Dios se hizo hombre, no hay otro semejante a él. Quisiéramos notar el uso de esta palabra en referencia a Isaac. Dice la Biblia que Isaac era el hijo "unigénito" de Abraham. Sabemos bien que no era el único engendrado por el patriarca. Abraham engendró hijos antes y después de engendrar a Isaac. Lo que el autor de Hechos está diciendo es que Isaac era único, que fue engendrado en forma desusada, cuando Sara normalmente no podía ya concebir; era el hijo de la promesa y como tal, era único, como ningún otro de los hijos de Abraham lo era.

Encarnación significa que Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios; por lo tanto, el Hijo de María fue *monogenés*, único, sin igual. Además de afirmar esta verdad, la Biblia nos da algunas ideas adicionales en cuanto a lo que esto significó. Dijimos ya que aunque Jesús era Dios en carne humana, de alguna manera la gloria de su divinidad fue velada, ya que sus contemporáneos al verlo percibían tan sólo un hombre y según el profeta evangélico "no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos" (Isa. 53:2).

La Escritura nos habla de la condescendencia de Dios en venir a echar su suerte con los hombres. El apóstol Pablo al escribir a los corintios en relación a la generosidad cristiana, hizo una enorme afirmación en cuanto a Cristo: "Porque ya

conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Cor. 8:9).

¿En qué consistió ese empobrecimiento? ¿En qué sentido la encarnación significó que Cristo se hizo pobre para poder enriquecernos a nosotros? Es posible que el pasaje bíblico que más detalladamente discute los alcances de la encarnación se encuentra en la epístola a los Filipenses. En el contexto de la humildad cristiana, el apóstol da un vistazo a la humildad, o más bien la humillación de Cristo, al venir a cumplir su misión terrenal.

> Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:5-11).

Pablo escribe que aunque Cristo Jesús era "igual a Dios", sin embargo "se despojó a sí mismo." La palabra aquí traducida despojó es *ekenōsen*, una palabra clave y discutida con renovado interés en círculos teológicos desde el siglo pasado. Viene del verbo *kenoō*, cuyo significado básico es "vaciar". Algunas versiones traducen la palabra en Filipenses 2:7 como "despojó", otras "anonadó"; en inglés normalmente lo hacen en forma más literal "He emptied himself" (se vació a sí mismo). La pregunta que naturalmente surge a esta altura es ¿de qué se despojó, de qué se vació Dios al hacerse hombre?

De acuerdo a algunas corrientes teológicas, esto significa que Jesús dejó de lado algunos de los atributos divinos, que en

realidad hubo una reducción de la divinidad. Dividen generalmente los atributos divinos en *naturales*: omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia y *espirituales*: amor, justicia, misericordia, santidad. Postulan entonces que la encarnación significó un desprendimiento de los atributos naturales, pero que Jesús retuvo los atributos espirituales.

En otras palabras, en Jesús se encontraban el amor, la justicia, la misericordia y la santidad divina, pero no la omnipotencia, la omnipresencia y la omnisciencia. Para ellos la encarnación significó una reducción: al hacerse hombre se hizo algo menor que Dios; parte de su divinidad fue abandonada y reemplazada por cualidades humanas. ¿Podría Jesús estar privado de algunos de los atributos de la divinidad y todavía ser totalmente Dios? No debemos olvidar el anuncio del ángel, que su nombre sería Emanuel, que significa "Dios con nosotros" (Mat. 1:23).

Es evidente que este entendimiento de la *kenosis* levante sospechas; obviamente las palabras "se despojó a sí mismo" o se vació a sí mismo, deben comprenderse a la luz de Colosenses 2:9, donde el apóstol Pablo aseveró que "en él [en Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". De acuerdo a este texto, y a muchos otros ya mencionados, ninguna explicación de la encarnación que implique una reducción de la divinidad o de la humanidad del Hijo de Dios puede ser aceptable. Jesús no era Dios en forma parcial; en él habitaba corporalmente la plenitud de la Deidad. Entonces, ¿cómo podemos entender la *kenosis*, el empobrecimiento que significó la encarnación?

Una frase clave en el pasaje que estamos considerando es "tomando forma de siervo"; es la frase que explica en qué consistió la *kenosis*, el anonadamiento. Podría muy bien traducirse el verso siete de la siguiente manera: "Se despojó asimismo al tomar la forma de siervo". No habla de dos actos

separados, uno en el cual se despojó a sí mismo para luego tomar la forma de siervo. No. El tomar la forma de siervo, el hacerse hombre, constituyó el despojamiento. Debiéramos notar antes de seguir adelante dos palabras claves en este pasaje.

La primera es la palabra griega *morfé*, forma, "siendo en forma de Dios". En español esta palabra generalmente se usa para referirse al aspecto exterior de algo. En 2 Timoteo 3:5 el apóstol Pablo la usó en este sentido en la expresión "que teniendo la apariencia [*morfé*] de piedad..." Pero este no es el significado primario de la palabra; se refiere más bien a la condición interna. Como cuando en español nos referimos a un atleta que está "en forma"; no pensamos en su apariencia exterior necesariamente, sino en su condición interna, su estado. Este es el sentido de la palabra en Filipenses 2:5 al referirse a Cristo antes de la encarnación.

Un comentarista bíblico así expresó el sentido de la palabra en este texto: Cristo "poseía internamente y desplegaba exteriormente la naturaleza del mismo Dios" (ver James Montgomery Boice, *God the Redeemer*, p. 123). La misma palabra se encuentra otra vez en el verso siete, donde dice que en la encarnación, Jesús tomó "forma de siervo". Otra vez, tanto internamente, en su naturaleza, como en su apariencia externa, era hombre, verdadero hombre.

La otra palabra que quisiéramos subrayar se encuentra también en el verso seis, "no estimó el ser igual a Dios..." La palabra "igual" viene del griego *isa [isos]*, y significa precisamente eso, igual.

Jesús, quien era igual a Dios por naturaleza, no se aferró a esa prerrogativa de igualdad a Dios, sino que se despojó a sí mismo. No vino con la gloria y autoridad de Dios, veló su gloria —su igualdad a Dios— al asumir la forma de siervo. Mientras que no cesó de ser por naturaleza lo que era el Padre,

Jesús vino funcionalmente subordinado al Padre durante el período de la encarnación. Al tomar la naturaleza humana, Cristo aceptó ciertas limitaciones en el uso de sus atributos divinos. La limitación no fue el resultado de haber dejado de lado algunos de esos atributos, sino el de haber asumido atributos humanos. Cristo tenía todos los atributos de Dios, pero tomó la naturaleza humana y voluntariamente se limitó a sí mismo.

Yo soy diestro por naturaleza; escribo con la mano derecha; si en estos momentos decidiera voluntariamente no usar la mano derecha y escribir con la izquierda, mi habilidad de hacerlo sería grandemente limitada. Yo seguiría siendo quien soy; mis capacidades no disminuirían, sin embargo, las condiciones bajo las cuales seguiría haciendo mi trabajo serían notablemente reducidas. Así fue, en un sentido, el despojamiento de Cristo; se limitó en el uso de los atributos que seguían estando presentes en él. El tomó la forma de siervo con sus limitaciones inherentes.

La popular nueva versión del Rey Jacobo en inglés, tiene al margen, como una lectura aclarativa de la frase "no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse", la expresión "He emptied Himself of His privileges" (se vació, o se despojó de sus privilegios). Cristo no se despojó de los atributos divinos —no podía hacerlo y seguir siendo Dios— sino que se despojó de los privilegios de actuar como Dios, de la gloria inherente a su persona.

En la oración sacerdotal Jesús ruega diciendo, "ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Juan 17:5). Obviamente, Cristo se había despojado de la gloria de la divinidad; eso estaba oculto a los ojos humanos, oculto bajo el velo de la humanidad; lo que era visible era la forma de siervo. El asumió voluntariamente una posición subordinada al Padre,

lo cual incluía que él viviría en total dependencia del Padre.

En un excelente estudio reciente sobre este pasaje, N.T. Wright observa que en contraste con lo que era común en los déspotas orientales, quienes entendían su posición como algo para usarse para ventaja propia, Jesús entendió que su posición significaba la negación propia. Luego ofrece la siguiente traducción de los versos 6 y 7: "quien siendo en la forma de Dios no estimó su igualdad divina como algo para ser usado para su propia ventaja, sino que se despojó a sí mismo" ("*Arpagmos* and the Meaning of Philipians 2:5-11", *Journal of New Testament Studies* 37, 1986: 104).

La verdadera *kenosis* entonces, el significado del despojamiento de Cristo, no consistió en el abandono total o parcial de algunos de sus atributos, sino en la decisión voluntaria de no usarlos para su propio bien, de depender totalmente del Padre. Cristo era verdadero Dios y verdadero hombre; pero durante la encarnación vino a vivir básicamente como hombre, dejó el uso de los atributos divinos en las manos del Padre, y vivió en total dependencia, como nosotros debemos vivir. Pero nunca dejó de ser Dios.

Si Jesús no hubiera tenido en sí mismo el poder de convertir piedras en pan, la primera tentación en el desierto sería inexplicable. La sugerencia de Satanás fue una tentación real para Jesús porque él tenía el poder de realizar ese milagro, pero resolvió no hacerlo. Notamos en un capítulo anterior que Jesús no solamente poseía el poder de hacer milagros, sino que en ocasiones lo hizo dando evidencia de su divinidad.

En otras ocasiones oró al Padre y en respuesta a su oración, el milagro se hizo. ¿Cómo es?, dirá alguien, ¿no es que vivió en total dependencia de su Padre y que no cesó su poder divino? Debiéramos notar un detalle todavía. El Nuevo Testamento nos da a entender que Jesús no hizo milagros para su propio bien, en ese sentido vivió como nosotros, pero eso

no quiere decir que no hizo milagros para beneficiar a otros.

Ya notamos que en ocasiones, como en lo relatado en Marcos 2:1-12, Jesús le perdonó los pecados a un paralítico y ante el descontento de los presentes por haber hecho algo que le pertenecía sólo a Dios, también lo sanó como evidencia de su divinidad, "para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra..." (Mar. 2:10).

Los teólogos suelen usar la palabra *incógnito* para referirse a la realidad de la encarnación: Jesús siendo Dios aparecía sólo como hombre a la vista de sus contemporáneos. La palabra incógnito viene del latín (*in* = no, *cognitus*)= conocido por lo que incógnito significa no conocido, donde la verdadera identidad de alguien no es conocida o se encuentra disimulada. El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia ofrece la siguiente definición de la frase "de incógnito": "se usa para significar que una persona constituida en dignidad quiere tenerse por desconocida, y que no se la trate con las ceremonias y etiqueta que le corresponden".

La encarnación significa que Jesús vino de incógnito, no se dio a conocer con la gloria y dignidad de quien era, sino que veló su divinidad bajo el manto de la humanidad que asumió. Al mismo tiempo el Nuevo Testamento hace muy claro que el incógnito no fue absoluto, no fue siempre total; hubo momentos cuando fue aliviado, y la divinidad se manifestó a través de la humanidad. Si no hubiera sido así, si no hubiera habido evidencias de que Jesús era el Hijo de Dios, ¿podría acusarse a los judíos de haberlo rechazado? Habrían rechazado sólo a un hombre.

Ya mencionamos que la verdad de que Jesús era el Hijo de Dios es un asunto de revelación; así le dijo Jesús a Pedro: "No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. 16:17). Sin embargo, también es verdad que de vez en cuando la divinidad fue manifestada, de tal manera que

no podía ser negada, podía ser percibida por el hombre.

En ocasión de la limpieza del templo por ejemplo, la gente percibió más que la presencia de un hombre: "mirando a Cristo, todos vieron la divinidad que fulguraba a través del manto de la humanidad. La majestad del cielo estaba allí como el Juez que se presentará en el día final, y aunque no lo rodeaba la gloria que le acompañará entonces, tenía el mismo poder de leer el alma" (DTG, p. 131).

Además, en algunos de los milagros de Jesús se observa un alivio temporal del incógnito. Si bien es cierto que en ocasiones el milagro se realizó en respuesta a la oración de Cristo —como en la resurrección de Lázaro— en otras pareciera que fue realizado por el poder inherente en él. En realidad, Juan nos dice que los milagros de Jesús —que él llama "señales"— fueron registrados en su Evangelio "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios..." (Juan 20:31). o

Para Juan, las señales no apuntan al fin del tiempo, como en los Evangelios sinópticos, sino que apuntan a Jesús, y son prueba de su autoridad, para que la gente crea en él; "estando en Jerusalén en la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía" (Juan 2:23).

Encontramos un incidente en la Escritura —la transfiguración— donde hubo una suspensión total del incógnito, cuando Jesús "se transfiguró delante de ellos [Pedro, Jacobo y Juan] y resplandeció su rostro como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la luz" (Mat. 17:2) Años más tarde en una de sus cartas, Pedro hizo referencia a esa experiencia sin igual en el monte santo:

> Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria

una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo (2 Ped. 1:16-18).

De lo que hemos dicho hasta aquí se desprende claramente que la encarnación significó la unión de lo divino con lo humano, no una reducción de la divinidad o de la humanidad. En la encarnación no hubo abandono de atributos divinos, pero estos sí fueron velados por el manto de la humanidad. Cristo se vació, se despojó a sí mismo al asumir voluntariamente una posición subordinada al Padre durante su ministerio terrenal; iba a depender del Padre como los demás seres humanos deben hacerlo. Sin embargo, el incógnito fue atenuado en ocasiones, cuando manifestó su gloria y poder. Y aunque Cristo nunca usó su poder divino, nunca hizo milagros en beneficio propio, es evidente que sí hizo milagros para bendecir y beneficiar a otros. Invitamos al lector a considerar cuidadosamente los siguientes párrafos:

La encarnación no disminuyó la divinidad

Dejando de lado su manto real y su corona regia, Cristo vistió su divinidad con humanidad...Cristo no pudiera haber venido a esta tierra con la gloria que tenía en las cortes celestiales. Los seres humanos pecaminosos no podrían haber soportado el cuadro. El veló su divinidad con el manto de la humanidad, pero no abandonó su divinidad (R & H, 15 de junio de 1905).

¿Fue cambiada la naturaleza humana del Hijo de María en la naturaleza divina del Hijo de Dios? No. Las dos naturalezas fueron combinadas misteriosamente en una persona, el hombre Cristo Jesús. En él habitó corporalmente toda la plenitud de la divinida (*Carta* 280, 1904).

Jesús no hizo milagros para su propio bien

Cristo no había de ejercer el poder divino para su propio beneficio. Había venido para soportar la prueba como debemos soportarla nosotros, dejándonos ejemplo de fe y sumisión (DTG, pp. 94, 95).

Cristo no realizó milagros en beneficio propio. El fue objeto de flaquezas, pero sabía lo que había en el hombre... Se impidió que sus atributos divinos aliviaran la angustia de su alma o sus dolores corporales (*Carta* 106, 1896).

El Hijo de Dios había tomado sobre sí la naturaleza humana. Debía obrar como el hombre habría tenido que obrar en tales circunstancias. Por lo tanto, no quiso realizar un milagro para ahorrarse el dolor y la humillación que el hombre habría tenido que soportar si hubiese estado en una posición similar (DTG, p. 677).

[Cristo] no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación y venció con la fuerza que Dios le daba (DTG, p. 16).

Jesús hizo milagros a favor de otros

Ni en esta ocasión [cuando fue tentado a transformar las piedras en pan], ni en ninguna otra ulterior en su vida terrenal, realizó él [Cristo] un milagro a favor suyo. **Sus obras admirables fueron todas hechas para beneficio de otros** (DTG, p. 95).

Cada milagro que Cristo realizaba era una señal de su divinidad... Lo que indujo a los judíos a rechazar la obra del Salvador era la más alta evidencia de su carácter divino. **El mayor significado de sus milagros se ve en el hecho de que eran para bendición de la humanidad** (DTG, p. 373).

La divinidad y la tentación

[Cristo] sabía [en su confrontación con Anás] que en un momento, con un fulgor de su poder divino podía postrar en el polvo a sus crueles atormentadores. Esto le hacía tanto más difícil soportar la prueba... Así que cuando Cristo fue tratado con desprecio, sintió

una fuerte tentación a manifestar su carácter divino. Por una palabra, por una mirada, podía obligar a sus perseguidores a confesar que era Señor de reyes y gobernantes, sacerdotes y templo. Pero le incumbía la tarea difícil de mantenerse en la posición que había elegido como uno con la humanidad (DTG, p. 649).

Satanás indujo a la turba cruel a ultrajar al Salvador. Era su propósito provocarle a que usase de represalias, si era posible, o impulsarle a realizar un milagro para librarse y así destruir el plan de salvación (DTG, p. 683).

5

Semejante a sus hermanos

En el capítulo anterior estudiamos la encarnación, ese concepto profundo, abarcante, el misterio de la piedad: Dios haciéndose hombre, sin dejar en ningún sentido de ser Dios. Vimos que no era menos Dios cuando vivió de incógnito entre los hombres. Ya hemos notado que a través de la historia la doctrina de la encarnación ha sido objeto de mucha discusión y controversia. No ha sido fácil aceptar la paradoja que este concepto involucra: que Dios y el hombre se encontraron en Jesús; que el Carpintero de Nazaret era también divino. En los intentos de explicar este misterio, o de hacerlo más fácil para la lógica y el razonamiento humano, con frecuencia se enfatizó una parte de la paradoja en descuido o negación de la otra.

Al principio de la era cristiana estuvo de moda enfatizar la divinidad de Cristo a expensas de su humanidad; había quienes negaban que Jesús era en realidad humano; más bien aparecía a los ojos humanos como un hombre cuando no lo era en realidad. Hoy, en la época del racionalismo y del liberalismo religioso, está de moda negar su divinidad y hacer a Cristo no totalmente humano, sino **solamente** humano. El concepto de un Dios-hombre es de origen mitológico, dicen algunos.

El cristianismo bíblico afirma sin reservas la verdad fundamental de la encarnación aunque no pueda dar una explicación que satisfaga todas las inquietudes del intelecto. Y lo afirma

con la autoridad de la Escritura, que es la Palabra de Dios. La aceptación de la doctrina de la encarnación, sin embargo, no quiere decir que no queden interrogantes difíciles de contestar. Es posible que hoy, en el ambiente cristiano, la mayor dificultad se experimenta en relación con la humanidad de Cristo durante la encarnación, y a este aspecto queremos dedicar nuestra atención en este capítulo.

Ya insistimos en que Jesús era "verdadero hombre", no una apariencia; no era hombre parcialmente, sino un hombre de verdad. Vino a ser "en todo semejante a sus hermanos" (Heb. 2:17). Hay quienes insisten que la expresión **en todo** significa que era idéntico a nosotros, que no es posible señalar ninguna diferencia entre él y el hombre. Otros creen que esta expresión no excluye la realidad de que Jesús era **único**, y si era único, debía en algún aspecto ser diferente a nosotros. Fue engendrado diferente a nosotros, no tuvo padre humano. Su misión fue diferente a la nuestra, él vino "a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10). Si hubiera sido idéntico a nosotros, ¿habría podido cumplir su misión, la de "dar su vida en rescate"? (Mar. 10:45). Obviamente, el afirmar su verdadera humanidad no excluye la realidad de que él era **único**, "el unigénito del Padre" (Juan 1:14). Con lo dicho hasta aquí podemos afirmar que Jesús era "en todo semejante a sus hermanos", pero sin necesidad de redención. Nosotros entramos en el mundo necesitando redención; él no, él "vino al mundo a salvar a los pecadores" (1 Tim. 1:15), vino a hacer algo en favor del hombre que el hombre no podía hacer por sí mismo, y evidentemente Jesús debía estar en posición de poder hacerlo.

Acabamos de decir que una diferencia esencial entre Jesús y nosotros es que nosotros necesitamos redención y él no la necesitaba. ¿Y por qué es que nosotros necesitamos redención? La pregunta es muy fácil de responder: Necesi-

tamos redención por causa del pecado. La Escritura enseña esta verdad con una claridad innegable. Sin embargo, la pregunta surge enseguida: Y ¿qué es pecado? ¿Es sólo lo que hacemos, o también lo que somos que nos pone en necesidad de redención? ¿El hombre se pierde cuando peca, o ya nace perdido? Dicho en otras palabras, ¿somos pecadores porque pecamos, o pecamos porque somos pecaminosos?

¿Qué es pecado?

Es de suma importancia que nos detengamos a definir bíblicamente qué es pecado; en este sentido la Escritura es muy clara y abunda en información. Una comprensión clara del concepto bíblico de pecado nos ayudará no sólo a entender la humanidad de Cristo con relación a la nuestra, sino que nos ayudará a entender cómo Cristo nos salva del pecado, lo que trataremos más adelante.

Un acto.—En primer lugar la Biblia define el pecado como un acto en oposición a la verdad revelada de Dios. Puede tratarse de un acto de comisión, ya que "el pecado es infracción de la ley" (1 Juan 3:4), o de omisión, siendo que "al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado" (Sant. 4:17). El hacer lo malo o dejar de hacer lo bueno es pecado, a la vista de Dios. Hay personas que son muy celosas en cuanto a lo primero, actos abiertos de transgresión, y tienen una religión que consiste en "no hacer mal a nadie"; y eso está bien, pero es sólo parte de la religión cristiana. No es sólo asunto de no hacer mal a nadie, sino de hacer bien en toda ocasión posible.

En la gran parábola del juicio de las naciones, cuando la humanidad sea finalmente dividida en dos grupos, unos a la derecha y otros a la izquierda, se hace evidente que no es tanto

el hacer o no hacer lo malo como el hacer o no hacer lo bueno lo que decide el destino de una persona: "tuve hambre, y me disteis de comer..." o "tuve hambre, y no me disteis de comer..." (Mat. 25:31-46) es la base del juicio.

Los motivos.—Además de los actos de comisión u omisión, la Escritura indica que pecado tiene que ver con los motivos que inspiran esas acciones, no con las acciones externas solamente. Jesús castigó severamente a aquéllos que hacían sus limosnas "para ser alabados por los hombres" (Mat. 6:2) y llamó la atención públicamente a la actitud de una viuda que dio, aunque con sacrificio, muy poco: sólo dos blancas (Mar. 12:42), porque había dado por amor, sin ningún intento de ostentación. El apóstol Pablo enfatizó el concepto del motivo cuando dijo que "todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. 14:23). El hombre tiende a juzgar por apariencias, a mirar lo que está delante de sus ojos, "pero Jehová mira el corazón" (1 Sam. 16:7). A la vista de Dios, el pecado va más allá del acto externo, se define en base al motivo que lo impulsa; es en realidad "el motivo lo que da carácter a nuestros actos, marcándolos con ignominia o con alto valor moral" (DTG, p. 567).

La herencia.—Al definir lo que es pecado, la Biblia va aún más allá de las acciones y de los motivos que las inspiran, estableciendo que pecado es además un estado; involucra la naturaleza con la cual nacemos: heredamos la pecaminosidad. A fines del siglo IV de nuestra era, se levantó una herejía en la Iglesia Cristiana, conocida como **pelagianismo** que negaba esta dimensión de pecaminosidad. Pelagio, su autor, insistía en que el hombre no es pecaminoso por naturaleza, que el pecado de Adán le afectó a él solamente, no a su posteridad.; Debido a este pensamiento, él creía que por sus propias fuerzas el hombre puede obedecer perfectamente la ley de Dios y vivir sin pecado. Según él, tanto la ley como el

Evangelio llevan al reino. Pelagio enfatizaba la prioridad de la voluntad humana sobre la gracia de Dios, es decir, el hombre puede buscar a Dios y la salvación por sus propios esfuerzos. Esta herejía fue repudiada y condenada por la Iglesia, pero nunca fue del todo erradicada.

La Escritura es clara, sin embargo, en puntualizar la corrupción del corazón humano, aún antes de que el hombre llegue a violar conscientemente la ley de Dios. David fue muy específico al decir: "en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. p. 51:5). David confiesa que su pecaminosidad se remonta, no al momento de su nacimiento, sino al mismo momento de la concepción. Aun antes de nacer, el hombre ya es pecaminoso delante de Dios. "David reconoció que los niños heredan propensiones al mal... tendencias inherentes al mal" (3 CBA, p. 755).

Comentando sobre esta dimensión del pecado, el erudito adventista Norman Gulley escribió: "Si un bebé muere unas pocas horas o días después de nacer está todavía sujeto a la segunda muerte—la muerte de condenación—aun cuando no haya violado jamás ningún mandamiento. Si no fuera así, los niños que mueren no necesitarían un Salvador" (*Revista Adventista*, 25 de enero de 1990, p. 13). Elena de White añade: "Después de su pecado, Adán y Eva no pudieron seguir morando en el Edén... Se les dijo que su naturaleza se había depravado por el pecado..." (PP, p. 46). El acto de transgresión tuvo un efecto inmediato sobre su naturaleza, ésta se corrompió, perdió su sintonía con el cielo, y sus hijos participaron de su desgracia. Notemos:

> Antes que Adán cayese, le era posible desarrollar un carácter justo por la obediencia a la ley de Dios. Mas no lo hizo y por su caída, *tenemos una naturaleza pecaminosa*. Y no podemos hacernos justos a nosotros mismos. Puesto que somos pecadores y malos, no podemos obedecer perfectamente una ley santa (CC, p. 62).

Es claro: Por causa del pecado de Adán "tenemos una naturaleza pecaminosa". El apóstol Pablo, escribiéndoles a los efesios, señaló que "éramos por naturaleza, hijos de ira" (Efe. 2:3). Al decir "por naturaleza" subraya el hecho de que es algo heredado, innato, no algo adquirido posteriormente. Jeremías escribió: "engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso..." (Jer. 17:9).

Los reformadores se refirieron a la situación del hombre como descendiente de Adán y afectado por su pecado con la expresión *depravación total*; el hombre nace totalmente depravado. Con eso no quisieron decir que todo hombre se sumerge totalmente en el pecado y en el vicio, sino más bien que la corrupción del pecado se ha extendido a todo su ser —espíritu, alma y cuerpo— y que como consecuencia de esta depravación no hay nada que el hombre pueda hacer para merecer el favor de Dios. Tampoco depravación total quiere decir que el hombre no puede realizar obras "buenas", sino que aún estas obras no son meritorias delante de Dios; el ser humano depende total y absolutamente de la gracia divina.

Separación.—La Biblia todavía identifica otra dimensión, otro efecto de pecado: separación de Dios. Tan pronto como Adán y Eva pecaron, sintieron que se elevó entre ellos y Dios una barrera fría, infranqueable, "se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto" (Gén. 3:8). Isaías más tarde subrayó esta realidad cuando dijo que "vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Isa. 59:2). El respetado teólogo adventista, Edward Heppenstall observó al respecto:

> Adán y Eva fueron creados en un estado de inocencia, en armonía con Dios. Pero pecaron. Esto los separó de Dios y fueron alejados del jardín. Su relación con Dios fue perdida, no sólo para ellos, sino

para todos sus descendientes. Como resultado, todo hombre nace en un estado de separación de Dios, sujeto al pecado y a la muerte, incapaz de regresar por sí mismo a la inocencia (*The Man Who is God*, p. 109).

Los dos Adanes

El texto en la Escritura que más detalladamente discute el pecado original, esto es, cómo el pecado de Adán afectó a su posteridad, se encuentra en Romanos 5:12-21. Admitiendo que es un pasaje difícil, y que no trata el tema en su totalidad, es ún pasaje clave ante el cual las defensas del pelagianismo se derrumban; el apóstol Pablo menciona varias veces en esta sección cómo fuimos afectados por el pecado de Adán. Notaremos algunas de estas menciones:

> Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...porque si por la transgresión de aquel uno, murieron los muchos...porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación...Pues si por la transgresión de uno sólo reinó la muerte...Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres... Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores...

Estas afirmaciones son muy contundentes. Se recalca el hecho de que la muerte y la condenación son parte de la suerte de todo hombre por causa del pecado de Adán. Con frecuencia el versículo 12 se ha malentendido, se lo ha interpretado como que dijera que Adán pecó y murió, y que igualmente los hombres mueren como consecuencia de su propio pecar. El tiempo del verbo indica que se refiere al pecado de Adán, no al de sus descendientes. Es por la transgresión de Adán que vino la condenación a todos los hombres. Nacemos bajo

condenación, estamos perdidos mucho antes de cometer pecados individualmente.

El versículo 14 nos dice que Adán "es figura del que había de venir", de Cristo. A primera vista parece un poco difícil de entender cómo el hombre que sumió a toda la raza humana bajo pecado y condenación puede ser un tipo de Cristo. El tipo, la figura, en este caso se establece por contraste. Los dos en cierta manera son representantes de la raza humana. Todo se perdió con el primer Adán, todo se recuperó con el segundo. Notemos el énfasis en la obra de Cristo a favor de la humanidad en la misma sección de Romanos:

> Abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo... mucho más reinarán en vida por uno sólo, Jesucristo, los que reciban la abundancia de la gracia y del don de la justicia. De la misma manera, por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida... así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

Toda la humanidad está endeudada con los dos Adanes: condenada en el primero, redimida en el segundo. El *Comentario Bíblico Adventista* ofrece la siguiente explicación en relación a 1 Corintios 15:45:

> Adán era un símbolo de Cristo porque ambos eran representantes de toda la familia humana. Adán era el representante y el autor de la humanidad caída; Cristo el representante y autor de la humanidad restaurada. Por eso Cristo es llamado "el postrer Adán" (6 CBA, p. 528).

El término teológico para referirse a los efectos del pecado de Adán sobre su posteridad es **pecado original**. Es claro que esta expresión no tiene que ver con el origen del pecado en el universo, sino sólo con la familia humana, con los efectos del pecado de Adán. Con lo que hemos dicho hasta aquí, queda

claro que según la Escritura, pecado es más que actos de desobediencia. La pecaminosidad es parte del propio ser del hombre, su naturaleza es corrupta, depravada, está condenado ya al venir al mundo. Es por eso que el hombre necesita no sólo perdón, sino regeneración, un nuevo nacimiento, una transformación de la naturaleza depravada. El conocido teólogo adventista Arnold Wallenkampf observó lo siguiente al respecto: "Sin el nuevo nacimiento toda persona que nace en este mundo está irremisiblemente perdida por la eternidad, ya que por temperamento es enemiga de Dios" (*What Every Christian Should Know About Being Justified*, p. 14).

A esta altura, se hace casi superfluo preguntarnos si Jesús era igual a todos los hombres también en lo que se refiere al pecado. ¿Nació él separado de Dios, con una naturaleza depravada, bajo condenación? ¿Fue necesario que Jesús se convirtiera, que cambiara de rumbo? Si así hubiera sido, él también habría necesitado redención, como todos los hombres. Citamos otra vez del *Comentario Bíblico Adventista*:

> De esta manera Adán y Eva pasaron a su posteridad una tendencia al pecado y el sometimiento a su castigo: la muerte. Por su transgresión el pecado se introdujo como un poder infeccioso en la naturaleza humana antagónico a Dios, y esa infección ha continuado desde entonces. Debido a esa infección de la naturaleza humana, que se remonta al pecado de Adán, los hombres deben nacer nuevamente (6 CBA, p. 527).

Pero Cristo es el segundo Adán, no un descendiente común como lo somos nosotros. El fue concebido por el Espíritu Santo, nosotros no; nosotros tenemos un padre humano, él no lo tuvo. Así como Adán fue único, el único hombre creado por Dios del polvo de la tierra, sin padre ni madre humanos, también Jesús fue único: el único ser concebido en una mujer

por el Espíritu Santo. Notemos lo siguiente, en cuanto al origen de Adán, del hombre y de Cristo: Adán fue **creado** en forma **sobrenatural**, por lo que fue **único**. El hombre es **concebido** en forma **natural**, por lo que es **común**. Jesús fue **encarnado** en forma **sobrenatural**, por lo que fue **único**.

Nunca hubo ni habrá otro ser idéntico a Jesús; él era el unigénito del Padre; él era Emmanuel, Dios con nosotros. En respuesta a la pregunta de María, de cómo podría concebir cuando no conocía varón, el ángel le dio información en cuanto al grandioso plan de Dios: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Luc. 1:35). Comentando sobre las palabras del ángel a María "el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra", David Wells observa:

> Para la mente judía, estas palabras señalaban a la nube divina que cubría el campamento israelita en el desierto. Esta nube era la presencia misteriosa de Dios presentada visiblemente. Es posible que también tengamos aquí un paralelo con el relato de la creación. En ambos, el Espíritu está activo; en ambos, imparte vida. A lo que surge de la actividad creativa del Espíritu en el principio se lo llama "bueno"; a lo que surge de la obra del Espíritu en María, se lo llama "santo" (*The Person of Christ*, p. 42).

Con este concepto, E. G. White concuerda:

> Estas palabras [el Santo Ser] no se refieren a ningún ser humano, excepto al Hijo del Dios infinito. Nunca en ninguna manera debe dejarse la más leve impresión sobre las mentes humanas de que él tuvo alguna mancha o inclinación hacia la corrupción o que en alguna forma cedió a la corrupción... Que todo ser humano tenga cuidado de no hacer a Cristo totalmente humano como uno de nosotros, porque esto no puede ser (*Carta* 8, 1895).

No fue igual a nosotros en el sentido de que en él no hubo

tendencia ni inclinación al pecado. "El tomó su posición como cabeza de la humanidad tomando la naturaleza , *pero no la pecaminosidad del hombre*" (ST, 29 de mayo de 1901). Enfatizando aun más el lugar de Cristo como el segundo Adán y no un descendiente común de Adán, la misma autora nos amonesta con las siguientes palabras:

> Debe ser cuidadoso, extremadamente cuidadoso al tratar acerca de la naturaleza humana de Cristo. No lo presente delante de la gente como un hombre con propensiones al pecado. El es el segundo Adán. El primer Adán fue creado puro, un ser sin pecado, sin una mancha de pecado sobre él; era a la imagen de Dios. Podía caer y cayó en transgresión. Por causa del pecado, su posteridad nació con propensiones inherentes a la desobediencia. Pero Jesús fue el unigénito de Dios. Tomó sobre sí la naturaleza humana y fue tentado en todo punto en que la naturaleza humana es tentada. Podía haber pecado; pero ni siquiera por un momento hubo en él una propensión pecaminosa (*Carta* 8, 1895).

Es necesario que todavía prestemos atención a Hebreos 2:17, donde se dice que Cristo debía ser "en todo semejante a sus hermanos". Este texto lo citan con frecuencia quienes tratan de privar a Jesús de toda diferencia cualitativa con el hombre. Para ellos "en todo semejante" no admite diferencia; Jesús fue igual a nosotros, incluyendo los efectos degradantes del pecado. Por supuesto que los tales presentan un concepto muy superficial de pecado, que se reduce prácticamente a "actos", y tienden a negar, como el Pelagio de antaño, las consecuencias más profundas del pecado de Adán sobre su descendencia. Es por eso que queremos estudiar con cierta detención este pasaje; y para hacerlo notaremos tres cosas: su contexto, el aspecto lingüístico y la misión de Cristo al tomar la naturaleza humana.

Contexto.—Toda persona que estudia con seriedad la Escritura sabe de la importancia que tiene el contexto en el que

se encuentra un pasaje, es decir, qué precede al texto y qué le sigue, cuál es el tema que se está desarrollando. Cuando se priva al texto de la luz que arroja el contexto, se lo puede distorsionar y hacerle decir lo que el texto no dice en realidad. Alguien dijo con propiedad que "un texto sin su contexto es un pretexto." El verso que estamos tratando comienza con una expresión clave que nos obliga a mirar al contexto: "por lo cual." Estas palabras nos dicen que lo que sigue es una conclusión derivada de lo que precede; *por lo cual*, en vista de lo dicho, se concluye ahora, o se agrega lo siguiente.

Para hacer justicia al contexto del texto al que nos referimos debiéramos comenzar con el capítulo primero y el primer versículo del libro de Hebreos. En realidad toda la epístola es el contexto general de Hebreos 2:17. Pero el espacio nos permite sólo detenernos por un momento en el contexto inmediato:

> Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (2:14).

En otras palabras, Cristo tomó la naturaleza humana para poder morir en lugar del hombre. En otro lugar dice: "sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo" (Heb. 10:5). Se hizo carne y sangre, tomó la naturaleza humana para poder morir, y así destruir al que tenía el imperio de la muerte. Luego en el versículo 16 dice que su plan no era socorrer a ángeles, sino "a la descendencia de Abraham", al hombre. El hombre era el que necesitaba redención, no los ángeles, por eso se hizo hombre, vino a ser uno con quienes quería redimir. El texto no discute la naturaleza de la humanidad de Cristo, sino el hecho de que se hizo hombre, y porqué, y da dos razones: primero, porque vino a salvar al hombre y no a ángeles; y en segundo lugar, porque para salvar al hombre

debía morir en su lugar. "[Cristo] vistió su divinidad con humanidad, tomando voluntariamente la naturaleza humana, *haciendo así posible ofrecerse a sí mismo como un rescate*" (Ms. 92, p. 1899).

Lingüística.—Además del contexto, es indispensable prestar atención al aspecto lingüístico del pasaje en sí, es decir, al significado de las palabras que se usaron. Esto es importante porque la Escritura que poseemos hoy es la traducción de algo que fue escrito hace casi dos mil años, en un idioma diferente. Aún en nuestro propio idioma hay palabras que varían su significado al pasar de una región a otra, o que han cambiado su significado con el correr del tiempo. En el texto que nos ocupa hay una palabra que es muy importante, en torno a la cual han surgido los malentendidos. Es precisamente la palabra **semejante**, porque Jesús fue en todo *semejante* a sus hermanos.

En el idioma español esto puede resultar algo ambiguo, pero el idioma griego cuenta con dos palabras para diferenciar entre algo que es igual y algo que es semejante. Una de ellas es la palabra *isos* , que significa precisamente **igual**. En nuestro idioma hay palabras que nos vienen de esa raíz, como *isósceles*, que à su vez viene de dos palabras griegas, *isos*, igual y *skélos*, pierna; y se refiere a un triángulo que tiene dos piernas, o lados iguales. También *isotermo*, de *isos*, igual y *termós*, caliente, lo que significa de igual temperatura.

Es la palabra que los judíos usaron en su reacción contra Jesús cuando exclamaron: "También decía que Dios era su propio Padre, haciéndose **igual** a Dios" (Juan 5:18).

Pero los griegos usaban otra palabra para referirse a algo que no era necesariamente igual, sino semejante, es decir, que admitía alguna diferencia. Es la palabra ***homoioma***. Por ejemplo, el apóstol Santiago usa esta palabra cuando dice: "Con ella [con la lengua] bendecimos al Dios y Padre y con

ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la *semejanza* de Dios" (Sant. 3:9). El hombre es semejante a Dios, pero no idéntico. El apóstol Juan usa esta palabra al escribir que "el aspecto de las langostas era *semejante* a caballos preparados para la guerra" (Apoc. 9:7).

Volveremos por un momento a un pasaje que analizamos en el capítulo anterior, Filipenses 2:5-8, para notar algo de suma importancia que no hemos señalado todavía. En ese pasaje, el apóstol usa las dos palabras, *isos* y *homoioma*, pero notemos como. En el verso 6 habla de que Jesús "no estimó el ser igual [*isos*] a Dios como cosa a qué aferrarse...", pero en el verso siguiente, al hablar de la encarnación, del hacerse uno con el hombre, usa la palabra *homoioma*, "hecho semejante a los hombres". Jesús era igual, *isos* , a Dios y en todo semejante, *homoioma*, a sus hermanos. Por lo que un estudio de la palabra usada en Hebreos 2:17 nos aclara el significado del pasaje: No dice que Jesús fue en todo *igual*, idéntico a sus hermanos, pero sí en todo *semejante*. Y ya notamos que esa palabra admite el concepto de que fue en todo como nosotros con la diferencia fundamental de que no participó en el pecado en ninguna de sus formas. E. G. White dice que Cristo "condescendió a vestir su divinidad con humanidad, y vino a ser como [like] nosotros, excepto en pecado" (YI, 20 de octubre de 1886).

Misión.—La última cláusula de este texto nos aclara aún más por qué el autor usó la palabra **semejante** y no **igual**: porque Cristo tenía una misión especial, una misión que un hombre común, un descendiente común de Adán jamás hubiera podido realizar: El vino "para expiar los pecados del pueblo", literalmente para hacer propiciación. Por lo tanto debía estar equipado, es decir, estar en condiciones de hacer algo que no hubiera podido hacer si hubiera sido en todo igual a nosotros. El vino a pagar nuestra deuda, y para poder

hacerlo, él no podía deber nada. De lo contrario, él mismo hubiera necesitado la expiación. El vino como sacerdote, pero había una diferencia fundamental entre él y los sacerdotes del Antiguo Testamento: "que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados..." (Heb. 7:27). Notemos cómo este principio fundamental es puesto en relieve en los siguientes pasajes de E. G. White:

> El hombre no podía expiar al hombre. Su condición caída, pecaminosa lo hubiera constituido en una ofrenda imperfecta, en un sacrificio, expiatorio de menos valor que Adán antes de la caída. Dios hizo al hombre perfecto y recto, y después de su transgresión no podría haber un sacrificio aceptable a Dios en su favor, a menos que la ofrenda hecha tuviera un valor superior al hombre como era en su estado de perfección e inocencia (SP 2:9-10).
>
> Cristo fue sin pecado, de otra manera su vida en carne humana y su muerte en la cruz no hubieran tenido más valor en obtener gracia para el pecador que la muerte de cualquier otro hombre (Ms. 92, 1899).
>
> Cristo no hubiera podido hacer esta obra si él no hubiera sido perfectamente inmaculado. Solamente uno que era la perfección misma podría cargar con el pecado y perdonarlo [en otros] al mismo tiempo. El está ante la congregación de los redimidos cargado de pecado, pero son los pecados de ellos que él carga. A través de toda su vida de humillación y sufrimiento, desde el momento en que nació como un bebé en Belén hasta el momento en que pendía de la cruz del Calvario, cuando clamó con una voz que sacudió el universo "hecho es", el Salvador fue puro y sin mancha (Ms. 165, 1899).

Cristo fue en todo semejante a sus hermanos, tomó la naturaleza humana —participó de carne y sangre— fue un hombre real, participó de la suerte de la humanidad, pero no de su pecado; él vino a salvar a su pueblo de sus pecados (Mat. 1:21). Sólo él estaba simbolizado por el cordero sin tacha del ritual del Antiguo Testamento, sólo él pudo ofrecer un sacrificio acepto delante de Dios. El autor del libro de Hebreos

subraya esta verdad cuando dice que "tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos" (Heb. 7:26). ¡Gracias a Dios por su don inefable!

6

TENTADO EN TODO

Ya hemos notado varias afirmaciones que la Escritura hace en cuanto a Jesús: que era divino y humano, que "las dos naturalezas se mezclaron misteriosamente en una sola persona: el hombre Cristo Jesús" (5 CBA, p. 1088). En la encarnación no hubo pérdida de la divinidad, Jesús no dejó de lado ninguno de sus atributos divinos, aunque voluntariamente tomó una posición subordinada para con el Padre. Además, su humanidad era real —tomó carne y sangre— no fue una apariencia de hombre, fue hombre en realidad, semejante a sus hermanos en todo con una excepción: él no necesitó redención. Y no necesitó redención porque él, a diferencia del resto de los hombres, nació sin una mancha de pecado, aunque vino al mundo "de la misma manera que la familia humana" (*Carta* 97, 1898). Además, él "no hizo pecado ni se halló engaño en su boca" (1 Ped. 2:22).

La Escritura afirma, que durante su peregrinaje en la tierra Jesús "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Heb. 4:15). Es en torno a esta afirmación que surgen algunas preguntas que no son siempre fáciles de responder. ¿Podría Cristo haber sido tentado como nosotros si no era exactamente como nosotros? Si el no poseía una naturaleza pecaminosa, es decir, inclinaciones naturales al mal, ¿cómo pudo ser tentado? ¿Fueron reales sus tentaciones? ¿Cómo puede él entendernos, si no estuvo en nuestro lugar? ¿No tuvo ventajas sobre nosotros al afrontar la tentación?

En el transcurso de este capítulo trataremos de contestar estas preguntas, ya que la Biblia nos provee de información. Nosotros somos tentados básicamente en dos formas: primero, desde adentro, debido a nuestra propia naturaleza depravada, porque "cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido" (Sant. 1:14). También, somos tentados desde afuera, por Satanás y el mundo perverso que nos rodea. Se nos amonesta a estar siempre en guardia "porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente anda alrededor buscando a quién devorar" (1 Ped. 5:8), y además se nos insta a no amar "al mundo, ni las cosas que están en el mundo..." (1 Juan 2:15).

La Escritura nos enseña que Jesús no tenía inclinaciones naturales al mal como nosotros; no poseía una naturaleza depravada. En una conversación con sus discípulos, él mismo observó que "viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí" (Juan 14:30). No había nada en él que respondiera a las insinuaciones del enemigo. León Morris ofrece el siguiente comentario sobre este texto: "Es pecado lo que le permite a Satanás controlar al hombre, pero en Jesús no hay pecado como lo hay en los demás" (*The Gospel According to John*, p. 660). E. G. White agrega que "la vida de Cristo estuvo en armonía con Dios. Mientras era niño, pensaba y hablaba como niño; pero ningún vestigio de pecado mancilló la imagen de Dios en él" (DTG, p. 52).

Sin embargo, para que una tentación sea real no tiene necesariamente que apelar a una naturaleza pecaminosa. La tentación puede muy bien ser externa, como lo fue la primera tentación para Adán y Eva. Ellos habían sido creados perfectos por el Señor (ver Gén. 1:31). Y aunque el origen del pecado en sí es un misterio para nosotros, sí sabemos que la tentación vino de afuera, en la voz de la serpiente. Seres santos, perfectos, inocentes fueron tentados y la tentación fue tan real que cayeron.

De igual manera, el pecado entró en el alma de Lucifer cuando él era perfecto, "perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad" (Eze. 28:15). Además, millares de ángeles fueron tentados en su estado de perfección e inocencia; algunos cayeron, otros resistieron la tentación. Es claro que un ser santo, perfecto, puede ser tentado y caer. Tenemos el triste registro de muchos que sucumbieron.

Para que una tentación sea real debe estar dirigida a un ser que es capaz de pecar, de lo contrario no sería tentación; tentación involucra la posibilidad de ceder, de caer. Además, la tentación debe apelar a una necesidad o a un deseo básico, creándose una presión suficiente que impulse a satisfacer ese deseo o necesidad en una forma pecaminosa, es decir, contraria a la voluntad de Dios. La Biblia nos dice que Jesús fue tentado en el desierto, y la tentación fue cruelmente real. Además, como a Adán en el Edén, la tentación fue externa, "él no invitó a la tentación. Fue al desierto para estar solo, para contemplar su misión y su obra" (DTG, p. 89). Y estando en el desierto "vino a él el tentador" (Mat. 4:3). Por supuesto que las tentaciones de Jesús no se limitaron a ese breve período en el desierto al finalizar los cuarenta días de ayuno y oración. El fue el objeto de las maquinaciones y de la ira del enemigo durante toda su vida. Cuando sin éxito acabó esta serie de tres tentaciones en el desierto, el diablo "se apartó de él por un tiempo" (Luc. 4:13), sólo con el propósito de reagrupar sus fuerzas y planear nuevas estrategias. "La vida de Cristo fue una lucha perpetua contra las agencias satánicas. Satanás atacó a Cristo con toda forma concebible de tentaciones" (5 CBA, p. 1056).

La tentación de Jesús fue real, aunque nosotros no podamos sondear sus profundidades. Así como el primer Adán podía ceder a la tentación, sabemos que Cristo por amor a nosotros

lo arriesgó todo cuando vino a "arrostrar los peligros de la vida en común con toda alma humana, aun a riesgo de sufrir la derrota y la pérdida eterna" (DTG, p. 33).

Existe un aspecto en torno a la tentación de Jesús que no siempre es fácil de entender. Dice la Escritura que él fue "tentado *en todo* según nuestra semejanza" (Heb. 4:15). En el capítulo anterior nos detuvimos en el significado de la palabra semejanza y notamos que no significa igualdad total necesariamente; sino que da lugar a lo único, a lo diferente. Pero, ¿cómo debemos entender la expresión *en todo*? ¿Pudo Jesús haber sido tentado *en todo* como nosotros? Claro que sí, eso es lo que dice la Escritura; no dice en casi todo, en muchas cosas, sino *en todo*. Evidentemente no se refiere, sin embargo, a toda tentación particular con que es tentado cada individuo, sino a todo tipo, a toda categoría de tentación que nos acecha.

Hubiera sido imposible que Cristo fuera tentado en todas las tentaciones particulares con que el hombre es tentado. El era un hombre, y podía ser sólo tentado en relación a lo que era, no en relación a lo que no era. Algo que es una tentación muy fuerte para alguien no lo es en absoluto para otro, en circunstancias diferentes.

Jesús creció en un hogar donde los recursos económicos eran escasos y desde pequeño tuvo que trabajar para ayudar a las necesidades de la familia. "En su vida laboriosa no había momentos ociosos que invitasen a la tentación" (DTG, p. 52). Es claro que él no estuvo "en los zapatos" de un niño que crece en la abundancia y la ociosidad y es presa de tentaciones muy específicas a su situación. Miles de personas en nuestra sociedad degenerada llevan en sus almas heridas y cicatrices de una niñez desgraciada, cuando fueron abusados, maltratados: traumas que no son fáciles de sobrellevar. Por todo lo que sabemos Jesús tuvo padres temerosos de Dios y un ambiente

sano donde desarrollarse. Además, Jesús fue hombre, no mujer. Hay tentaciones que son peculiares a la mujer, y Jesús obviamente no fue objeto de todas estas tentaciones particulares, en la forma que le llegan a la mujer.

El nació y vivió en un cierto momento de la historia; por ese hecho nunca fue tentado a pasar horas frente a la televisión, o ir al cine, usar drogas, leer revistas pornográficas, o escuchar música rock. El vivió en un cierto lugar geográfico. Nazaret, donde él creció, tenía sus propios problemas y evidentemente muy serios. Natanael se sorprendió cuando supo que Jesús provenía de esa villa; recordamos sus palabras: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" (Juan 1:46). A pesar de ello, debe haber sido muy distinto vivir en la pequeña aldea de Nazaret hace veinte siglos, que vivir en Chicago, Nueva York, Río de Janeiro, París o Bombay en nuestros días. Además, Jesús nunca fue anciano, ya que vivió sobre la tierra sólo unos 33 años, y nunca se casó.

Para que una tentación sea real tiene que apelar en algún sentido a la persona; lo que es tentación para alguien puede muy bien no serlo para otro. Para alguien la bebida o la droga no es tentación; para otros es algo que no pueden resistir. El diablo ataca donde somos vulnerables, donde puede despertar interés en lo que ofrece. Esto significa que Cristo fue tentado con lo que podía ser tentación para él. Es muy posible que muchas cosas que pueden ser tentaciones para nosotros, como copiar en un examen, o robar algo de la tienda, nunca lo fueron para Jesús, por eso el diablo no perdió tiempo con eso.

De acuerdo a lo que quedó establecido en el capítulo anterior, habría sido además, innecesario que Jesús fuese tentado con nuestras tentaciones particulares, porque él vino como el segundo Adán, no como un descendiente común de Adán. Jesús no vino para probar que Abraham, Moisés, Pedro o alguno de nosotros podría vivir sin pecado; pero sí vino a

probar que Adán habría podido rendir obediencia perfecta en todo momento. Este es un punto fundamental y debiera quedar claro. Nos dice E. G. White que "Satanás había señalado el pecado *de Adán* como prueba de que la ley de Dios era injusta, y que no podía ser acatada. En nuestra humanidad, *Cristo había de resarcir el fracaso de Adán*" (DTG, p. 91). Es a nivel de Adán donde se perdió la batalla, donde se introdujo la condenación y la ruina, y a ese nivel debía obtenerse la victoria y lograrse la redención de la raza humana.

Notemos otra vez: "Muchos sostienen que era imposible para Cristo ser vencido por la tentación. En tal caso, *no podría haberse hallado en la posición de Adán*; no podría haber obtenido la victoria que Adán dejó de ganar" (DTG, p. 92). El asunto no es si nosotros podemos o no; ya se sabe que no podemos, que nosotros nacemos débiles y limitados, por eso necesitamos a un Cristo vencedor y su gracia. Cuando él hizo frente a la tentación en el desierto, lo hizo como el representante de la raza humana, como el segundo Adán, porque "cuando Adán fue acechado por el tentador en el Edén no tenía una mancha de pecado...Cristo, en el desierto de la tentación, estuvo en el lugar de Adán para soportar la prueba que aquél no pudo soportar" (R & H, 28 de julio de 1874).

Sin embargo, a pesar que vino a afrontar la tentación en el nivel donde la raza se había extraviado, Jesús fue tentado en todo como nosotros, es decir, en todo tipo o categoría de tentación. El diablo adapta la forma de la tentación a cada individuo, pero la base, el principio involucrado es siempre el mismo: deslealtad a Dios.

Dijimos ya que Jesús en el desierto vino a ocupar el lugar de Adán. ¿Cuál fue la base de la tentación de Adán? A primera vista, parecería que fue el apetito; por lo menos tuvo que ver con alimento, con una fruta. Pero Adán no tenía hambre; vivía en el jardín con todo lo que necesitaba al alcance de su mano.

El principio involucrado en la tentación de Adán fue el de actuar independientemente de Dios, dejar la voluntad de Dios de lado y establecer su autonomía. En forma muy clara, Dios le había dicho: "de todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gén. 2:16-17).

Eva fue tentada a desobedecer a Dios, a actuar por su cuenta para conseguir algo que le interesó, la tentación le ofrecía algo aparentemente ventajoso, "serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses..." (Gén. 3:5). ¿No es acaso ésta la base de la primera tentación de Jesús? En cierto sentido, la tentación también involucraba el apetito y a diferencia de Adán, Jesús tenía hambre, "después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y vino a él el tentador..." (Mat. 4:2-3).

Cuando observamos con detención el episodio del encuentro con Satanás en la primera tentación notamos que lo que de veras estaba en juego era lo mismo que estuvo en juego en el Edén: ¿obedecería Jesús al Padre o no? Porque ya notamos en un capítulo anterior que Jesús aceptó una posición dependiente del Padre, la cual contemplaba que él no haría milagros para su propio bien, que dependería del Padre como nosotros debemos depender. Es claro que Cristo tenía hambre, lo dice la Escritura. ¿Tenía derecho a comer? Bueno, es legítimo comer cuando uno tiene hambre. Entonces, ¿cuál fue en realidad el problema? Antes de contestar esta pregunta, debiéramos hacer otra. Cuando el tentador le sugirió a Jesús que convirtiera las piedras en pan, ¿fue eso en realidad una tentación para Jesús? Sí, por la sencilla razón que él tenía el poder para hacerlo, era Dios; si no hubiera tenido el poder de hacerlo, no hubría sido tentación.

Cristo fue tentado a hacer algo legítimo usando medios ilegítimos, es decir, contrarios a la voluntad del Padre, con-

trario al plan divino, a emplear su poder divino para su propio bien, y, de esa manera, actuar independientemente de Dios. "*Cristo podría haber realizado un milagro por su propia cuenta*, pero eso no hubiera estado de acuerdo con el plan de salvación" (1 MS, p. 322).

Pero, ¿podemos nosotros ser tentados con la misma tentación con que Jesús fue tentado? Ciertamente, siempre que seamos tentados a satisfacer una necesidad, por legítima que esta sea, usando medios ilegítimos, es decir, dejando de lado la voluntad expresa de Dios, estamos siendo tentados de acuerdo al *principio* de la primera tentación de Jesús, es decir el de actuar independientemente de Dios.

Por supuesto que el diablo nunca le va a sugerir a un mero ser humano, aun en momentos de extrema necesidad, que transforme piedras en pan; eso no sería una tentación, sencillamente porque el hombre no tiene poder para hacerlo. Pero el tentador puede muy bien adaptar el mismo principio en mil maneras diferentes para que apele a necesidades particulares. De esto podemos dar muchos ejemplos. Aun Abraham cayó en este tipo de tentación. Dios le había prometido que tendría un hijo con su esposa Sara. Como el tiempo había pasado y Sara ya tenía noventa años, Abraham flaqueó en la fe y a través de medios ilegítimos, tomando a su sierva Agar por esposa, quiso lograr los objetivos divinos y los deseos de su alma. Pedro negó a Jesús para evitar posibles dificultades en un momento de apuro. A través de la historia, millares de personas se vieron frente a la alternativa de confesar a Dios y perder sus vidas o negarlo y salvarla. Muchos flaquearon ante la tentación y salvaron sus vidas por medios ilegítimos, negando a Dios.

Hay jóvenes que se casan con un infiel para formar un hogar. Es legítimo querer formar un hogar, pero en obediencia al plan divino; dejar de lado la palabra de Dios y actuar

independientemente equivale a la tentación de hacer pan de las piedras. El sexo es de origen divino, Dios creó al hombre varón y hembra con deseos sexuales y también estableció los parámetros dentro de los cuales esos deseos pueden ser satisfechos, en el matrimonio. Pero hay muchos cristianos que caen en este punto, dejan de lado la clara enseñanza bíblica para satisfacer sus necesidades, o deseos, aunque legítimos, en forma ilegítima. Y podríamos multiplicar los ejemplos. Está claro sin embargo, que Satanás adapta la tentación a cada individuo, él conoce sus puntos vulnerables, pero el principio es siempre el mismo, independencia de Dios.

La segunda tentación enfatiza otra dimensión con la que trabaja el tentador. Nos dice la Escritura que el diablo llevó a Jesús a la santa ciudad y lo puso sobre el pináculo del templo instándole a que se echara abajo, que los ángeles lo protegerían (Mat. 4:5-6). Es notable la astucia del engañador. Cuando no pudo lograr que Jesús se apartara de la palabra de Dios obrando un milagro para conseguir pan, entonces fue al otro extremo, al de la presunción. "Está bien, es admirable como confías en Dios, demuéstralo ahora en un acto temerario; échate abajo, porque la Escritura dice que los ángeles te protegerán." Aquí Jesús fue tentado a exigirle al Padre que hiciera algo cuando no tenía porqué hacerlo. El Padre ya había expresado que Jesús era su Hijo, ¿a quién beneficiaría con querer probarlo? El tentador "trató de aprovecharse de la fe y la perfecta confianza que Cristo había mostrado hacia su Padre celestial, instándolo a la presunción" (1 MS, p. 331). Pero Jesús "no tentaría a Dios presuntuosamente haciendo experimentos con la providencia" (1 MS, p. 331).

Otra vez, este mismo principio de presunción es adaptado en muchas formas diferentes según las debilidades y vulnerabilidad del individuo; no es necesario que se nos inste a arrojarnos de elevados edificios confiando que los ángeles nos

rescatarán. Al respecto comenta Kubo:

> [*Podemos ser probados*] cuando somos tentados a colocarnos innecesariamente en situaciones peligrosas aun por una causa noble; cuando rehusamos tomar precauciones médicas necesarias, especialmente en el campo misionero. Cuando esperamos que Dios nos bendiga en nuestras tareas escolares sin habernos nosotros esforzado; cuando oramos sin obrar, cuando hacemos obras buenas para ser vistos de los hombres esperando que Dios nos bendiga (Sakae Kubo "Tempted Like as We Are", *Ministry*, enero de 1961, p. 21).

Entendemos que la tercera tentación de Jesús fue la más difícil, "la más seductora de las tres" (1 MS, p. 336). Satanás, quitándose el disfraz, le ofreció a Jesús los reinos de la tierra, lo cual podía conseguir con sólo postrarse un momento ante él, en reconocimiento de que a él le pertenecían. A Jesús le esperaba el Calvario para poder recuperar lo perdido, y ahora se le ofrece lo que vino a buscar sin tener que ir a la cruz; "Jesús podía librarse del espantoso porvenir reconociendo la supremacía de Satanás" (DTG, p. 103). Al fin de cuentas, ¿no era él acaso "el príncipe de este mundo" (Juan 14:30), según las palabras de Jesús? La oferta fue inesperada y podría muy bien ser atractiva. ¿Lograr los objetivos por un camino más fácil? ¿Qué de malo había en eso? Además, Jesús no anticipaba con entusiasmo la cruz; cuando se acercaba el momento, con gran agonía rogó al Padre tres veces que pasara esa copa sin tener que beberla (Mat. 26:36-44). ¿No podría ésta ser una manera de evitar la copa? El desenlace del encuentro de Jesús con el tentador está muy bien expresado en las siguientes palabras:

> Los ojos de Jesús se posaron por un momento sobre la gloria presentada delante de él, pero se apartó y rehusó contemplar el fascinador espectáculo. No estaba dispuesto a poner en peligro su firme integridad entreteniéndose con el tentador. Cuando Satanás le

requirió un homenaje, fue despertada la indignación divina de Cristo, y no pudo tolerar más la blasfema pretensión de Satanás, ni aun permitió que permaneciera en su presencia. **Aquí Cristo usó de su autoridad divina y le ordenó a Satanás que desistiera** (1 MS, p. 336).

El diablo nunca nos ofrece a nosotros los reinos del mundo; eso no sería una tentación para nosotros; él sabe que nosotros nos conformamos con mucho menos que eso; pero lo fue para Jesús, fue especialmente adaptada a él. Y otra vez, Jesús fue tentado a dejar de lado el camino señalado por el Padre, para seguir un camino más fácil que el que indicaba el deber y la Palabra de Dios. En muchas maneras el tentador puede adaptar este principio en forma diferente para lograr su objetivo. Nos tienta a dejar de lado el plan de Dios por alguna ventaja o goce temporal.

Todavía queda una pregunta que con frecuencia surge en torno a Jesús y la tentación. Hay quienes preguntan: Bueno, si Jesús no heredó pecaminosidad, una naturaleza depravada, ¿no tuvo ventajas sobre nosotros que tenemos que luchar con la perversidad de nuestro carácter? Este no es exclusivamente un asunto de Cristología, sino también de soteriología, la doctrina de la salvación; ambas están estrechamente relacionadas. Y esta pregunta puede revelar una comprensión equivocada del plan de la salvación.

Hay quienes creen que la salvación es por imitación, que es necesario poder actuar tan bien como lo hizo Jesús para merecer el favor de Dios, y en ese caso, les inquieta que Jesús haya tenido alguna ventaja sobre ellos. ¿Cómo puedo yo lograr lo mismo que él logró si estoy en desventajas? Pero la salvación no es por imitación, es por la gracia de Dios, un don inmerecido que recibimos por fe, "porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efe. 2:8-9).

La realidad es que nosotros "no podemos igualar al modelo; pero no seremos aprobados por Dios si no lo copiamos y según la capacidad que Dios nos ha dado, lo reflejamos" (2 T, p. 549). Pero después de haber dicho esto, uno se pregunta si Jesús de veras tuvo ventajas. Consideremos lo siguiente: Aunque él fue tentado en todo como nosotros, sus tentaciones fueron adaptadas a un segundo Adán; aunque el principio fue el mismo, fueron inmensamente más fuertes que las que nosotros tenemos que afrontar. A él, el diablo se le presentó en persona, con todos los disfraces y astucia que pudo usar; tomó como su responsabilidad personal el perseguir a Cristo. A nosotros no nos toca afrontar una fracción de lo que afrontó Cristo, Dios siempre nos presenta una salida, para que podamos aguantar. Cuando Jesús salió victorioso en la contienda, su "victoria fue tan completa como lo había sido el fracaso de Adán" (DTG, p. 104).

Además, el sufrimiento que experimentó Cristo fue inmensurablemente mayor que el nuestro. "Su sufrimiento fue sentido más agudamente, *porque su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado*" (ST, 9 de diciembre de 1897).

No debemos olvidar que Jesús actuó como nuestro sustituto, la culpabilidad de cada descendiente de Adán pesaba sobre él. "Su alma estaba siendo abrumada por el peso de los pecados del mundo y su rostro expresaba dolor inmensurable, una angustia profunda que el hombre caído nunca había experimentado" (1 MS, p. 318). Nosotros no sabemos lo que es eso; nosotros no somos sustitutos de nadie.

Y si todavía recordamos que Jesús no tuvo la ventaja del perdón, es decir, no pudo equivocarse solo una vez; que de haberlo hecho, el plan entero de la salvación hubiera fracasado, uno se pregunta si de veras tuvo ventajas. Nosotros, si nos equivocamos, "Abogado tenemos para con el Padre, a

Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). El no tuvo ese beneficio, sino que corrió un riesgo inmenso, ya que el destino de la humanidad dependía de su acción, como también dependió de la acción del primer Adán. En cada encuentro de Jesús con el tentador, su futuro y el nuestro estaban en juego. ¡Y pensar que algunos se preguntan si tuvo ventajas sobre nosotros!

Es claro que él, aunque vino como el segundo Adán, estuvo en claras desventajas con respecto al primer Adán. La naturaleza física de Adán era perfecta y fuerte; Cristo asumió la humanidad después de varios milenios de pecado y degeneración. El primer Adán estaba en un jardín con todas sus necesidades suplidas, Jesús estaba en el desierto, sometido a un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches. Adán podía ser tentado sólo junto al árbol de ciencia del bien y del mal. Jesús fue perseguido por el enemigo en todo lugar y en todo tiempo; para él no hubo restricciones.

Lo importante y lo glorioso es que Jesús salió victorioso de toda tentación y en su victoria radica nuestra seguridad y el ejemplo a seguir. El fue tentado en todo como nosotros y aunque la intensidad de la tentación fue diferente, porque el fue diferente, el principio en que se basa la tentación es él mismo: autonomía, rechazo de la voluntad de Dios para imponer la propia, para ser independientes. Y la manera de vencer la tentación es la misma: Aferrarse a la palabra de Dios, la única guía segura; poner siempre a Dios primero, aun en los momentos de mayor apremio, y nunca parlamentar o entrar en discusión con el adversario .

Cuando viene el tentador, al igual que Jesús, debiéramos siempre responder:

"No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." "No tentarás al Señor tu Dios". "Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás".

Debemos confiar siempre en "Aquel que es poderoso para guardarnos sin caída y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24). ¿Amamos a Dios lo suficiente, y confiamos en él de tal manera que estemos dispuestos a ponerlo siempre en primer lugar, a poner todo lo que somos en sus manos? Así hizo Jesús.

7

Cristologia en la Iglesia Adventista

En este capítulo queremos dar un vistazo rápido al desarrollo de la doctrina de Cristo en la Iglesia Adventista. Es bien sabido que aunque ha habido armonía en general en cuanto la comprensión de esta doctrina, no todos la han entendido igual en todos los particulares y algunas de estas divergencias persisten aún en nuestros días. Tocante a la encarnación, a la divinidad y humanidad de Cristo, su vida sin pecado y la realidad de su resurrección, no hay dificultad. Es posible que la mayor discrepancia se encuentre en el significado del texto que notamos en el capítulo anterior: "en todo semejante a sus hermanos" (Heb. 2:17). Hay quienes han entendido que las palabras "en todo" incluyen la pecaminosidad de su naturaleza humana, mientras que otros exceptúan pecaminosidad.

Algunos prefieren usar palabras un poco más técnicas y se refieren a la naturaleza "prelapsaria" o "postlapsaria" de Cristo, es decir, ¿tuvo Cristo al venir entre nosotros la naturaleza de Adán *antes* de la caída (pre-lapsaria, *lapsus*: caída), o tuvo la naturaleza de Adán *después* de la caída (postlapsaria)? ¿Por qué razón persisten estas diferencias?/¿Es al fin de cuentas importante creer una cosa u otra? La diferencia mayor es la que se proyecta hacia otra doctrina, la soteriología, o la doctrina de la salvación. Entender en forma diferente la naturaleza humana de Cristo puede naturalmente desembocar en énfasis diferentes en cuanto a la comprensión de la salvación.

La Iglesia Adventista sitúa su origen en 1844, como resultado del gran movimiento millerita de las décadas precedentes. Es fácil percibir que los pioneros adventistas eran un grupo de personas muy *sui generis* que venían de distintas denominaciones religiosas con distintas creencias, y que se unieron para predicar el mensaje de la segunda venida de Cristo. Pero al aceptar el mensaje adventista, no abandonaron algunas de sus antiguas creencias, por lo menos no de la noche a la mañana. Ellos trajeron a la Iglesia sus propias convicciones y su forma de entender diversas cosas. Fue a través de mucha perseverancia en el estudio de la Palabra y mucha oración que el grupo se unió en torno a nuestra comprensión fundamental de la Escritura. En algunas áreas la unidad se logró con más facilidad que en otras. Además, a lo largo del camino, como resultado del estudio cuidadoso de la Biblia, hubo ajustes, algunas cosas se descartaban mientras otras eran incorporadas al entender de la Iglesia. La Enciclopedia Bíblica Adventista nos informa en cuanto a las creencias de algunos de los pioneros de la Iglesia Adventista en lo que toca a la doctrina de Cristo:

> Algunos de los primeros Adventistas del Séptimo Día—como Jaime White y José Bates, por ejemplo—habían sido anteriormente miembros de la Conexión Cristiana (que más tarde llegó a ser parte de la Iglesia Cristiana Congregacional, ahora unida a la Iglesia Unida de Cristo), una Iglesia que en aquel tiempo tenía ciertas ideas arrianas con respecto a la naturaleza de Cristo...Al hacerse Adventistas del Séptimo Día ellos retuvieron esta creencia, la que encontró expresión en sus escritos (*The SDA Bible Encyclopedia*, p. 250).

Esto es verdad en cuanto a otros pioneros también. "J. H. Waggoner no procedía de este contexto [la Conexión cristiana], pero se aferraba tenazmente al arrianismo" (LeRoy Froom, *Movement of Destiny*, p. 175).

Todo esto es muy revelador. Algunos de los pioneros más

respetados trajeron de sus iglesias al movimiento Adventista un concepto de la naturaleza de Cristo que era "erróneo y lamentable" (Froom, p. 175); y no sólo eso, sino que esos puntos de vista "encontraron expresión en sus escritos". En la literatura temprana de la Iglesia se propagaron conceptos equivocados sobre este particular. Pero como estos conceptos provenían de estos líderes respetados y casi venerados por muchos, fueron fácilmente asimilados por algunos y con el transcurso del tiempo se hizo muy difícil contradecir algo que los pioneros habían dicho.

¿Qué es el arrianismo? ¿Cuáles eran los puntos sobresalientes de esta corriente teológica? Su origen se remonta al comienzo del siglo IV de nuestra era, con Arrio, un obispo de Alejandría. Había tres aspectos fundamentales en su pensamiento. (Ver página 26).

Una oposición a la Trinidad.—El punto de partida de Arrio era un monoteísmo absoluto que negaba toda posibilidad de pluralidad en la divinidad. Según él, sólo el Padre posee atributos divinos, los cuales no puede compartir; si pudiera hacerlo, Dios sería divisible, sujeto a cambio, y dejaría de ser Dios. Argumentaba este obispo que si Cristo era igual al Padre debía llamárselo "hermano" y no "hijo." Obviamente, Arrio confundía la posición subordinada que asumió el Hijo en la encarnación con la esencia de su persona.

Cristo, un ser creado.—Para Arrio, con la sola excepción de Dios, todo fue creado. Y si Dios es sólo el Padre, por consiguiente, el Hijo es un ser creado. Cristo fue la primera y la más grande de las criaturas, pero hubo un tiempo cuando no existía.

Cristo, el gran modelo.— Curiosamente, aunque fácil de entender, la preocupación central de Arrio era soteriológica más bien que Cristológica. Para él, Cristo era el modelo, el ejemplo a imitar para lograr la salvación. Y así como Cristo,

un ser creado, obedeció a Dios perfectamente, nosotros debemos hacer lo mismo. Generalmente sólo asociamos con esta herejía conceptos en cuanto a la naturaleza de Cristo, pero en realidad, Arrio necesitaba un Cristo creado, igual a nosotros para sostener su soteriología. En un excelente trabajo sobre el arrianismo, sus autores señalan lo siguiente:

> Concluimos que se entiende mejor el arrianismo cuando se lo percibe como un esquema de salvación. Preocupaciones soteriológicas dominan los textos e informan todos los aspectos mayores de la controversia. En el corazón de la soteriología arriana había un redentor, obediente a la voluntad de su creador, cuya vida virtuosa constituyó el modelo perfecto de lo que es una criatura y así señaló el camino de la salvación para todos los cristianos (Robert Gregg y Dennis Groh, *Early Arianism —A View of Salvation*, p. 10).

> Elegido y adoptado como hijo, esta criatura que avanzó en excelencia moral para con Dios ejemplificó ese caminar en santidad y justicia que trae bendición a todos los hijos de Dios que hacen lo mismo. En este sentido, y con esta idea de salvación en mente, los arrianos predicaban acerca de su Cristo y su predicación misma era un llamado a los creyentes a esperar y luchar para lograr igualdad con él (*Ibid*., p. 65).

Tres pilares sostenían el pensamiento arriano: Negación definitiva de la Trinidad, insistencia en que Cristo era una criatura, y además, que su obediencia y lealtad perfectas a Dios constituyen no sólo un desafío para los cristianos, sino el camino a seguir para lograr la salvación. Obviamente en este sistema, la gracia de Dios no figuraba en forma prominente, ya que el hombre jugaba un papel más importante en el proceso.

Dijimos hace un momento que algunos de los pioneros adventistas se suscribían a ciertos conceptos arrianos, debido a que eso era parte de las creencias de las iglesias de donde provenían. ¿Qué diremos en cuanto a estos tres pilares del arrianismo? ¿Eran también parte de las creencias de los "ar-

rianos" del siglo XIX? Podemos dar sólo algunos ejemplos, pero adelantamos que sí, ya que estos conceptos aparecían en nuestras publicaciones.

Antitrinitarianismo.—Es interesante notar que el pastor Jaime White, en los primeros años del movimiento adventista, estaba decididamente opuesto a la doctrina de la Trinidad, argumentando con mucha convicción que tal doctrina no era bíblica. Tres meses después del chasco, en enero de 1845 escribió a Enoch Jacobs, editor de *The Day-Star*, argumentando que hay quienes "usan el antiguo credo trinitario, esto es, que Jesucristo es el Dios eterno, aunque no tienen un texto para apoyarlo, mientras tenemos en abundancia el testimonio claro de la Escritura que Jesús es el Hijo del Dios eterno" (*The Day-Star*, 21 de enero de 1846, p. 1). Siete años más tarde, el pastor White todavía mantenía la misma posición en cuanto a la Trinidad, la que defendía con firmeza. En la *Review and Herald* (*Revista Adventista*) del 5 de agosto de 1852, apareció lo siguiente de su pluma: "Afirmar que los dichos de Jesús y de los apóstoles son los mandamientos del Padre, está tan lejos de la verdad como la antigua absurdidad trinitaria de que Jesús es el mismo Dios eterno" (p. 52).

Aunque le tomó tiempo, el pastor White finalmente cambió su posición. El estudio de la Escritura y su inquietud sincera por conocer la verdad, lo llevaron a abandonar conceptos que no armonizaban con su nueva comprensión de la Biblia. Veinticinco años más tarde confesó su creencia en la total divinidad de Cristo, en su igualdad con el Padre. En una editorial en la *Review and Herald* del 29 de noviembre de 1877, el pastor White condenó toda posición que "hace a Cristo inferior al Padre" (p. 172). Y aunque ésta llegó a ser la actitud general de la Iglesia, hubo quienes siguieron aferrados a ideas antitrinitarias por algún tiempo más, como Joseph H. Waggoner, por ejemplo, que falleció en el año 1889.

Cristo un ser creado.—De igual manera, varios de los pioneros en la Iglesia Adventista creían y enseñaban que Jesús no era eterno, sino que había sido creado por Dios. Entre ellos se destacaba Urías Smith, por muchos años editor de la Review and Herald. Smith fue el autor de dos libros, *Comentarios sobre Daniel y Apocalipsis*, usados por más de cien años en la Iglesia Adventista. En la primera edición de *Thoughts on Revelation*, en 1867, Smith afirmó que Cristo fue "el primer ser creado" (p. 59). Aun en 1896 W. W. Prescott escribía en la *Review and Herald* que "Cristo había tenido dos nacimientos, uno en la eternidad y otro en la carne" (14 de abril de 1896).

Salvación por la obediencia.—Sobre este particular, no es necesario abundar. Es bien conocido en la Iglesia Adventista que el énfasis era decididamente sobre la obediencia a la ley y no sobre la gracia de Dios en las primeras cuatro décadas de su historia. Antes de la conocida sesión de la Asociación General en Minneápolis en 1888, la preocupación se centraba preferentemente en las doctrinas distintivas de la Iglesia, como el santuario, el estado de los muertos, y particularmente sobre la ley y el sábado. La señora White amonestó a la Iglesia tocante a esta realidad, diciendo que se había predicado la ley en forma desproporcionada con respecto al Evangelio. Cuando el mensaje de la justificación por la fe fue expuesto en Minneápolis por el pastor Waggoner, ella comentó que "esa constituyó la primera enseñanza clara acerca del tema que yo haya oído de labios humanos" (Ms. 5, 1889). Parece difícil creerlo, pero por cuarenta años la Iglesia no había presentado este tema, por lo menos claramente; no formaba parte siquiera de las doctrinas fundamentales. Aun en reacción al nuevo énfasis de 1888, Urías Smith escribió en la *Review and Herald* del 11 de junio de 1889, que el propósito de la obra de Cristo fue llamar nuestra atención a la ley, para que podamos

obedecerla así como él la obedeció y en el día del juicio "poder aparecer en absoluta armonía con ella."

El énfasis de la enseñaza de esta época está claramente presentado en un grabado que el pastor White había ideado y publicado en el año 1876, bajo el título "El camino de la vida: del paraíso perdido al paraíso restaurado". El lugar central de ese grabado lo ocupa un árbol, del cual cuelgan las dos tablas de la ley. Cristo crucificado aparece hacia un lado y en forma menos prominente. Analizando este grabado, el pastor Froom comenta: "Sin lugar a dudas simbolizaba el énfasis de la década de los setenta, lo cual se reflejaba en el énfasis de nuestra literatura en ese tiempo. El Evangelio está presente, pero oscurecido por el énfasis predominante en la ley" (*Movement of Destiny*, p. 183). Es interesante notar que en 1883, dos años después de la muerte del pastor White, la señora White publicó una revisión de ese grabado, en el cual el árbol con las dos tablas desaparece, se ve el Sinaí a la distancia, en el trasfondo, y el lugar central lo ocupa "Cristo crucificado." Y el título fue cambiado a "Cristo el Camino de la vida".

Con lo dicho queda claro que debido a la procedencia religiosa de varios de los pioneros, en las primeras décadas de la historia de la Iglesia circularon ideas "arrianas" en nuestra literatura: Negación de la Trinidad, creación del Verbo e imitación de la obediencia de Cristo como el camino a la salvación. Mientras el interés de la Iglesia se centraba en ciertas doctrinas distintivas, la doctrina de Cristo no ocupaba un lugar central, y por lo tanto no era un tema de discusión. Sin embargo, en 1888 la atención comenzó a centrarse en la soteriología, la doctrina de la salvación. Waggoner y Jones trajeron el nuevo énfais de que la salvación no era por obediencia o imitación, sino por la fe en Cristo que nos perdona y justifica. Esto inmediatamente despertó el interés

en la Cristología. La justificación es por la fe "en Cristo". ¿Y quién era Cristo y cómo era?

Es interesante observar que al acercarse 1888, e inmediatamente después, E. G. White escribió con frecuencia en cuanto a la divinidad de Cristo, a su eterna preexistencia. En 1883 escribió que Jesús, la majestad del cielo, "era igual a Dios" (1 MS, p. 79). Más adelante, en 1888 observó: "Un error peligroso es el de la doctrina que niega la divinidad de Cristo" (CS, p. 578). En 1898 con toda claridad afirmó que "en Cristo hay vida original, que no proviene ni deriva de otra" (DTG, p. 489). Una amonestación claramente dirigida a aquellos que negaban la divinidad de Cristo. La iglesia en general siguió en la dirección de aceptar la eternidad y divinidad de Cristo.

No pasó lo mismo, sin embargo con respecto a la naturaleza humana de Cristo. El principio arriano de que Jesús fue un ser creado, igual al hombre, hacía fácil pensar de él como igual al hombre en todo, incluyendo la pecaminosidad de su naturaleza. Pero, como dijimos ya, la naturaleza humana de Cristo no había sido un tema de discusión durante las primeras décadas de la Iglesia. Es fácil entender que enseguida después de Minneápolis el tema comenzó a cobrar interés.

Algunos hombres bien conocidos comenzaron a desarrollar el concepto de que Cristo era igual a los demás descendientes de Adán, incluyendo lo que a la pecaminosidad se refiere. Especialmente el pastor Jones fue muy específico en sus afirmaciones. En el año 1895 predicó varios sermones sobre la naturaleza de Cristo durante la sesión de la Asociación General. Ya para entonces afirmaba que la naturaleza humana de Cristo era totalmente igual, idéntica a la del hombre. En su estilo categórico expresó que Cristo tomó la naturaleza caída del Adán, afirmando que la naturaleza humana de Cristo era exactamente igual a la nuestra y que no había una partícula de diferencia entre él y nosotros; que en él

se encontraban "exactamente las mismas tendencias al pecado que hay en el hombre", pero que Cristo siempre fue victorioso.

No sólo el pastor Jones sostenía un concepto tal de la naturaleza humana de Cristo. El historiador adventista George Knight evalúa la situación de aquel tiempo diciendo que "las enseñanzas de Prescott, Waggoner y Jones sobre las tendencias pecaminosas de la naturaleza humana de Cristo saturaban el aire adventista a mediados de la década de los noventa" (*From 1888 to Apostasy*, p. 144).

No es de sorprenderse que en ese mismo tiempo comenzaron a aparecer con creciente frecuencia escritos de Elena White sobre el particular, llamando la atención a la total impecabilidad de Cristo. Lo más notable sin duda es una carta que ella escribió al pastor W. L. H. Baker en febrero de 1896. El pastor Baker, un ministro ordenado, trabajaba en Australia en ese entonces. Es difícil no percibir que esta carta tenía el propósito de servir de amonestación para algunos de los líderes y sus enseñanzas. La carta escrita a doble espacio contiene 18 páginas y media, y dedica dos páginas al tema muy en boga entonces de la naturaleza humana de Cristo. Le escribe a Baker:

> Debe ser cuidadoso, extremadamente cuidadoso al tratar sobre la naturaleza humana de Cristo. No lo presente a la gente como un hombre con propensiones al pecado. El es el segundo Adán. El primer Adán fue creado puro, un ser sin pecado, sin una mancha de pecado sobre él; era a la imagen de Dios. Podía caer, y cayó en transgresión. Por causa de su pecado, su descendencia nació con propensiones inherentes a la desobediencia. Pero Jesús era el unigénito de Dios. Tomó sobre sí la naturaleza humana, y fue tentado en todo punto en que la naturaleza humana es tentada. Podía haber pecado, podía haber caído, pero ni siquiera por un momento hubo en él una propensión pecaminosa (*Carta* 8, 1895).

Tres años más tarde, en septiembre de 1898, fue muy específica cuando escribió:

> No es correcto decir, como muchos escritores han dicho, que Cristo era igual a todos los niños. El no era igual a otros niños...sus inclinaciones a lo bueno eran un motivo de constante alegría para sus padres (YI, 8 de septiembre de 1898).

En el mismo año afirmó que "él [Cristo] nació sin pecado, pero vino al mundo de igual manera que la familia humana" (*Carta* 97, 1898). Un año más tarde su pluma volvió al mismo tema:

> El [Cristo] está frente a la congregación de los redimidos cargado de pecado, pero carga los pecados de ellos. Durante toda su vida de humillación y sufrimiento, desde el momento que nació como un bebé en Belén hasta que pendiendo de la cruz del Calvario exclamó con una voz que sacudió el universo "Hecho es", el Salvador fue puro y sin mancha (Ms. 165, 1899).

Lo que llama la atención, sin embargo, es que este énfasis de la señora White no fue aceptado por todos los dirigentes y escritores de la Iglesia. Al contrario, siguió predominando el concepto post-lapsario del pastor Jones, Prescott y otros. El Dr. Knight hace la siguiente observación:

> La naturaleza de Cristo no llegó a ser un asunto divisivo en círculos adventistas hasta la década de los 1950. Hasta ese entonces los escritores denominacionales habían estado prácticamente en armonía con Jones, Waggoner y Prescott en cuanto a que Cristo vino en carne humana, que como el Adán caído, tenía todas las tendencias al pecado presentes en la humanidad (*From 1888 to Apostasy*, p. 140).

Aunque este entendimiento de la naturaleza de Cristo no era predominante en la iglesia, podrían multiplicarse ejemplos para sustanciar lo que dice Knight. Citaremos uno, que por venir de la pluma del presidente de la Asociación General, William Henry Branson, es bien representativo. Branson nació en 1887 y murió en 1961. Fue educado en Battle Creek

y trabajó en asuntos administrativos de la Iglesia por casi medio siglo. Fue presidente de la Asociación General desde 1950 a 1954, cuando se retiró de la administración por motivos de salud. El pastor Branson escribió varios libros, entre ellos *The Drama of the Ages* (El drama de los siglos). En ese libro dedica un capítulo a "The Man: Christ Jesus" (El hombre: Cristo Jesús). Jesús debía ser divino y humano para poder unir el cielo con la tierra, como estaba simbolizado por la escalera de Jacob. Argumenta el pastor Branson que algunos han atacado los peldaños inferiores de la escalera —la humanidad de Cristo— mientras que otros han tratado de debilitar los peldaños superiores, su divinidad, para que el puente no una al cielo con la tierra. Notemos como él expresa estas ideas:

> La doctrina católica de la inmaculada concepción es que María, la madre de nuestro Señor, fue preservada del pecado original. Si esto fuera verdad, entonces Jesús no participó de la naturaleza pecaminosa del hombre. Esta creencia corta los peldaños inferiores de la escalera, y deja al hombre sin un Salvador que pueda compadecerse de sus sentimientos y debilidades, ni simpatizar con ellos en sus tentaciones y sufrimientos. Esta enseñanza hace a Cristo total y completamente divino. Así la escalera no llega a la tierra donde están los hombres. La enseñanza modernista de miles de dirigentes religiosos hoy va al otro extremo y corta la parte superior de la escalera. Esto lo logran negando la deidad de Cristo (*The Drama of the Ages*, pp. 102-103).

Según Branson, Jesús tenía que tener una naturaleza pecaminosa para poder entender y socorrer al hombre; y como dijimos ya, este punto de vista no encontraba mayor resistencia de parte de dirigentes y escritores en la Iglesia. Todo cambió, sin embargo, y en forma casi dramática, al principio de la década del 1950. ¿Y a qué se debió ese súbito interés en la "impecabilidad" de Cristo? Citamos otra vez a Knight: "un estímulo mayor para este cambio de posición en varios de los dirigentes intelectuales de la denominación en la década del

del 1950 fue el "descubrimiento" de la "carta a Baker" (
1888 to Apostasy, p. 140). Curiosamente esa carta, por
razón, se había "perdido", juntamente con otra canti
material de la pluma de la señora White que expresa
misma posición. Cuando este material fue "descubie
llegó a ser de conocimiento público, un reajuste de a
posiciones del pasado fue inevitable.

En el año 1957 la Review and Herald publicó un
titulado *Seventh-day Adventists Answer Questions on*
trine (Los Adventistas del Séptimo Día contestan pre
sobre doctrina) donde se trataban ciertos aspectos mayo
las creencias adventistas, y este "nuevo" material en
claramente tomado en cuenta. El libro también conti
apéndice de catorce páginas con citas—incluyendo la c
pastor Baker—que hasta entonces habían sido virtual
desconocidas para la generalidad de la iglesia. Es fácil
der por qué este libro resultó controversial. Hubo q
sintieron gratitud por la "nueva" información y la in
raron a su conocimiento de Cristología, mientras que o
sintieron incómodos al ver debilitada una posición que
sostenido por mucho tiempo y que creían ortodoxa. A
que el libro resultó controversial en algunos círculos, e
indicando que la situación no se resolvió totalmente
mente de todos; inquietudes sobre el tema y ciertas ten
siguieron existiendo.

Froom cuenta en su libro *Movement of Destiny* de un
mento especial en 1949 cuando la *Review and Heral*
dispuso a hacer revisar un libro que había sido muy popu
el Adventismo: *Bible Readings for the Home Circle* (*Las*
mosas enseñanzas de la Biblia). El libro, que había
editado en 1914, contenía una nota que decía que duran
encarnación Cristo participó de nuestra naturaleza pec
nosa, caída. El profesor D. E. Rebock, encargado d

sión, pensó que esa nota debía ser eliminada, pero se ató de que había personas que todavía sostenían esa ición. Finalmente "esa nota equivocada fue eliminada y dó fuera de todas las ediciones subsiguientes. De esta era otro error fue eliminado en estas revisiones de la ida de los cuarenta, los que afectaban a nuestros libros que ra manera eran muy útiles" (*Movement of Destiny*, p.

ro la eliminación de estas notas, el descubrimiento de dad de citas de E. G. White que llamaban la atención a la mpecabilidad de Cristo, y su publicación, como también ición de *Questions on Doctrine*, no eliminaron del todo erencias de opiniones. Fue casi sorprendente notar que ista *The Ministry* (*El ministerio Adventista*), en su o del mes de junio de 1985, publicó lado a lado las dos ones excluyentes. Un conocido autor adventista día la posición poslapsaria, mientras que otro no menos ido, argumentaba que Cristo como el segundo Adán, a naturaleza humana no caída.

ndo dijimos más arriba que en la década de los noventa lo pasado, como también en los años subsiguientes, iéron con frecuencia escritos de la señora White afir- o en forma clara que Jesús nació sin pecado, que fue a nosotros excepto en pecado, y que él como el segundo posefa la naturaleza del primer Adán antes de la caída, nos reconocer que eso no es todo lo que ella escribió el tópico. Es verdad también que ella escribió con cierta encia durante el mismo período de tiempo, afirmando Jesús en la encarnación tomó "la naturaleza caída". bió en 1898:

Habría sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios vestirse de la naturaleza humana, aun cuando Adán poseía la

inocencia del Edén. Pero Jesús aceptó la humanidad cuando la especie se hallaba debilitada por cuatro mil años de pecado (DTG, p. 32).

Obviamente, según esta cita, en algún sentido Jesús no vino en la condición de Adán antes de la caída. Más adelante, en el mismo libro, escribe:

> Cuando Adán fue asaltado por el tentador, no pesaba sobre él ninguno de los efectos del pecado. Gozaba de una plenitud de fuerza y virilidad, así como del perfecto vigor de la mente y del cuerpo. Estaba rodeado por las glorias del Edén, y se hallaba en comunión diaria con los seres celestiales. No sucedía lo mismo con Jesús cuando entró en el desierto para luchar con Satanás. Durante cuatro mil años la familia humana había estado perdiendo fuerza física y mental, así como valor moral; y Cristo tomó sobre sí las flaquezas de la humanidad degenerada. Unicamente así podía rescatar al hombre de las profundidades de su degradación (DTG, pp. 91-92).

A primera vista parecería que estas citas contradicen lo citado anteriormente; y en efecto, algunos así lo han entendido. Por otro lado, es fácil entender porqué no ha sido tarea fácil armonizar el pensamiento de la Iglesia sobre este particular. Pero es en la armonización de estos pensamientos un tanto paradójicos, aparentemente contradictorios, donde se encuentra la verdad en cuanto a la naturaleza humana de Cristo y la plataforma sobre la cual puede unirse el entender de la Iglesia. Pero, ¿es en efecto posible armonizar esos distintos énfasis? ¿Qué quiso decir la señora White cuando afirmó que Jesús tomó la naturaleza pecaminosa, pero nació sin propensiones al pecado?

Se avanzó grandemente en la armonización de estos conceptos gracias a un artículo publicado en 1984 por Tim Poirier, titulado "A Comparison of the Christology of Ellen G. White and her Library Sources" (Una comparación de la Cristología de Elena G. de White y sus fuentes literarias). Es bien sabido

que la señora White leía con avidez, constantemente. Al tiempo de su muerte en 1915, se hizo un inventario de todas sus posesiones, incluyendo sus libros, lo cual reveló que ella "tenía más de mil cien libros de autores no Adventistas en sus tres bibliotecas" (*The Ministry*, Junio de 1982, p. 9).

Uno de sus autores favoritos era el predicador anglicano Henry Melvill, quien vivió entre 1798 y 1871. El Centro White posee un libro de sermones del pastor Melvill que había sido publicado en 1844, y que era la copia personal de la señora White. El libro está bien marcado, lo que revela que ella lo leyó y estudió. Se ha "descubierto" recientemente que ella usó extensamente del contenido de uno de los sermones de ese libro que trata sobre la humanidad de Cristo. El sermón se titula "The Humiliation of the Man Christ Jesus" (La humillación del hombre Cristo Jesús). En este sermón el pastor Melvill expresa que hubo dos consecuencias mayores de la caída:

Debilidades inocentes, tales como: tener hambre, sentir dolor, debilidad, tristeza, cansancio, aun la muerte, las cuales son consecuencias del pecado, pero no conllevan culpabilidad. El pecado introdujo el dolor, pero el dolor en sí no es pecado.

Propensiones pecaminosas: la inclinación al pecado, la depravación de la naturaleza espiritual, con lo cual sí se asocia culpabilidad.

Y entonces concluye observando que Adán, antes de la caída, no tenía ninguna de estas consecuencias ya que había sido creado perfecto. La descendencia de Adán, todo ser humano está afectado por ambas: todos nacemos con "debilidades inocentes" y también con "propensiones pecaminosas". Cristo fue afectado por la primera clase de consecuencias del pecado—debilidades inocentes—como lo evidencia su vida terrenal, pero no por la segunda, porque él era santo, inocente, sin mancha.

¿Tenía entonces Cristo la naturaleza de Adán antes de la caída o después de la caída? Era su naturaleza humana prelapsaria o postlapsaria? "Ninguna de las dos", contesta Melvill:

> Sostenemos—y creemos que es la doctrina ortodoxa—que la humanidad de Cristo no fue la de Adán; esto es, la humanidad de Adán antes de su caída. Tampoco fue la humanidad caída, esto es, la humanidad de Adán después de la transgresión, en todos sus aspectos. No era la humanidad original de Adán, porque poseía las debilidades inocentes de los seres caídos. No era la humanidad caída, porque nunca había descendido a la impureza moral. Por lo tanto, era en el sentido más literal, nuestra humanidad, pero sin pecado.

El hecho de que la señora White haya usado extensamente este sermón, indica que se sentía satisfecha del modo en que el pastor Melvill expresaba estos conceptos; no usó exactamente las mismas palabras, pero las ideas concuerdan. Por eso, ella nunca se pronunció categóricamente a favor de una naturaleza prelapsaria o postlapsaria; a veces enfatizaba la realidad de su humanidad, con todas las consecuencias del pecado, en lo que toca a debilidades inocentes, pero cuando se trataba de "propensiones" inherentes al mal, era categórica al negar tal posibilidad. Con esto en mente, notemos las siguientes citas:

> Al tomar sobre sí la naturaleza humana en su condición caída, Cristo no participó en lo más mínimo en su pecado. Estuvo sometido a las debilidades y flaquezas por las cuales está rodeado el hombre... "pero sin pecado". El fue el cordero "sin mancha y sin contaminación". No debiéramos albergar dudas en cuanto a la perfecta impecabilidad de la naturaleza humana de Cristo (5 CBA, p. 1105).

> Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la

suerte del hombre; aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro (DTG, p. 278).

Más arriba citamos de *El Deseado de todas las gentes*, donde se dice que Jesús "tomó sobre sí las flaquezas de la humanidad degenerada" y hay quienes pretenden que se refiere a los efectos del pecado en su totalidad; no es correcta esta interpretación si mantenemos en mente la diferencia que la señora White hace entre "debilidades inocentes" y "tendencias pecaminosas". Cuando en la misma página dice que "nuestro Salvador tomó la humanidad con todo su pasivo", enseguida aclara cual fue ese pasivo: "Se vistió de la naturaleza humana con la posibilidad de ceder a la tentación" (p. 92). El pasivo no era haber nacido pecaminoso, sino la posibilidad de caer en pecado.

La Asociación Ministerial de la Asociación General publicó en el año 1988 un libro titulado *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día. Una exposición bíblica de las 27 doctrinas fundamentales*. El capítulo cuatro de este libro se titula "Dios el Hijo." Recomendamos al lector la lectura cuidadosa de ese capítulo. Este libro que tiene como propósito unificar el pensamiento de la iglesia sobre las doctrinas fundamentales, toma claramente la posición de la total impecabilidad de la naturaleza humana de Cristo. Cita el sermón de Henry Melvill como una ayuda para entender mejor el pensamiento de E. G. White. Siendo que este libro es de fácil acceso a la hermandad adventista, no nos vamos a detener a examinar su contenido. Citamos sólo dos cortos párrafos de la página 57:

[Jesús] tomó la naturaleza del hombre en su estado caído, llevando las consecuencias del pecado, no su pecaminosidad. Era uno con la raza humana, excepto en pecado.

Y enseguida:

> Jesucristo tomó sobre sí mismo nuestra naturaleza con to
> debilidades, pero se mantuvo libre de corrupción hereditaria
> depravación y la práctica del pecado... Jesús no poseía prope
> ni inclinaciones al mal, ni siquiera pasiones pecaminosas.

Concluimos, entonces, que la naturaleza humana de C
no fue igual a la de Adán antes de la caída, ya que él sufr
efectos del pecado en lo que tiene que ver con "debili
inocentes"; no vino con la estatura y la fortaleza físi
Adán, por ejemplo. Tampoco fue igual a la naturale
Adán después de la caída, porque Jesús no fue afectado
degradación moral que ha afectado a todo descendien
Adán. Fue igual a nosotros, pero sin pecado.

Hay todavía una dimensión del pecado en relación
Jesús que debemos notar, aunque lo haremos en la sigu
sección, donde nos concentraremos en la misión de Cri
que hizo para salvarnos, especialmente cuando vicariam
llevó *sobre sí* nuestros pecados.

SEGUNDA PARTE

La Obra de Cristo

INTRODUCCION

Hemos notado ya que el propósito central de la Escritura es Cristológico, revelar quién es Cristo, y soteriológico, revelar cómo salva Cristo al pecador. En esta segunda parte nos concentraremos en la obra redentora de Cristo. Si queremos entender el plan de la salvación debemos notar que también incluye dos aspectos: uno objetivo y el otro subjetivo; es decir, lo que Dios hizo, independientemente del hombre, para solucionar el problema del pecado, y cómo la salvación se hace efectiva en el hombre. La Escritura nos enseña que el pecado hace separación entre Dios y el hombre, y ¡cuán claramente se nota esto desde el mismo principio de la historia! Dios creó todas las cosas en un estado de perfección, todo "era bueno en gran manera" (Gén. 1:31). Adán y Eva fueron colocados en el jardín del Edén donde gozaban de la compañía del Creador y de los seres celestiales; no había barreras.

El capítulo tres del Génesis nos habla de la entrada del pecado, la tragedia que llenó el mundo de sombras y separó al hombre de Dios. El relato dice fríamente que "el hombre y la mujer *se escondieron* de la presencia de Jehová, entre los árboles del huerto" (Gén. 3:8).

Pero así como el capítulo tres del Génesis es sombrío, es a la vez glorioso, ya que presenta una vislumbre del amor de Dios en una dimensión insospechada. El Creador se hizo presente en el Edén no para darles lo que merecían, su transgresión, sino para proveerles una vía de escape, un

camino de redención. Y todo el plan presentado a nuestros primeros padres está basado en Cristo y su sacrificio redentor. El versículo 15 de este capítulo contiene la primera referencia al Evangelio: las buenas nuevas que un sustituto tomaría el lugar de ellos para que ellos no muriesen. Cristo, la simiente de la mujer sería herido en el calcañar, gustaría la muerte para traer otra vez reconciliación entre el cielo y la tierra; es por su llaga "que fuimos curados" (Isa. 53:5). Se les pidió a Adán y Eva que aceptaran el don celestial simbolizado en las túnicas de pieles que les fueron provistas por Dios (Gén. 3:21).

Cuando vamos al Nuevo Testamento y nos detenemos en el texto mejor conocido de la Escritura, Juan 3:16, encontramos estos dos aspectos del plan de la salvación, el objetivo y el subjetivo, lado a lado. En primer lugar, Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo. Y esto lo hizo él, por su cuenta, sin contar con la respuesta del hombre. El plan de salvación fue provisto independientemente del hombre. En realidad, dice el apóstol Pablo, "Dios encarece su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8).

Pero el texto señala, en segundo lugar, que hay también una dimensión subjetiva en el plan de la salvación; Dios dio a su Hijo "para que todo aquel que en él cree no se pierda más tenga vida eterna". El hombre debe creer, responder a la gracia de Dios. En la cruz la salvación fue provista para todos, pero se hace efectiva individualmente, cuando la persona, reconociendo su culpabilidad, acepta el perdón divino y pone sus pies en la senda de la vida.

En las páginas siguientes nos detendremos en algunos aspectos básicos de la misión de Cristo, su obra redentora.

8

TEORIAS DE LA EXPIACION

A través de la historia de la Iglesia Cristiana ha habido numerosos intentos de entender y explicar la obra compleja y abarcante de la expiación. ¿Qué es en realidad lo que fue logrado por Cristo? ¿Por qué la cruz? ¿Quién demandó la sangre de Cristo? ¿Cómo es el hombre redimido y reconciliado con Dios? Dar respuesta a estas preguntas nunca ha sido ni será una tarea fácil, ya que involucran la doctrina de Dios, del hombre y del pecado, de la persona de Cristo. Nuestro entendimiento de estas doctrinas afectará nuestra comprensión de la expiación, de lo que el cielo tuvo que hacer para reconciliar al hombre con su Creador. No es de sorprenderse, entonces, que hayan surgido diferentes teorías para tratar de explicar la expiación. Notaremos algunas de las más representativas.

Teoría del rescate. —Durante los primeros doce siglos de la era cristiana predominó un concepto de la expiación que se conoce como la teoría del rescate, a veces también llamada la teoría clásica, o dramática. Se veía la historia bíblica como una gran lucha cósmica entre las fuerzas del bien y del mal. En esta contienda Satanás logró usurpar el control del planeta de manos de Adán, de modo que se convirtió en el gobernante, y el hombre en su esclavo. La única esperanza del hombre consistía en que fuera libertado de su esclavitud, y para ello era necesario pagar un rescate.

Orígenes, una de las mentes más privilegiadas con que ha

contado la Iglesia, parece haber sido el padre de esta teoría. Orígenes vivió en la primera mitad del siglo III. Uno de los textos claves usados para expresar este entendimiento de la expiación era Mateo 20:28 (y Mar. 14:45), donde Jesús dijo que vino a "dar su vida en rescate", lo mismo que las palabras del apóstol Pablo en 1 Corintios 6:20, "porque habéis sido comprados por precio..." La vida de Cristo fue el precio pagado para rescatar al hombre de la esclavitud. ¿Pero de quién fue el hombre comprado? Naturalmente, contestó Orígenes, de quien era siervo. Satanás era el único que podía demandar un rescate para dejar ir a sus víctimas. Según Orígenes, fue Satanás quien demandó la sangre de Cristo; él especificó cual sería el rescate que aceptaría. Por supuesto que Satanás no obró "de buena fe", ya que pensó que se apoderaría también del alma de Cristo, y así se quedaría con el rescate y con los esclavos. Pero la resurrección de Cristo lo sorprendió y entonces se dio cuenta que lo había perdido todo: entregó al hombre para darse cuenta bien pronto que no podía retener a Cristo, el rescate que él había aceptado.

Un siglo más tarde, otro teólogo prominente, Gregorio de Nisa dio un énfasis renovado a los conceptos de Orígenes con algunas variantes que para nosotros son difíciles de entender. Su preocupación era mantener la justicia de Dios en el rescate del hombre. Dios no podía "robar" al hombre del dominio de Satanás, ya que el hombre era culpable de su esclavitud. Por tal razón, Dios tuvo que hacer una transacción con el diablo; éste aceptó la sangre de Cristo, ya que la consideró de más valor que las almas de sus cautivos. Pero Satanás fue engañado. No se dio cuenta que la divinidad de Cristo estaba cubierta, escondida en la humanidad—lo cual fue hecho en forma deliberada por Dios —para que Satanás aceptara a Jesús como rescate. Luego Gregorio defiende el engaño de Dios enfatizando el propósito de Dios en contraste con el engaño de

Satanás. Dios, dice él, le pagó a Satanás con la misma moneda, sólo que los propósitos de Dios eran nobles y los del enemigo, malévolos. Pareciera que para Gregorio el fin justifica los medios.

En el siglo V Agustín le dio a esta teoría el peso de su influencia y autoridad. En un intento de explicar gráficamente lo ocurrido, él comparaba a la cruz con una trampa para cazar ratones, la sangre de Cristo siendo la carnada. Trató de suavizar la idea del engaño, insistiendo en que Dios no engañó directamente al diablo, sino que éste, cegado por su confianza propia y avaricia, no percibió la realidad.

Aunque esta teoría temprana expresa conceptos válidos de la obra de Cristo, como su victoria sobre Satanás, predicha ya en Génesis 3:15, y la liberación de los cautivos, hay un aspecto básico que es bíblicamente inaceptable: el hecho de que Satanás sea el objeto de la obra propiciatoria de Cristo. La obra de Cristo tuvo un objeto mucho más excelso que el de satisfacer las demandas del engañador. Aunque era el príncipe de este mundo (Juan 14:30), "el dominio que ejercía Satanás era el que había arrebatado a Adán, pero Adán era vicegerente del Creador... Adán había de reinar sujeto a Cristo. Cuando Adán entregó su soberanía en las manos de Satanás, Cristo continuó siendo aún el Rey legítimo" (DTG, p. 103).

Teoría de la satisfacción.—En el siglo XI Anselmo de Canterbury se opuso decididamente a la idea de que un rescate debía ser pagado al diablo para salvar al hombre. El vio claramente que el problema era entre Dios y el hombre. Para él, Cristo murió para satisfacer un principio de la naturaleza de Dios. Es por esto que la cruz tuvo como objeto, no al diablo, ni al hombre en forma primaria, sino a Dios. Era la justicia de Dios, o más bien su honor que debía ser satisfecho.

Sus ideas acerca de la expiación las desarrolla en el libro

titulado *¿Cur Deus Homo?* (¿Por qué Dios se hizo hombre?). Para entonces, las estructuras de la sociedad habían cambiado; el sistema feudal estaba en su apogeo. Los conceptos de justicia y honor se veían como algo más personal; la violación de la ley se consideraba como una ofensa al señor feudal. Se había desarrollado además en la Iglesia un fuerte énfasis en el concepto de la satisfacción. Anselmo veía a Dios como un señor feudal que insistía en la satisfacción para mantener su honor, y el pecado consistía básicamente en no rendirle a Dios lo que le correspondía.

Anselmo afirmaba que la satisfacción debía ser ofrecida por el hombre porque él deshonró a Dios, y entonces continúa así su argumento: El hombre no puede ofrecer la satisfacción necesaria porque es pecador. Si el hombre no puede, entonces Dios *debe* hacerlo (Anselmo acepta el argumento de Agustín de que algunos hombres deben ser salvados para repoblar el cielo). Sin embargo, la satisfacción debe ser hecha por el hombre, porque él es culpable; por lo que la única solución se encuentra en que Dios se haga hombre. Esta es la respuesta a *¿Cur Deus Homo?*

Así Anselmo enseña que la satisfacción ofrecida por Dios es una ofrenda hecha a Dios de parte del hombre. Es en base a lo que Cristo hizo, vindicando el honor de Dios, que Dios puede ahora perdonar al hombre.

Teoría de la influencia moral.—Pedro Abelardo en el siglo XII fue el primero en desarrollar lo que se conoce como la teoría de la influencia moral de la expiación. El rechazó, al igual que Anselmo, la noción de que había que pagar un rescate al diablo. Pero reaccionó decididamente contra el postulado central de la teoría de Anselmo, quien sostenía que el pecado exigía que hubiera un tipo de compensación hacia Dios y que por lo tanto el propósito de la cruz era básicamente objetivo, algo hecho *a favor* del hombre. Para Abelardo, el

propósito de la cruz es subjetivo, es decir, el hombre es su objeto; la cruz hace algo *en* el hombre. Según este autor, la dificultad no radicaba en Dios, sino en el hombre, cuyas actitudes negativas—temor e ignorancia— le impedían acercarse a Dios en busca de perdón y aceptación, y estas actitudes debían ser corregidas.

El propósito de la cruz no fue proveer satisfacción a favor de un Dios santo y justo, sino dar una demostración del amor incondicional de Dios, para que el hombre, movido por este profundo amor de Dios, confiese sus pecados y anhele servirle. Según Abelardo, la contemplación del amor de Dios manifestado en la cruz despertaría una respuesta positiva en el corazón del hombre. Finalmente, este amor en el alma humana es la base de la reconciliación y del perdón.

En su interés absorbente por enfatizar el amor de Dios, Abelardo restó importancia a otros atributos de Dios, como su justicia y santidad. La muerte de Cristo no fue en realidad indispensable, ya que Dios había perdonado a la gente en tiempos del Antiguo Testamento antes de que Cristo muriera. Su muerte fue más bien el resultado de haber venido, y es el medio que Dios usa para impresionar al hombre con su amor.

Su texto predilecto era Lucas 7:47: "Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho..." Según él, el amor en el corazón de María fue meritorio, fue la causa del perdón. Curiosamente, Abelardo no dio importancia a la segunda mitad del versículo, donde dice: "...mas aquel a quien se le perdona poco, ama poco". Es una comprensión clara de la profundidad del pecado y de lo abundante del perdón lo que despierta amor, y no viceversa.

Teoría de la satisfacción penal.—Los reformadores del siglo XVI volvieron su atención a la Escritura en vez de la tradición como base para descubrir la verdad divina. Y al hacerlo concordaron con Anselmo en que el pecado es en

verdad un asunto de extrema seriedad. Pero para ellos la seriedad consistía en que se trataba de una violación de la ley de Dios más bien que un insulto a su honor. Vieron que la Escritura claramente establece que "la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23); dieron renovada atención al concepto bíblico de la ira de Dios, su santa reacción contra el pecado, y también a la condenación bajo la cual se encuentra el pecador. Para los reformadores, la esencia de la obra redentora de Cristo era sustitutoria, es decir, que Cristo vino como sustituto, a tomar el lugar del hombre y a soportar el castigo que éste merecía, en claro cumplimiento de lo anunciado por primera vez en Génesis 3:15, tipificado en el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento y claramente establecido en el Nuevo Testamento. Como sustituto, Cristo cargó con los pecados del hombre y soportó la muerte que es la paga del pecado. Sobre él cayó la maldición que amenazaba al pecador (Gál. 3:13). Bien lo expresó Leon Morris cuando dijo que "los reformadores hablaron sin titubeos de que Cristo llevó nuestro castigo y así calmó la ira de Dios en lugar nuestro" (*Evangelical Dictionary of Theology*, "Atonement", p. 102). Ellos vieron la cruz básicamente como algo objetivo que fue hecho para resolver el problema de la transgresión de la ley de Dios. E. G. White concuerda con los reformadores en este particular cuando expresa que "el Calvario se destaca como un recuerdo del sacrificio asombroso que se requirió para expiar la transgresión de la ley divina" (CC, p. 33). Dios tenía que hacer algo objetivo, fuera del hombre, resolver un problema que el pecado le había creado antes de poder ofrecer perdón al pecador arrepentido; "a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Rom. 3:26).

Otras teorías.—Podríamos hacer referencia a varias otras "teorías" que se han ofrecido a lo largo de la historia de la Iglesia Cristiana, en un intento de explicar la obra de Cristo,

tal como la **ejemplarista**, desarrollada por Socino en el siglo XVI. Socino negaba la Trinidad y particularmente la divinidad de Cristo. Naturalmente que él rechazó el concepto de la satisfacción o sustitución, y veía el valor de la muerte de Cristo en el hermoso ejemplo que nos da. Su muerte nos mostró el tipo de dedicación a Dios que debemos tener.

Un siglo más tarde Hugo Grotius, un eminente jurista, desarrolló lo que se conoce como la teoría **gubernamental** de la expiación, y vio la cruz como una demostración del odio que Dios siente hacia el pecado, a la violación de su ley, con el propósito de inducir al hombre a odiar el pecado y apartarse de él. Según él, el propósito principal del castigo no es retributivo, sino más bien un medio de evitar la proliferación del pecado y mantener el orden. Para Grotius, la cruz fue una demostración de la justicia de Dios y de su odio por el pecado, más bien que el llevar vicariamente el castigo del pecado del hombre. Estas teorías son básicamente subjetivas, el mayor impacto de la cruz tiene que ver con el hombre.

Evaluación.—Si quisiéramos evaluar estas teorías debiéramos decir que ninguna de ellas es totalmente errónea. Cada una señala algún aspecto importante de la obra redentora de Cristo. Como ya indicamos, la cruz tiene una dimensión objetiva y también una subjetiva, por lo que las necesitamos a todas. Es verdad, además, que si pudiéramos reunir en una la aportación de todas estas teorías, no alcanzaríamos a abarcar en su totalidad el gran "misterio de la piedad" (1 Tim. 3:16).

El problema ha surgido cuando se ha pretendido que una de ellas llegue a ser el todo; esto ha limitado y distorsionado el entendimiento de la obra de Cristo. Además, hay un asunto de orden, de prioridades en el énfasis de los distintos aspectos. En este aspecto la Biblia es clara al afirmar que la expiación debe ser provista objetiva e independientemente del hombre

y de su participación en el proceso, antes de que pueda ser recibida subjetivamente por el pecador. Por lo que diríamos que el objeto central de la cruz es Dios y el hombre, en ese orden. Aunque los aspectos objetivos y subjetivos son inseparables, el aspecto objetivo tiene prioridad lógica.

Para poder mantener el equilibrio que requiere la Escritura en el tema de la obra redentora de Cristo, y evitar la tentación de poner en primer lugar cosas que corresponden a un segundo plano, es necesario estar claros en lo que la Biblia enseña con respecto a ciertas doctrinas fundamentales, tales como la naturaleza y carácter de Dios, la ley de Dios, la doctrina del hombre y la naturaleza de Cristo. La comprensión de la obra de Cristo para salvar al hombre será profundamente afectada por la comprensión de estas doctrinas fundamentales.

Si uno ve a Dios como un ser benevolente solamente, cuyo principal atributo es el amor, quien no toma con demasiada seriedad el pecado, entonces es posible ver la obra de Cristo bajo una perspectiva más bien subjetiva, como una demostración de amor, que provee un ejemplo digno de imitar para ganar su aceptación. Por otro lado, si Dios, además de ser misericordioso, es visto también como un Dios santo y justo, que odia el pecado, entonces satisfacerlo no será tarea demasiado fácil; es decir, será necesario que algo sea hecho a la altura de su santidad y justicia para poder satisfacerlo, algo que obviamente está más allá del alcance del hombre.

Si Cristo fue sólo hombre, o exactamente igual a nosotros, en todos los aspectos, entonces todo lo que pudo hacer fue ofrecernos un ejemplo perfecto, donde la salvación se torna más bien en una tarea de imitación. Si él pudo obedecer perfectamente la ley y así satisfacer al Padre, entonces nosotros también debiéramos poder hacerlo. La cruz nos dice con claridad que este concepto de Cristo y de su obra, que de una manera u otra persiste en la Iglesia desde los tiempos de

Abelardo, es muy pobre. La muerte de Cristo nos dice inequívocamente que nosotros necesitábamos algo más que un buen ejemplo para imitar: necesitábamos un sustituto, alguien que pudiera pagar nuestra deuda además de darnos un ejemplo. El concepto bíblico de Cristo, del Dios-hombre, lo capacitó para hacer algo inmensamente mayor de lo que nosotros podemos hacer: él sirvió no sólo de ejemplo, sino como un sacrificio que satisfizo las demandas de la ley de Dios (Heb. 9:26).

Algo semejante ocurre con la doctrina del hombre, en la que se incluye la doctrina del pecado y sus consecuencias. Si el pecado de Adán no afectó tan seriamente al hombre, como sostenía Pelagio a principios del siglo V, entonces se puede desarrollar una soteriología en la que el hombre puede, con un poco de esfuerzo, obedecer todos los requerimientos de Dios. Pelagio sostenía en realidad que el mayor efecto del pecado de Adán sobre su descendencia fue su mal ejemplo, que el hombre no nace depravado, por lo que puede obedecer meritoriamente la ley de Dios. Por el contrario, si el hombre recibe de Adán, además de su mal ejemplo de desobediencia, una naturaleza debilitada, depravada, con inclinaciones y tendencias al mal, si es verdad que "desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él [en el hombre] cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga..." (Isa. 1:6) y que somos "por naturaleza hijos de ira" (Efe. 2:3), entonces su rescate necesita algo mucho más profundo y radical.

De igual manera, si la ley de Dios es algo más bien temporal, que fue dada al pueblo de Israel en circunstancias muy especiales, y que puede ser abolida; o que su violación consiste solamente en actos conscientes, voluntarios de desobediencia, y nada más, entonces obedecerla "perfectamente" no es algo realmente inalcanzable. Pero si la ley de Dios es vista no sólo como un cierto número de preceptos, sino como

la expresión misma del carácter de Dios, si es vista como "santa, justa y buena" (Rom. 7:12), entonces la vida de Cristo y su sacrificio proveen una dimensión insospechada de lo que el cielo tuvo que hacer para satisfacer la justicia de Dios y redimir al hombre.

Al tratar de esbozar en las páginas siguientes algunos aspectos de la obra redentora de Cristo, seremos guiados por la perspectiva que la Biblia da a estas doctrinas: La misericordia, la santidad y la justicia son atributos inseparables en el carácter de Dios, y no podemos enfatizar uno desproporcionadamente sin distorsionar el concepto de la salvación. Jesús fue Dios y hombre. En su divinidad fue igual al Padre, y en su humanidad igual a nosotros, excepto en pecado. El hombre, debido a su herencia pecaminosa, nace desprovisto de toda justicia e incapacitado para lograrla por sus esfuerzos, por lo que necesita ser justificado y regenerado. La ley de Dios es eterna, inmutable, perfecta, un trasunto del carácter de Dios, por lo que su violación es más que una transgresión abierta y voluntaria de algún precepto; cualquier desarmonía con esa norma divina es pecado.

9

EL SIGNIFICADO DE LA CRUZ

Hace algún tiempo en el estado de Arizona, en los Estados Unidos, ocurrió un incidente muy singular. Un grupo de paracaidistas estaba gozando de su deporte favorito. Armaban sus paracaídas, un avión los llevaba a 15.000 pies de altura, y desde allí se lanzaban al vacío para "aterrizar" graciosamente sostenidos por el paracaídas abierto. Al llegar a tierra armaban de nuevo sus paracaídas, subían al avión, y volvían a remontarse para seguir gozando de las emociones de este deporte.

Pero en uno de los saltos sucedió algo inesperado. Una joven llamada Debbie y un hombre saltaron del avión al mismo tiempo, y al hacerlo se golpearon las cabezas, como resultado de lo cual Debbie quedó inconsciente. Segundos después saltó Roberto, un joven de 26 años que era el instructor de paracaidismo. Vio con terror lo que había sucedido y cómo Debbie se precipitaba a tierra a una muerte segura. En vez de abrir su paracaídas decidió seguirla con la esperanza de alcanzarla y poder auxiliarla. Descendían ambos a gran velocidad. Finalmente Roberto logró darle alcance, le abrió el paracaídas y tuvo sólo unos pocos segundos para abrir el suyo; ambos se salvaron. Debbie tuvo algunas costillas fracturadas, pero el golpe no fue mortal.

Alguien que caracterizó lo ocurrido como un verdadero milagro, le preguntó a Roberto cómo se había atrevido a arriesgarse tanto para salvar a esa joven. El contestó senci-

llamente: "Mi misión es ayudar a otros".

No hay duda de que ese drama ilustra algunos aspectos del drama redentor. Debbie, descendiendo sin posibilidades ni esperanzas, nos representa a nosotros, a todos nosotros: no tenemos más posibilidades que ella. Roberto nos hace pensar en Cristo, quien arriesgándolo todo "descendió" en busca nuestra para amortiguar nuestra caída, para que el golpe no sea mortal. Con una diferencia fundamental: Jesús decidió no abrir su paracaídas. El murió para poder salvarnos a nosotros. Era el único camino. Mientras pendía de la cruz escuchó las palabras de los que pensaban:

> Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar... (Mat. 27:40-42).

Estas palabras, aunque dichas con sorna e incredulidad, expresaron la gran verdad central del Evangelio: para salvar a otros, tuvo que morir—no pudo salvarse a sí mismo. Fue en la cruz, un viernes de tarde, mientras las tinieblas cubrían la tierra (Mat. 27:45) que se abrió el paracaídas para la humanidad perdida. Es por eso que "el sacrificio de Cristo como expiación por el pecado es la gran verdad en torno de la cual se agrupan todas las otras verdades" (OE, p. 315).

¿Pero por qué tuvo que morir Jesús? ¿Qué fue lo que en realidad consiguió su muerte? El Nuevo Testamento no presenta una "teoría" de la expiación en forma detallada, pero sí mira a ese evento redentor desde distintos ángulos, y da indicaciones del principio sobre el cual la expiación fue hecha. La muerte de Cristo no fue la muerte de un mártir, sino la muerte de un Salvador, ya que "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Cor. 5:19), trayendo reconciliación

entre Dios y el hombre. Así como la cruz sobre la cual murió el Salvador tiene dos maderos —uno vertical y otro horizontal— así la obra de Cristo tiene dos dimensiones fundamentales: tiene que ver con Dios y con el hombre. Para que el hombre pudiera ser perdonado, la justicia de Dios debía ser satisfecha. Muy bien expresó este concepto E. G. White cuando dijo:

> La justicia demanda que el pecado no sólo sea perdonado, sino que se ejecute la pena de muerte. En el don de su Hijo unigénito, Dios atendió estos dos requerimientos. Al morir en lugar del hombre Cristo liquidó la pena y proveyó perdón (Ms. 50, 1900).

Daremos a continuación un vistazo a la obra de la cruz desde distintos ángulos, como nos los presentan los escritores del Nuevo Testamento.

• **La cruz como propiciación.**—Decíamos que la obra de Cristo tiene una dimensión vertical que tiene que ver con Dios y su carácter. Salvar al hombre requería más que "solo perdón", tenía que satisfacer la justicia de Dios. Sólo así Dios podía ser "justo, y el que justifica al que es de la fe en Jesús" (Rom. 3:26). "El unigénito Hijo de Dios tomó sobre sí la naturaleza del hombre y estableció su cruz entre el cielo y la tierra. A través de la cruz, el hombre es atraído a Dios y *Dios al hombre*" (ST, 5 de julio de 1893). El significado primario de la palabra propiciación es "apaciguar", quitar la ira por medio de una ofrenda. Así se la usaba en el griego clásico, cuando los adoradores "apaciguaban" a los dioses griegos por medio de sacrificios. Los escritores del Nuevo Testamento usaron esta palabra porque, mejor que otras, ilustraba lo que ellos querían expresar tocante a lo logrado por la cruz.

Aunque el concepto pareciera a veces negativo, la Biblia afirma en ambos Testamentos, y con mucha repetición, la realidad de la ira de Dios. En verdad todo el argumento del

apóstol Pablo al comienzo de la epístola a los Romanos, está basado en que tanto judíos como gentiles, todo ser humano sin excepción, es pecador, y está bajo la ira y la condenación de Dios. Después de anunciar que el Evangelio es el poder de Dios para salvación tanto para judíos como para gentiles, (Rom. 1:16-17), se apresura a decir, en el versículo siguiente, que el Evangelio es necesario "porque la ira de Dios se revela desde el cielo". Y luego conecta la palabra *propiciación* con la muerte de Cristo, lo que significa precisamente un medio de quitar la ira. Por supuesto que a diferencia de los sacrificios paganos que el hombre tenía que ofrecer para calmar la ira de sus dioses, en el plan de la salvación, Dios provee la propiciación: "a quien Dios puso como propiciación" (Rom. 3:25). En realidad, el propósito de Cristo al venir a ser "misericordioso y fiel sumo sacerdote", fue para expiar los pecados del pueblo" (Heb. 2:17), literalmente para hacer "propiciación" por los pecados del pueblo, ya que la misma palabra *hilasterion* es usada. El apóstol Juan nos dice que Dios "envió su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 4:10), y que esa propiciación es suficiente para todos, ya que "él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Juan 2:2).

Ira, en el caso de Dios, no tiene que ver con emociones descontroladas, con enojo, sino más bien con su santa reacción contra el pecado; es la actitud de un Dios santo y justo frente al pecado y la imperfección. Pecado es todo desacuerdo con el carácter de Dios, que se expresa en su santa ley, y "la muerte de Cristo fue un argumento convincente, eterno, de que la ley de Dios es tan inmutable como su trono" (Ms. 58, 1897). Esta dimensión de la obra de Cristo, que va más allá de la necesidad del hombre, está bien expresada por E. G. White:

Pero el plan de redención tenía un propósito todavía más amplio y profundo que el de salvar al hombre. Cristo no vino a la tierra sólo por este motivo; no vino meramente para que los habitantes de este pequeño mundo acatasen la ley de Dios como debe ser acatada; sino que vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo... El acto de Cristo, de morir por la salvación del hombre, no sólo haría accesible el cielo para los hombres, sino que ante todo el universo justificaría a Dios y a su Hijo en su trato con la rebelión de Satanás. Demostraría la perpetuidad de la ley de Dios, y revelaría la naturaleza y las consecuencias del pecado (PP, p. 55).

La cruz como sacrificio.—La muerte de Cristo no fue un martirio, la Escritura nos dice que fue un sacrificio. El apóstol Pablo lo compara con el sacrificio de la pascua: "porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (1 Cor. 5:7). No hay duda de que el apóstol tiene en mente el sistema de sacrificios instituido en el Antiguo Testamento como parte del culto de Israel. Hebreos 9:7 hace referencia al día de la expiación, cuando el sumo sacerdote entraba en la "segunda parte" del santuario, "una vez al año", para hacer expiación por los pecados del pueblo. Y así Cristo fue ofrenda y sacerdote al mismo tiempo. Todo el sistema de sacrificios tipificaba a Cristo, consistía en símbolos que apuntaban a la realidad, al "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

En el culto antiguo el animal derramaba su sangre. Hay más de cien ocasiones en el Antiguo Testamento donde se hace referencia a la sangre de los sacrificios y su propósito. Una de las más claras es Levíticos 17:11: "Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por nuestras almas..." Sin embargo, todos los sacrificios, como dijimos ya, eran sólo tipos de lo verdadero, porque "la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Heb. 10:4). Sólo apuntaban hacia lo verdadero, a "la ofrenda del cuerpo de

Jesucristo hecha una vez para siempre" (Heb. 10:10), "habiendo obtenido eterna redención" (Heb. 9:14). La paga del pecado es muerte, y no podía haber esperanza para el hombre hasta que la sentencia se cumpliera, ya que "sin derramamiento de sangre, no se hace remisión" (Hech. 7:22).

Debiéramos notar todavía que el objeto de la cruz, como lo señalamos más arriba, es Dios. La justicia de Dios demandaba que se pagara la deuda. Dice claramente en la Escritura que Cristo "**se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios**" (Heb. 9:14), y el apóstol Pablo nos exhorta a andar en amor "como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, **ofrenda y sacrificio a Dios** en olor fragante" (Efe. 5:2). La cruz satisfizo la justicia de Dios, la justicia que demandaba la muerte del pecador. Dicho en otras palabras, por medio de la ofrenda del cuerpo de Cristo, Dios fue propiciado, su ira fue apaciguada. Debiera quedar claro lo siguiente: no es que Dios estaba enojado y la ofrenda de Cristo lo apaciguó. Ya notamos que Dios ofreció a Cristo como propiciación por amor a nosotros. El discípulo amado nos dice que "en esto consiste al amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 4:10). E. G. White expresa esta profunda verdad bíblica de la siguiente manera:

> Pero este gran sacrificio no fue hecho para crear amor en el corazón del Padre hacia el hombre, ni para moverle a salvarnos. ¡No! ¡No! "Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito!" Si el Padre nos ama no es a causa de la gran propiciación, sino que él proveyó la propiciación porque nos ama. Cristo fue el medio por el cual el Padre pudo derramar su amor infinito sobre un mundo caído (CC, p. 13).

La cruz como sustitución.—El Señor Jesús se ofreció como sacrificio a Dios, de esa manera fueron satisfechas las

demandas inamovibles de la ley de Dios, y así se abrió el camino para que el hombre culpable pueda estar otra vez en paz con Dios (Rom. 5:1). Solamente se puede entender cómo Jesús logró todo esto cuando se nota otra dimensión en su obra redentora. Su muerte fue sustitutiva, murió en lugar del hombre. Este concepto corre como una hebra de oro a través de las páginas de la Escritura, desde el mismo comienzo hasta el final. Tan pronto como Adán pecó, Dios le notificó que un sustituto tomaría su lugar. Así está expresado en la primera promesa evangélica, en Génesis 3:15, donde habla proféticamente del redentor que vendría a redimirlos. En el mismo capítulo, este principio fue objetivamente presentado cuando "Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió" (3:21). "¿Por qué la sentencia de muerte no fue ejecutada inmediatamente? Porque se halló un rescate. El unigénito de Dios se ofreció voluntariamente para tomar el pecado del hombre sobre sí mismo, y hacer expiación por la raza caída" (R & H, 23 de abril de 1901).

Todo el sistema de sacrificios instituido por Dios tenía como objeto central enfatizar el concepto de la sustitución. El adorador tenía que poner sus manos sobre la cabeza del animal designado (ver Lev. 1:4), sin duda para indicar la transferencia simbólica de sus pecados al animal, de manera que al morir recibía el castigo que sus propios pecados merecían. Luego, él mismo debía matar el animal, significando con esa acción que sus propios pecados merecían tal castigo, la muerte misma.

El concepto de que Jesús fue el sustituto del hombre, que su muerte fue vicaria, es decir, que sus sufrimientos y su muerte fueron a favor de otros, está constantemente presente cuando se trata de la muerte de Cristo. Jesús mismo declara a sus discípulos: "Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas" (Juan 10:11). En ocasión de la última cena,

lloro y el crujir de dientes" (Mat. 22:13). Alguien observó que cuando Jesús nació brilló la luz a media noche, pero que en el momento de morir, hubo tinieblas al medio día. Y fue en medio de la obscuridad que Cristo exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mat. 27:46). Experimentó, en toda su amarga realidad, la separación que trae el pecado. Fue realmente el sustituto del hombre culpable. Por nosotros lo hizo pecado.

La cruz como redención.—En la cruz no sólo la justicia de Dios fue satisfecha y su carácter vindicado, sino que también el hombre fue redimido. La cruz tiene una dimensión vertical y al mismo tiempo una horizontal. Vindica a Dios y redime al hombre. Y la redención implica el pago, un rescate. En la cruz la deuda se pagó, la redención fue consumada. En el Antiguo Testamento se habla de la liberación del pueblo de Israel de la cautividad egipcia en términos de redención: "Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste" (Ex. 15:13). La redención de Israel es presentada como la obra exclusiva de Dios: "os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes" (Ex. 6:6). Cuando los israelitas se encontraban aparentemente en un callejón sin salida, por delante el Mar Rojo y por detrás el ejército egipcio que se acercaba, de pronto oyeron las buenas nuevas: "No temáis, estad firmes y ved la salvación que Jehová hará con vosotros... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos" (Ex. 14:13-14). En el Nuevo Testamento Jesús redime al hombre de la esclavitud del pecado (Juan 8:34-36). Cristo vino para redimir "a los que estaban bajo la ley (Gál. 4:4), bajo sentencia de muerte (Rom. 6:23), y para ello pagó un rescate, él vino a "dar su vida en rescate" (Mat. 20:28). El apóstol Pablo dice que nosotros "tenemos redención por su sangre" (Efe. 1:7), y Pedro lo presenta en forma insuperable cuando escribe:

> Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 Ped. 1:18-19).

¿Cuáles son los alcances de la redención lograda en la cruz? Dios dio a su Hijo, lo entregó como un sacrificio propiciatorio, "para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Juan agrega que Cristo "es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de **todo el mundo**" (1 Juan 2:2). Y el apóstol Pablo añade que "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo **al mundo**" (2 Cor. 5:19).

Es más fácil y natural pensar en la redención como algo subjetivo, que tiene que ver directamente con el individuo. Y mientras este es un aspecto central del plan de la redención, no debemos perder de vista su alcance, en un sentido, universal; Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no sólo a individuos. En la cruz, la suerte de la humanidad cambió definitivamente. Para la raza humana también hay un *antes* de Cristo y un *después* de Cristo; en la cruz la humanidad cambió de posición: condenada antes, redimida después. Toda la humanidad, todo descendiente de Adán, estaba bajo condenación—bajo la condenación de la ley. Claramente lo expresa el apóstol Pablo en su carta a los Gálatas cuando escribe: "Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada" (Gál. 3:23). La versión de Jerusalem traduce así este texto: "Y así, antes que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de la ley, en espera de la fe que debía manifestarse." La ley violada condenaba a todo hombre, apuntando al momento cuando Cristo vendría. Y "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo... para que redimiese a los que estaban bajo la ley..." (Gál. 4:4-5).

—Antes de la cruz la raza humana estaba *legalmente* condenada, no había salida, la redención era una realidad sólo en símbolos y figuras; todo dependía del cumplimiento de la promesa. La promesa se cumplió; Jesús vino; murió cargado con los pecados del mundo; pagó el precio de la redención derramando su propia sangre; es por eso, y sólo por eso, que después de la cruz la humanidad está *legalmente* redimida. La ley no la condena más, porque "en la obra admirable de dar su vida, Cristo restauró a toda la raza humana al favor de Dios" (1 MS, p. 402). Notemos todavía lo siguiente:

> ¿Qué derecho tenía Cristo para sacar a los cautivos de las manos del enemigo? El derecho de haber efectuado un sacrificio que satisface los principios de justicia por los cuales se gobierna el reino de los cielos. Vino a esta tierra como el redentor de la raza perdida para vencer al artero enemigo... En la cruz del Calvario, pagó el precio de la redención de la raza humana (1 MS, pp. 363-364).

Cuando decimos que antes de la cruz la humanidad estaba legalmente condenada, no queremos indicar con eso que no había salvación. Había personas que *experimentaban* la salvación al poner su fe en los méritos del Mesías venidero, en el Cordero de Dios que vendría a quitar el pecado del mundo. De igual manera, el hecho que la humanidad está legalmente redimida después de la cruz no quiere decir que todo el mundo está salvado. La persona que no acepta personalmente la liberación lograda por Cristo para todos, sigue personalmente bajo condenación. Porque si bien es cierto que Dios dio a su Hijo unigénito porque amó tanto al mundo, lo hizo para que "todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna". Quien no acepta la sangre expiatoria de Cristo vertida a su favor, sigue perdido, bajo condenación. En la cruz, la salvación fue *provista* para todos, pero es *eficaz* sólo para los que la aceptan.

Es por eso que el Señor Jesús se encuentra hoy desempeñando una función intercesora indispensable en el santuario celestial, donde vive "siempre para interceder por ellos [por los que por él se acercan a Dios]" (Heb. 7:25). Está aplicando los méritos de su justicia perfecta a toda alma contrita, ya que "la intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz" (CS, p. 543).

10

JUSTIFICACION POR LA FE

La mente humana se abisma ante la grandeza del amor de Dios manifestado en la cruz del Calvario, y con humildad se doblega en gratitud y adoración, para cantar con los redimidos de todos los tiempos:

> ¡Oh amor de Dios! Tu inmensidad
> el hombre no podrá contar.
> Ni comprender la gran verdad
> que Dios al hombre pudo amar.

En realidad, entender el amor de Dios escapa a la capacidad del hombre caído. El mensaje de amor revelado en la cruz del Calvario es una maravilla que el hombre jamás podrá comprender en todas sus dimensiones. Hablando de este tema, el apóstol Pablo hasta parece contradecirse cuando escribe a los efesios:

> Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seais plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento... (Efe. 3:17-19).

¿Notamos? ¡Ser plenamente capaces de comprender algo que excede a todo conocimiento! Evidentemente se refiere a entender al máximo de nuestra capacidad, lo cual siempre será menor que la realidad.

Pero aunque no la podamos captar en su totalidad, la realidad es que "Dios es amor" (1 Juan 4:8), y en la cruz pagó la deuda de la raza humana; porque en la cruz "Cristo murió por nuestros pecados conforme a la Escritura" (1 Cor. 15:3). ¿Pero cómo? ¿Cómo puede el hombre culpable, descarriado, por naturaleza enemistado con Dios, volver a estar en armonía con el cielo? ¿Qué debe hacer para que lo que el Señor hizo en la cruz a favor de la humanidad sea una realidad en su experiencia personal?

Lo que le preocupaba al patriarca Job hace varios milenios, "¿y cómo se justificará el hombre con Dios?" sigue siendo la pregunta de los siglos. ¿Cómo es que los méritos de la vida santa de Jesús y de su muerte vicaria, llegan a ser posesión del pecador? El apóstol Pablo nos da la clave, la respuesta a esta gran pregunta cuando escribe a los romanos: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Rom. 5:1). Debemos notar que la palabra paz en este contexto no hace referencia directa a la paz interior, la tranquilidad del alma, sino más bien al nuevo estado de paz: la restauración de las relaciones interrumpidas por el pecado. Las hostilidades han cesado; en la cruz se firmó la paz, no hay más condenación, y es el glorioso privilegio de toda criatura aceptar por fe esta nueva relación como un don de Dios por medio de Cristo.

Pudiéramos muy bien decir que el entender de este concepto —cómo el hombre recibe los méritos de Cristo— y más particularmente, el significado de la palabra "justificación" es básico; es además lo que dividió a Europa en el siglo XVI y dio origen a la Reforma Protestante. La iglesia medieval había desarrollado un sistema por medio del cual la gracia de Dios llegaba al pecador a través de la administración de los sacramentos.

Era todo un proceso en el cual el hombre participaba

meritoriamente. Justificación no era un acto declaratorio de Dios, sino un proceso al fin del cual el hombre estaría en condiciones de ser justificado. Dios justificaba al justo, a quien había llegado a ser justo en el proceso. David Wells, un escritor cristiano contemporáneo, describe así este concepto:

> Justificación no es, sin embargo, un acto declaratorio sino un proceso de toda la vida. Una persona no es justificada por ejercitar fe salvadora en la obra final de Cristo; puede llegar a ser justificada a través de una vida de obediencia a las enseñanzas de la Iglesia, y al ser nutrida de los sacramentos de la Iglesia. Lo que queda sin completar en este sistema de lograr rectitud personal puede ser completado en el purgatorio (*The Search for Salvation*, p. 142).

Los reformadores redescubrieron en la Escritura, bajo los escombros de la tradición y del error, el significado bíblico de "justificación" como un acto declarativo de Dios, como un pronunciamiento divino, y no como un proceso prolongado. Percibieron con sorpresa que la justificación es por fe y no por obras (Rom. 3:28) y además que Dios "justifica al impío" que cree (Rom. 4:5), al impío en el momento en que cree, y no a quien ha llegado a ser justo a través de un largo período de cooperación con la gracia divina. Fue este concepto, que Dios declara justo al impío que cree en los méritos de Cristo, que encendió la chispa de la Reforma.

Algunas décadas más tarde, con sesiones que duraron de 1545 a 1563, se reunió el Concilio de Trento, para dar la respuesta oficial de Roma a la reforma de Lutero. La posición de Roma fue que si Dios dice que alguien es justo cuando no lo es en realidad, sería algo así como una ficción, que no correspondía con la realidad, que Dios tenía que hacer justo al hombre, intrínsecamente, antes de que fuera en realidad justificado. Es por eso que según la doctrina romana, la base de la justificación no es solamente la fe, por la cual el pecador se

apropia de la justicia de Cristo, sino además un nuevo amor y buenas obras que surgen del corazón renovado. Por lo tanto, para Roma justificar significa *hacer justo*, confundiendo justificación con santificación; lo que hace de la justificación un proceso en vez de una declaración, que en efecto la santificación precede a la justificación. A tal punto se opuso Trento al concepto protestante de justificación, que afirmó en uno de sus cánones: "Si alguno dice que el hombre es justificado sólo por la imputación de la justicia de Cristo, sea anatema".

Los reformadores entendieron justificación como el acto divino de *declarar* justo al pecador arrepentido que se aferra por la fe a los méritos de Cristo, un concepto que es más bien legal. Y que si bien es cierto que una vida transformada es clave en la comprensión de este tema, ésta viene como resultado de ser justificado, y no como condición previa. Una vida santa, las buenas obras son fruto de una nueva relación. Escribió Pablo "mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios tenéis por vuestro fruto la santificación" (Rom. 6:22).

Justificación, el significado bíblico.—Sin duda, parte del problema de Roma con el significado de justificación se puede rastrear hasta Agustín—una de las figuras más influyentes en la historia de la Iglesia Cristiana—ya que él entendió justificar como "hacer justo". ¿Y por qué? El gran Agustín dependía de la traducción latina de la Biblia, en la cual el término griego *dikaiosune* había sido traducido al latín como "justus facere", o hacer justo. Nuestra palabra "hacer" en español viene del latín *facere*. Y así Agustín enseñó que justificación abarca toda la experiencia cristiana, incluyendo tanto el *evento* como el *proceso*. En Trento, aunque la Iglesia nunca había definido con finalidad la naturaleza de la justificación, reafirmó la posición que había mantenido durante un milenio de su his-

toria, haciendo de la justificación un proceso.

Ya vimos que la Escritura usa distintas palabras para tratar de captar distintos aspectos de la obra expiatoria de Cristo. La palabra *propiciación*, proveniente del ambiente cultual, perteneciente al culto, enfatiza la satisfacción de la justicia de Dios, el apaciguamiento de su ira por causa del pecado. *Redención* es una palabra del mundo del mercado, donde se pagaba un rescate para conseguir la libertad de algún esclavo; *reconciliación* tiene que ver con la familia, con el restablecimiento de relaciones malogradas. Y *justificación*, una palabra proveniente de la corte, es usada en el Nuevo Testamento con mucha más frecuencia que las mencionadas arriba.

La palabra justificación viene del vocablo griego dikaios, que en su significado primario tiene una connotación judicial, y se usaba para referirse al veredicto de un juez, cuando éste pronunciaba una sentencia favorable. Significa exactamente lo opuesto a condenación. Los escritores del Nuevo Testamento usaron esta palabra para expresar otro ángulo de la obra redentora de Cristo, para referirse al acto judicial de Dios, en virtud del cual, y en base a la obra y los méritos de Cristo, declara que el pecador no está más bajo la condenación de la ley, sino que ha sido restaurado plenamente al favor divino. En otras palabras, el pecador que cree en Cristo es justificado por Dios, no por méritos propios, sino entera y exclusivamente por los méritos de Cristo.

Más arriba citamos las palabras del apóstol Pablo en Romanos 5:1 donde dice que la paz con Dios se restablece cuando somos justificados por la fe. Este texto tiene una pequeña palabra "pues" que nos indica que tenemos que prestar atención a lo que precede, ya que lo mencionado es una conclusión basada en lo que se había dicho antes. En obediencia a este concepto, vamos a mirar brevemente lo que discutió antes el apóstol.

"No hay justo, ni aun uno". En la primera parte de la epístola, especialmente en la sección del 1:18 al 3:20 había establecido que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo la condenación de Dios, sin poder hacer nada, absolutamente nada para mejorarsu situación. La deuda es muy grande, y el hombre está incapacitado para liquidarla, o hacer siquiera algo para reducirla. Resume la sección diciendo que todo ser humano está bajo la condenación de la ley, "para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Dios" (Rom. 3:19-20).

La justicia de Dios.—El resto del capítulo tres expone en forma bien concisa el plan de Dios para rescatar al hombre. Ya que el hombre no puede hacer nada para justificarse o para merecer la justificación, queda claro que la justificación es la obra de Dios. Esta sección es tan gloriosa, y tan extraordinariamente clara, que nos limitaremos a señalar algunos aspectos sobresalientes.

"Pero ahora, aparte de la ley se ha manifestado la justicia de Dios", es decir, independientemente de nuestra obediencia a la ley.

"La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo". Si no es posible por obras de obediencia, Dios ha provisto un nuevo camino: el de la fe.

"Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios". Dios tiene un solo plan de salvación, tanto para judíos como para gentiles, ya que todos están condenados por igual.

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia". La justificación es gratuita, un don de la gracia de Dios; la recibimos sin merecerla.

"Mediante la redención que es en Cristo Jesús". Aunque para nosotros es gratuita, el rescate, el precio de la redención fue pagado por el cielo.

"A quien Dios puso como propiciación". La justicia de Dios requería la muerte del pecador, y Jesús murió en su lugar, como su sustituto.

"Por medio de la fe en su sangre". Al derramar su sangre expió nuestra transgresión de la ley divina; es solo por fe que nos beneficiamos.

"Para manifestar su justicia". La justicia de Dios requería no sólo que se perdonara el pecado, sino que se ejecutara la sentencia de muerte.

"A fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". Al haber sido quitado el obstáculo de en medio, la justicia de Dios quedó satisfecha, y el puede ahora libremente justificar, en base a lo logrado por Cristo, a quien confía en él. Y añade aún que todo esto no deja al hombre ningún lugar para jactarse, ya que su justificación, la restauración de las relaciones con el cielo, es obra exclusiva de Dios, quien justifica a todos por igual, a judíos y a gentiles.

El ejemplo de Abraham.—En el capítulo cuatro, el apóstol ilustra cómo funciona en la práctica, a nivel del individuo, la justificación. Y para ello va a usar como ejemplo los dos personajes más conocidos y celebrados entre los judíos: Abraham y David. Cuando Mateo comenzó su Evangelio antes de dar una larga lista de los descendientes de Cristo, mencionó que "Jesucristo [era] hijo de David, hijo de Abraham" (Mat. 1:1). Así sentían los judíos. Pablo está seguro que en el momento en que mencionaba esos dos nombres —el del padre de la nación judía y el del más ilustre rey de Israel— todo judío iba a escuchar con atención.

Otra vez, esta sección es tan clara que no requiere demasiado explicación. Notemos sólo lo que resalta el apóstol:

1) *"Qué pues diremos que halló Abraham nuestro padre, según la carne"*. En otras palabras, ¿qué logró Abraham con sus obras? Nada, no puede gloriarse delante de Dios.

"¿Qué dice la Escritura?" Pablo quiere hacer claro que lo que él está explicando no es una novedad, es lo que enseñaba la Escritura, y en su caso, el Antiguo Testamento, que era la única Escritura que poseían.

"Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia". Este texto es fundamental. Cuando Abraham creyó, le fue "contado" por justicia. La palabra "contado", del griego *logizomai* significa contar, acreditar, imputar; es la misma palabra que se encuentra en los versículos 4 y 6. La Biblia de Jerusalem traduce así la palabra *legizomai* en el versículo seis: "Como también David proclama bienaventurado al hombre a quien Dios *imputa* la justicia independientemente de las obras". Tanto la experiencia de Abraham como la de David establecen que la justicia de Dios es imputada al pecador en el momento en que éste cree en Jesús.

"Mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia". No quiere decir que la fe está divorciada de las obras, pero la imputación de la justicia de Cristo no es en base a obras. El sentido del texto es El que no confía en sus obras, mas pone su fe en Cristo. Ya notamos más arriba que Dios justifica al impío, al pecador, no al justo; si no fuera así, nunca justificaría a nadie, pues no hay justo, ni aun uno. Dios justifica por su gracia, en virtud de los méritos de Cristo al pecador que cree, y entonces lo transforma y renueva a su imagen.

Percibimos que contrariamente a la enseñanza de Roma, la experiencia de la justificación viene al comienzo de la experiencia cristiana, en el momento en que el pecador cree, y no al final, cuando es ya "justo". Además la justificación es por imputación, por medio de un decreto de Dios, y no consiste en un proceso intrínseco al hombre.

El concepto de imputación.—Debemos ahondar un poco más en el significado de la palabra imputación, ya que e

clave, pues es la manera como el pecador es justificado. Pablo no puede pensar en un mejor ejemplo para ilustrar este concepto que la experiencia de Abraham: "Creyó Abraham a Dios y le fue *contado* por justicia". Ya dijimos que en griego esta palabra, *logizomai*, conlleva la idea de acreditar, imputar. Es la palabra que Pablo usa cuando le escribe a Filemón, dando instrucciones con respecto al esclavo Onésimo: "Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta. Yo Pablo lo escribo de mi mano, yo lo pagaré" (File. 1:18-19). Cualquier cosa que él debiera, debía ser transferida, imputada, cargada a la cuenta de Pablo. Y así es como, según la Escritura, el hombre es justificado. El Señor le imputa, le acredita, pone a su cuenta la justicia de Cristo; lo hace justo por imputación.

Recordamos que Roma, en su controversia con Lutero, le acusó de enseñar algo que era más bien una ficción legal, al decir que el hombre, el impío, era declarado justo cuando no lo era en realidad. Es por eso que entender el concepto de imputación, lo que la Biblia quiere decirnos con ello, es de suma importancia, ya que es la única manera en que podemos ser justificados. ¿No puede acaso la imputación de la justicia divina ser algo real, un acto judicial que en efecto se lleva a cabo?

Aunque la naturaleza exacta de la imputación divina será siempre en un sentido un misterio para nosotros, el hecho de la imputación es innegable, y hay directivas para entenderlo. Todo se aclara, por lo menos en gran medida, cuando recordamos que Cristo "fue hecho pecado" por imputación. "Al que no conoció pecado, por nosotros *lo hizo* pecado" (2 Cor. 5:21). ¿Cómo?, cuando "Jehová *cargó en él* el pecado de todos nosotros" (Isa. 53:6).

Cristo fue siempre en sí mismo, en su ser, "santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores" (Heb. 7:26), pero por imputación, porque Dios así lo decretó, él fue hecho pecado,

y tratado como un pecador. Y nadie que acepte la Biblia como la Palabra de Dios podrá decir que todo eso fue una "ficción legal", que Jesús no experimentó de hecho lo que le fue imputado. En el Getsemaní "estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Luc. 22:44). Jesús no estaba aparentando, o pretendiendo sufrir bajo el peso de lo que le había sido imputado. Cuando ya estaba clavado en la cruz, exclamó: "Eli, Eli ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mat. 27:46). Los griegos que escuchaban malentendieron sus palabras; creyeron que llamaba a Elías. Todavía hoy muchos malentienden lo que dijo Jesús. Pero la realidad es que experimentó en toda su crueldad la separación que el pecado, que pesaba sobre él por imputación, significaba.

Y si nuestros pecados fueron efectivamente colocados sobre Cristo nuestro sustituto, también es real la imputación de los méritos de Cristo al pecador arrepentido en el acto de la justificación. Volvamos a las palabras del apóstol: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado; *para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*" (2 Cor. 5:21). Tan real como fue la primera parte, lo que experimentó Cristo, lo es la segunda parte, lo que podemos experimentar nosotros. En el hermoso libro *El Deseado de todas las gentes* encontramos las siguientes palabras:

> Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fue condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la que no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya (pp. 16-17).

Nuestra justificación involucra una transacción maravi-

llosa: nuestros pecados le fueron imputados a Cristo, y ahora su justicia nos es imputada a nosotros. Y en ningún caso es una ficción. Se lleva a cabo por decreto divino, es palabra de Aquel que es verdad, porque "Dios no es hombre para que mienta" (Núm. 23:19). Notemos el siguiente párrafo de la misma pluma que citamos más arriba:

> La gran obra que ha de efectuarse para el *pecador* que está manchado y contaminado por el mal, es la obra de la *justificación*. Este es *declarado* justo mediante Aquel que habla verdad. El Señor le *imputa* al creyente la justicia de Cristo y lo *declara* justo delante del universo. *Transfiere* sus pecados a Jesús, el *representante* del pecador, su *sustituto* y *garantía*. Coloca sobre Cristo la iniquidad de toda alma que cree (1 MS, pp. 459-460).

Aunque hemos tratado de subrayar algunos conceptos básicos de esta cita, quisiéramos señalarlo todavía más, ya que es tan clave. Notemos bien lo siguiente: La obra que debe hacerse a favor del *pecador*, del impío (Rom. 4:4), no del justo, es la obra de la justificación, ¿en qué consiste? El pecador es *declarado* justo por Dios; ¿sobre qué base? El Señor imputa al *creyente* la justicia de Cristo; es para quien cree, para quien acepta a Cristo; es para el *pecador creyente*. Transfiere los pecados a Jesús; los pecados le son imputados a él. Y puede hacerlo porque Cristo es el representante, *sustituto* y garantía del pecador.

"Simul iustus et peccator".—Justificación involucra más que el perdón de los pecados pasados; otorga al creyente un nuevo status en el cual vive mientras se mantenga creyendo en Cristo. La persona aceptada, perdonada, declarada justa no es todavía intrínsecamente justa; en sí misma es pecadora, sigue creciendo; pero mientras avanza lo hace cubierta con la justicia de Cristo. En otras palabras, en un sentido el cristiano es justo, por imputación, y en otro sentido es pecador, lo que

cristiano es justo y pecador al mismo tiempo, simultáneamente (*simul iustus et peccator*).

E. G. White afirmó este concepto con palabras muy similares a las de Lutero: "Somos pecadores por nosotros mismos ["en nosotros mismos" dice en inglés], pero somos justos en Cristo. Habiéndonos hecho justos por medio de la justicia imputada de Cristo, Dios nos declara justos y nos trata como a tales" (1 MS, p. 461). Cuando Cristo fue hecho pecado fue tratado como pecador recibiendo todo el peso del castigo; cuando nosotros somos declarados justos, somos tratados como justos. Notemos todavía lo siguiente:

> Por el valor del sacrificio hecho por ellos [sus discípulos], son estimables a los ojos del Señor. A causa de la justicia imputada de Cristo, son tenidos por preciosos. Por causa de Cristo, el Señor perdona a los que le temen. No ve en ellos la vileza del pecador. Reconoce en ellos la semejanza de su Hijo en quien cree (DTG, p. 621).

11

CRISTO: EL OBJETO DE LA FE

La palabra *fe*, breve como es en nuestro idioma, tiene una importancia crucial en la comprensión del plan de la salvación. Es por fe que "entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios..." (Heb. 11:3); "sin fe es imposible agradar a Dios" (Heb. 11:6). Además "todo lo que no proviene de fe es pecado" (Rom. 14:23) y es por fe que recibimos la justificación (Rom. 3:28), no hay otro camino. El sustantivo *pistis* (fe) y el verbo *pisteuein* (creer) aparecen aproximadamente 240 veces en el Nuevo Testamento. Lucas subrayó la importancia de la fe cuando usó la palabra "creyente" o "los que habían creído" como sinónimo de "cristianos" (Hech. 4:32).

La fe como contenido.—La palabra fe se usa con diferentes énfasis en el Nuevo Testamento. En primer lugar se refiere a las verdades que fueron dadas a los cristianos. Por ejemplo, como lo encontramos en el siguiente texto: "Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos" (Jud. 3). Pablo le advierte a Timoteo que en los postreros días "algunos apostatarán de la fe" (1 Tim. 4:1). En estos textos se refiere al contenido doctrinal que se cree.

La fe como medio.—Pero además se usa en el sentido de la confianza personal en el Señor Jesús. Como lo expresó Jesús: "El que *cree* en mí, tiene vida eterna" (Juan 6:47).

Nos dice el Evangelio que en cierta oportunidad los discípulos le dijeron a Jesús: "Señor, auméntanos la fe" (Luc. 17:5). Si nosotros le pidiéramos hoy lo mismo que ellos pidieron, ¿qué debiéramos esperar? ¿Qué recibiríamos? ¿Qué "aumentaría" en nosotros? ¿Sentiríamos acaso un mayor optimismo, más confianza en nosotros mismos? El Señor Jesús alabó a ciertas personas por tener "mucha fe" y reprochó a otras por tener "poca fe". ¿Cuándo un cristiano tiene mucha fe, y cuándo tiene poca fe?

La fe y su objeto.—Para contestar estas preguntas es indispensable que nos concentremos por un momento, no tanto en la fe, sino en el objeto de la fe. El apóstol Pablo al escribirle a los gálatas describió la era del Nuevo Testamento con las palabras: "pero venida la fe" (Gál. 3:25). No quiso decir que no había fe antes, sino más bien que Cristo, el verdadero objeto de nuestra fe, había venido. En las páginas anteriores hicimos referencia varias veces a "justificación por la fe"; debiéramos recordar que esta expresión es una forma abreviada de decir "justificación por la fe *en Cristo*." Cristo es el objeto de la fe. La fe que no se centra en Cristo no es la fe de la que habla la Biblia, porque "en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12).

No es de sorprenderse que el enemigo de Dios y del hombre haya tratado de distraer la atención del hombre para que confíe en cualquier otra cosa, menos en Cristo, "el autor y consumador de la fe" (Heb. 12:2). Nos relata el Evangelio que en cierto día de sábado Jesús estaba enseñando en la sinagoga, y la gente se admiraba de su doctrina. De pronto un hombre de los presentes, que tenía un "espíritu inmundo", comenzó a dar voces, interrumpiendo así la predicación del Maestro. Comentando sobre este incidente, E. G. White dice: "Todo quedó entonces en confusión y alarma. La atención se desvió

de Cristo, y la gente ya no oyó sus palabras. *Tal era el propósito de Satanás al conducir a su víctima a la sinagoga*" (DTG, p. 22). Y sus intenciones no han cambiado; de toda manera posible quiere apartar la vista de la gente del Señor Jesús, quiere desviar la fe hacia otro objeto. Y en la medida en que él logra que apartemos la fe de Cristo a otro objeto, no importa qué sea, habrá logrado su objetivo. Consideremos por un momento algunos de esos "objetos" espúreos de fe.

Los sacramentos.—En la enseñanza de la Iglesia Católica Romana la gracia de Dios viene al alma a través de los sacramentos u otros intermediarios. El conocido Cardenal Gibbons dice que "un sacramento es una señal visible instituida por Cristo a través de la cual la gracia es otorgada al alma" (*The Faith of Our Fathers*, p. 218). La Iglesia tiene siete sacramentos, desde el bautismo, el primero, hasta la extremaunción, que proveen asistencia "desde la cuna hasta la tumba." Los sacramentos tienen virtud en sí mismos. El sacerdote católico Víctor Drees explicó lo siguiente en su libro *A Pictorial Explanation of the Seven Sacraments*:

> Cuando se derrama el agua sobre la cabeza de una persona al ser bautizada, este acto nos asegura que el pecado original ha sido quitado y que el alma ha sido imbuida de la gracia santificadora. Cuando la persona ha confesado sus pecados con contrición y oye las palabras de absolución del representante de Dios, el sacerdote, puede estar segura de que sus pecados han sido perdonados (p. 1).

Toda esta mediación humana y sacramental ha desplazado a Cristo del lugar prioritario que debe ocupar; la fe se centra en la Iglesia y su ministración. Ya había anunciado el profeta Daniel muchos siglos antes que la verdad sería echada por tierra (Dan. 8:12).

Las doctrinas.— Hay cristianos que jamás pondrían su fe en los sacramentos o en mediadores humanos, pero con fre-

cuencia ponen su fe en las doctrinas, y creen que si tienen la verdad, si pueden dar algún texto y alguna cita para probar que lo que creen es correcto, entonces están seguros. Más o menos como los judíos en tiempos de Cristo; si podían rastrear su genealogía hasta Abraham, y decir "nuestro padre es Abraham" (Juan 8:39), entonces se sentían orgullosos y seguros, aun al rechazar al mismo Mesías con quien estaban hablando. Aunque las doctrinas son muy importantes, en sí no salvan; quien salva es el Señor Jesús, quien entonces nos inspira y ayuda a obedecer su Palabra.

Las obras.—Es posible que el engaño más sutil que el enemigo ha usado y con más éxito para desviar la atención de Cristo, es hacer que el hombre confíe en alguna manera en lo que hace, en sus logros, en sus buenas obras. Esto había llegado a ser el corazón de la religión judaica, típicamente reflejada en la actitud del fariseo que fue al templo a orar, y pasó el tiempo informándole a Dios de todo lo que hacía y cuán bueno era; por supuesto que este hombre descendió a su casa sin ser justificado (Luc. 18:9-14). Y es sutil, digo, porque las buenas obras son parte de la vida cristiana; pero nunca son meritorias, nunca ganan el favor de Dios. Son más bien, o debieran ser, evidencias, frutos de nuestra unión con él (Juan 15:5).

Los sentimientos.—Hay todavía otros que se concentran en sus sentimientos, en sus emociones, y creen que la manera en que sienten es una indicación de su aceptación o rechazo por Dios. "Muchos cometen un serio error en su vida religiosa al fijar su atención en sus sentimientos y de esa manera juzgan su avance o su retroceso" (5 T, p. 199). Las emociones son tan mutables como las nubes, por lo que debemos tener algo más firme, más sólido; y qué puede ser más sólido que el Señor Jesucristo, quien es "el mismo ayer, y hoy, y por lo siglos" (Heb. 13:8).

El carácter.—Hay cristianos que con la mejor intención hacen de su carácter la preocupación absorbente de su vida cristiana. Recuerdan que el carácter es lo único que llevaremos de este mundo al cielo, por lo tanto se empeñan en perfeccionarlo para poder así reflejar el carácter de Cristo; procuran imitar al modelo. Y al mismo tiempo olvidan que la salvación no es por imitación, que es un don de Dios que se recibe por fe, y olvidan al mismo tiempo que el carácter es el resultado de la unión con Cristo lo cual se reflejará en un carácter cada vez más a su semejanza. Pero es posible la exageración. Teológicamente se denomina "perfeccionismo" a la concentración exagerada en el carácter, como medio de aceptación por Dios. Somos transformados por medio de lo que contemplamos, por eso la Escritura nos insta a poner "los ojos en Jesús" (Heb. 12:2) y no en nosotros mismos.

La fe .—¿Pero cómo puede la fe llegar a ser objeto de la fe? Es posible pensar en la fe como en una posesión propia, y poner la confianza en el grado de fe que uno piensa que tiene. Pero la fe es un don de Dios que nos permite aceptar los méritos de Cristo. La fe no nos salva; es Cristo quien salva. Notemos cómo lo expresa E. G. White:

> Por la fe recibimos la gracia de Dios *pero la fe no es nuestro salvador*. No nos gana nada. Es la mano por la cual nos asimos de Cristo, y nos apropiamos de sus méritos, el remedio por el pecado (DTG, p. 147).

En realidad fe es el don de Dios que nos capacita para vencer nuestro propio egoísmo y confianza propia, nos ayuda a reconocer nuestra falta de justicia y santidad, y nos mueve a mirar y confiar en Cristo como nuestra única esperanza. La fe es sólo un instrumento que nos permite recibir el regalo de la justificación.

Podemos decir que el único objeto de la fe que salva es

Cristo; somos justificados por la fe en él, y por eso nada se debe interponer entre el alma y Cristo. Si observamos con cierta detención un par de pasajes bíblicos, notaremos cuán claro hizo este concepto el Señor Jesús mismo.

En primer lugar vayamos a Lucas 7:1-10. El Señor Jesús había entrado a la ciudad de Capernaum. Allí vivía un centurión quien tenía un siervo muy querido que estaba a punto de morir. Cuando él oyó que Jesús estaba en la ciudad, "le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo". Ya sabemos que la religión judía se había tornado en algo muy legalista; los judíos creían que Dios recompensaba a quienes lo merecían. Estos religiosos vinieron a Jesús, y veamos en qué basaron su pedido: "es *digno* de que le concedas esto; porque ama nuestra nación y nos edificó una sinagoga". Según ellos, el centurión había hecho suficientes méritos para que Jesús atendiese su pedido. Jesús no dijo nada, sólo siguió su camino para encontrarse más adelante con otra delegación que venía de parte del centurión; esta vez eran unos amigos de él, y le trajeron un mensaje directo del interesado: "Señor, no te molestes, pues *no soy digno* de que entres bajo mi techo; por lo que *ni aun me tuve por digno* de venir a ti; pero di la palabra y mi siervo sanará". El incidente termina así: "Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose dijo a los que le seguían: os digo que *ni en Israel he hallado tanta fe*".

El hombre tuvo mucha fe cuando sintió su indignidad de tal manera que lo movió a confiar totalmente en Cristo: "Di la palabra y mi siervo sanará". ¡Qué bien ilustra este incidente lo que decíamos más arriba, que Cristo es el objeto de la fe, no el hombre, o sus obras, por buenas que éstas sean! "No hay nada al parecer tan débil, y no obstante tan invencible, como el alma que siente su insignificancia y confía por completo en los méritos del Salvador" (MC, pp. 136-137).

Veamos ahora otro incidente, donde Jesús amonestó a uno de sus propios discípulos por tener poca fe. El incidente está registrado en Mateo 14:22-23, y es muy conocido. Jesús había pedido a sus discípulos que cruzaran el Mar de Galilea mientras él despedía a la multitud que lo había estado escuchando. Los discípulos lucharon con los vientos y las olas, y además con las sombras de la noche que habían caído sobre el mar. Pero en cierto momento Jesús se acercó a ellos caminando sobre las aguas embravecidas. Los discípulos al principio se turbaron, pensando que se trataba de un fantasma; Jesús se dio a conocer, lo cual calmó el nerviosismo de los agobiados discípulos. Fue entonces cuando Pedro, siempre pronto para hablar y para actuar, le pidió a Jesús que le permitiera, al igual que él, caminar sobre las aguas. Y Jesús le dijo: "Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre la aguas para ir a Jesús" (v. 29). Por alguna razón, debido al viento fuerte, y a las olas, quitó su vista de Jesús por un instante, y comenzando a hundirse, dio voces pidiendo auxilio.

En el libro *El Deseado de todas las gentes* encontramos la siguiente observación: "Mirando a Jesús, Pedro andaba con seguridad; pero cuando con satisfacción propia, miró hacia atrás, a sus compañeros que estaban en el barco, sus ojos se apartaron del Salvador" (p. 344). Fue entonces, al quitar los ojos de Jesús, cuando notó las olas y el viento, y empezó a hundirse.

Este relato termina diciendo que Jesús, "al momento, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: "¡Hombre de *poca fe*! ¿Por qué dudaste?" (v. 31). Pedro demostró tener poca fe cuando con cierta seguridad y satisfacción propia pensó que podía caminar sobre las aguas por sus propias habilidades. Lo que Jesús le quiso decir en realidad fue, "Pedro, ¿por qué quitaste tu vista de mí?; tú sólo no puedes". Tener mucha fe o poca fe está directamente relacionado con la medida en que

logramos olvidarnos de nosotros mismos y confiar plenamente en Cristo. Fe es sólo el instrumento para asirnos de los méritos divinos. La fe es algo así como un cheque; el valor del cheque es sólo instrumental, permite acceso al banco, donde está guardado el tesoro.

La Escritura es muy clara al afirmar que la salvación es un regalo de Dios, al alcance de todo aquel que apartando su atención de sí mismo, contempla la cruz y acepta lo que fue hecho a su favor, solamente en base a la Palabra de Dios. En 1889, unos pocos meses después de la celebrada reunión de la Asociación General en Minneápolis, la señora White predicó un sermón en el que dijo:

> ¿Y qué es creer? Es aceptar plenamente que Jesucristo murió como nuestro sacrificio; que él se hizo maldición por nosotros, que tomó nuestros pecados sobre sí mismo, y nos imputó su propia justicia. Por eso reclamamos esa justicia de Cristo, creemos en ella, y es nuestra justicia. El es nuestro Salvador. Nos salva porque dijo que lo haría (FO, p. 70).

Debemos señalar todavía que la fe genuina, la fe que hace de Cristo su objeto supremo, no es una experiencia mística, ni es irracional; Dios espera de sus hijos un "culto racional" (Rom. 12:1) y para tal efecto "Dios da suficiente evidencia en que basar la fe" (PP, p. 460). La fe genuina es un compromiso radical de toda la persona con Dios, un compromiso que involucra todo el ser: el intelecto, las emociones, la voluntad.

En primer lugar, funciona a nivel del intelecto; como ya dijimos, la fe es contenido. Debe reconocer la verdad de la Escritura como revelación de Dios, y el plan de la salvación como algo verdadero, objetivo, provisto por el cielo. El cristiano debe creer "algo", la realidad objetiva de la Palabra de Dios. Si no hubiera ningún contenido concreto, ¿qué creería?

El apóstol Pablo escribió a los romanos: "¿Cómo pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?" (Rom. 10:14) Y agrega más adelante que "la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Rom. 10:17). Es al oír, al conocer la palabra de Dios, que se obtiene la base para creer con certeza lo que allí está escrito. Pero una fe que es solamente intelectual no es una fe verdadera. Fe es más que asentir a ciertas doctrinas. Del intelecto debe bajar al corazón, a las "emociones", debe afectar la vida íntima. Creer que Jesús murió por los pecados del mundo es una verdad bíblica, pero a menos que el hombre crea que eso lo incluye a él, sus pecados, esa fe no salva. Fe llega a ser algo personal entre el hombre y Dios. Nadie puede contemplar el amor de Dios manifestado en el Calvario sin emocionarse y sentir profunda gratitud en el alma.

Pero creer al nivel de la mente, y aun del corazón no es suficiente; nos dice Santiago que "también los demonios creen, y tiemblan" (2:19); creen y se emocionan, pero de nada les sirve. La fe también involucra la voluntad, es dinámica. La fe genuina mueve al hombre a decidirse por Dios, a poner sus pies en la senda trazada por el Maestro; lo mueve no sólo a creer, sino a confiar, a entregarse a Dios sin reservas. Involucra dedicación, "buscar primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mat. 6:33).

La fe que salva crea en el alma del creyente una actitud de obediencia, sencillamente porque ha reconocido que Dios lo ama y que sabe mejor qué es lo que le conviene. El cristiano que se ha encontrado con Cristo, y por fe lo ha aceptado, va a avanzar por la vida con la pregunta del apóstol Pablo en sus labios, la pregunta que hizo cuando se encontró con Jesús: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" (Hech. 9:6).

Quisiéramos hacer referencia todavía a un incidente registrado en el Evangelio de Juan que ilustra muy bien lo que es

fe en Cristo. Vivía en Capernaum un oficial del rey cuyo hijo estaba muy enfermo, aparentemente al borde de la muerte. Providencialmente, uno diría, se enteró de que Jesús estaba pasando por Caná. Animado por amigos que habían oído de las maravillas que Jesús había hecho, decidió hacer el viaje a Caná con el propósito de entrevistarse con el Maestro y pedirle que sanara a su hijo. La distancia que mediaba entre las dos ciudades era de unos 25 kilómetros, por lo que le tomaría varias horas recorrer esa distancia a pie. Citaremos algunas líneas de *El Deseado de todas las gentes* que en forma tan especial trata sobre el viaje de este oficial y su encuentro con Jesús:

> Al llegar a Caná, encontró que una muchedumbre rodeaba a Jesús. Con corazón ansioso, se abrió paso hasta la presencia del Salvador. Su fe vaciló cuando vio tan sólo a un hombre vestido sencillamente, cubierto de polvo y cansado del viaje. Dudó de que esa persona pudiese hacer lo que había ido a pedirle; sin embargo, logró entrevistarse con Jesús (DTG, p. 167-168).

Jesús no se escandalizó porque el oficial "dudó", y porque "su fe vaciló". Al fin de cuentas el pobre hombre no lo conocía, y tenía expectativas equivocadas de lo que iba a encontrar. Conociendo a los sacerdotes y rabinos, él imaginaba encontrar un personaje imponente, lujosamente ataviado. La sencillez del Mesías lo desorientó. Jesús no lo reprochó, pero tampoco le otorgó de inmediato lo que le pedía, sino que comenzó a conversar con él; y entre otras cosas le dijo: "Si no viereis señales y prodigios, no creeréis" (Juan 4:48). El propósito evidente de Jesús fue detener al oficial por un momento en su presencia para que lo conociera, para que pudiera escuchar sus palabras, comprender su amor y su interés por él. Evidentemente, mientras el oficial estaba en la presencia del Maestro y lo escuchaba, se olvidó de su aparien-

cia personal y nació en su corazón una fe, una confianza en su nuevo amigo que nunca había imaginado posible. Entonces Jesús le dijo: "Ve, tu hijo vive", se ha concedido tu pedido. El Evangelio dice escuetamente que "el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue" (v. 50). No argumentó, no pidió pruebas: creyó la palabra de Jesús, y se fue.

Hay dos cosas de mucho interés que queremos notar: (1) La fe en Cristo trajo paz a su alma, ya que "el noble salió de la presencia de Jesús con una paz y un gozo que nunca había conocido antes. No sólo creía que su hijo sanaría, sino que con firme confianza creía en Cristo como su Redentor" (DTG, p. 169). Pero lo que es de veras revelador, (2) es que no se apresuró a regresar a su casa. No regresó sino hasta el día siguiente. Fue tal su confianza en las palabras que oyó que le permitió pasar el resto del día y la noche en Caná. Es fácil imaginar que quedó en casa de algún amigo o pariente compartiendo las buenas nuevas, lo que había sucedido en su entrevista con Jesús.

Al acercarse a su casa al día siguiente, las noticias del restablecimiento de su hijo no le sorprendieron; él ya lo sabía; lo había aceptado por fe. Notemos lo siguiente en cuanto a su regreso:

> No llegó a Capernaum hasta la mañana siguiente; y ¡qué regreso fue aquél! Cuando salió para encontrar a Jesús, su corazón estaba apesadumbrado. El sol le parecía cruel, y el canto de las aves, una burla. ¡Cuán diferentes eran sus sentimientos ahora! Toda la naturaleza tenía otro aspecto. Veía con nuevos ojos. Mientras viajaba en la quietud de la madrugada, toda la naturaleza parecía adorar a Dios con él (DTG, p. 169).

Fue al contemplar a Jesús y escuchar sus palabras como nació la fe en su alma, una fe que le permitió aceptar sin reservas lo que Jesús le dijo. Y el oficial regresó a Capernaum

no sólo a disfrutar de la bendición recibida, sino a compartirla con su familia, "creyó él con toda su casa" (v. 53), y su testimonio se difundió por toda la ciudad: "el oficial de la corte y su familia testificaban gozosamente de su fe. Cuando se supo que el Maestro mismo estaba allí, toda la ciudad se conmovió. Multitudes acudieron a su presencia" (DTG, pp. 217-218).

12

LA REGENERACION

Cuando el ángel del Señor le habló en sueños a José con respecto al hijo de María, pronunció algunas palabras llenas de un profundo significado: "Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. 1:21). El pecado, como vimos más arriba, no sólo separó al hombre de Dios y lo hizo culpable, sino que también depravó su misma naturaleza. El hombre perdió la capacidad de actuar y de funcionar de acuerdo al plan con que había sido creado. Es por eso que la misión de Cristo, la de "salvar a su pueblo de sus pecados", tiene que ver no sólo con perdón y reconciliación, no sólo con declarar justo al impío delante del universo, sino también con la transformación y renovación de su propia naturaleza. En otras palabras, la redención del hombre incluye un aspecto *objetivo*, lo que Dios hizo *a favor* del hombre, como también un aspecto *subjetivo*, lo que la gracia y el poder de Dios hacen *en el* hombre. El hombre redimido por la gracia de Dios disfruta no sólo de una nueva relación, una nueva posición, sino también de un nuevo corazón. Y estos dos aspectos van juntos; no pueden ir separados; es tan indispensable el uno como el otro; porque Dios justifica al que cree, no al incrédulo.

La Escritura usa varias figuras para ilustrar este aspecto subjetivo de la obra de Cristo en el alma de la persona que se entrega a él. En el Antiguo Testamento la llama comúnmente circuncisión del corazón: "Y circuncidará Jehová tu Dios tu

corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas" (Deut. 30:6). Además habla de un cambio de corazón: "Y os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (Eze. 36:26). El Nuevo Testamento habla de un nuevo nacimiento (Juan 3:3, 5); de vida nueva (Rom. 6:4); de que estamos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo (Rom. 6:11); de una nueva creación (2 Cor. 5:17); y de resurrección (Efe. 6:5).

El término teológico para referirse a este cambio, o al inicio de este cambio en la vida del pecador es **regeneración**. Esta palabra transliterada del griego sería *palingenesia*, vocablo que está compuesto de dos palabras: *palin* y *genesia* o génesis. La palabra *palin* significa "otra vez", o "de nuevo", por lo que *palingenesia* significa un nuevo génesis o un nuevo comienzo. Los griegos la usaban en un sentido secular; ellos tenían un concepto circular de la historia, en vez de linear, como es el nuestro. Para ellos todo volvía a repetirse. Después del verano venía el otoño, donde todo se marchitaba, luego el invierno donde todo parecía morir, para volver a surgir a la vida en la primavera, a lo que llamaban *palingenesia* o regeneración. Todo volvía a la vida después de estar muerto.

Los escritores del Nuevo Testamento utilizaron esta palabra—y a veces el concepto sin mencionar la palabra—para expresar una gran verdad de la redención. Escribiendo a los efesios, Pablo dice "y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados" (Efe. 2:1). Así es la realidad del hombre, está espiritualmente muerto, es por naturaleza "hijo de ira" (Efe. 2:3), pero Dios le da vida, lo renueva, lo recrea. La gracia de Dios lo revive y llega a ser "una nueva creación" (2 Cor. 5:17).

La palabra regeneración se encuentra dos veces en el Nuevo Testamento, y con significados diferentes. En Mateo

19:28 se refiere a la regeneración de todas las cosas, al tiempo de la segunda venida de Cristo. Tiene aquí un alcance cósmico, cuando se cumplirá lo profetizado por Isaías: "porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá más memoria..." (Isa. 65:17), y será una realidad lo esperado por Pedro y los cristianos de todos los tiempos: "Porque nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia" (2 Ped. 3:13). Porque desde que entró el pecado "toda la creación gime a una" (Rom. 8:22), esperando el momento de la restauración.

Pero también se usa refiriéndose a la transformación del individuo. El apóstol Pablo escribió:

> Porque cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con nosotros, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por el lavamiento de la *regeneración*, y por la renovación en el Espíritu Santo (Tito 3:4- 5).

La regeneración en este texto es la renovación efectuada por el Espíritu Santo, no debido a nuestros méritos, sino debido al gran amor de Dios para con nosotros.

Con frecuencia se usa la expresión "nuevo nacimiento" como un sinónimo de regeneración, y lo es; aunque es posible ver la "regeneración" como el inicio de la nueva vida, y el "nuevo nacimiento" más bien como el resultado visible de esa nueva vida; pero indudablemente, ambos términos se refieren al cambio que se opera en el individuo al restablecerse la sintonía con el cielo.

No hay duda que el pasaje por excelencia en el Nuevo Testamento que alude a este milagro del "nuevo génesis" se encuentra en Juan 3, donde se describe la entrevista nocturna de Jesús con Nicodemo, un príncipe de los judíos. Este pasaje es Juan 3:1-15. Notaremos sólo algunos aspectos fundamen-

tales que se desprenden de la entrevista.

El interlocutor.—Es de por sí revelador detenerse por un momento en Nicodemo, el personaje que fue a entrevistar a Jesús, ¿quién era él? Un principal de los judíos, lo que significa que era miembro del Sanedrín. Además era fariseo; sabemos que los fariseos eran muy respetuosos de la ley y muy celosos en vivir de acuerdo a todos sus requerimientos. Era "maestro de Israel"; no hay duda que era una persona de altos principios morales, irreprochable. Pero Jesús le dijo, sin que quedara lugar para malentendidos, que todo eso no era suficiente, o más bien, que no era eso lo que Dios requería. Le dijo claramente que "el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios" (v. 3). No le pidió que hiciera más, que fuera un poco más celoso en el cumplimiento de sus deberes religiosos; lo que Nicodemo necesitaba era el poder recreador de Dios en el alma, ya que el ser cristiano no es en esencia ser bueno, sino ser renovado, transformado, lo que, por supuesto, lo hace bueno.

Similar había sido la experiencia del apóstol Pablo; él también era fariseo, celoso al punto de perseguir a la Iglesia; y podía decir con jactancia que en cuanto a la justicia que es en la ley, era "irreprensible" (Fil. 3:6). En su encuentro con Jesús se dio cuenta que sus esfuerzos y su celo estaban mal enfocados, y fue entonces cuando hizo aquella declaración extraordinaria:

> Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (Fil. 3:7-9).

El nuevo nacimiento es indispensable.—Jesús le dijo a Nicodemo dos cosas notables en cuanto al nuevo nacimiento. En primer lugar, que el que no naciere de nuevo no puede *ver* el reino de Dios (v. 3). Una persona no convertida, "carnal" no puede entender las cosas de Dios porque "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Cor. 2:14); "la palabra de la cruz es locura para los que se pierden" (1 Cor. 1:18).

En segundo lugar, la persona que no nace de nuevo no puede *entrar* en el reino de Dios. No podría estar más claro. El nuevo nacimiento, la regeneración, es indispensable en el plan de Dios para reclamarnos para su reino. Estas palabras de Jesús, la indispensabilidad del nuevo nacimiento, desmienten dos conceptos populares de nuestros días. En primer lugar, el concepto **optimista** que caracteriza al hombre moderno, es decir, que el hombre es básicamente bueno, que puede perfeccionarse si se dan las condiciones ideales; que la doctrina del pecado, de la depravación natural del hombre, es algo exagerado. A esta idea Jesús dice: ¡no! el hombre *debe* nacer de nuevo si quiere ver el reino de Dios. Al mismo tiempo desarma el concepto opuesto, **pesimista**, que dice que el hombre no puede cambiar, que todo está determinado, que éste está a merced de fuerzas externas que todo lo dominan. A los tales Jesús también dice: ¡no! El cambio interno, el nuevo nacimiento *es* posible. Dios está por encima de todas las cosas y en control, aun del corrompido corazón del hombre.

El nuevo nacimiento es de "arriba".—La palabra que se ha traducido al español en la mayoría de las versiones como "de nuevo" significa literalmente "de arriba". La Biblia de Jerusalén traduce "el que no nazca de lo alto"; la versión Nácar-Colunga "el que no naciere de arriba", y la nueva KJV

(versión del Rey Jacobo en inglés) rinde al margen "unless one is born from above" (a menos que alguien nazca de lo alto). En otras palabras, lo que Jesús le dijo a Nicodemo es que el cambio de corazón es la obra de Dios; no lo logra el hombre por decisión o esfuerzo personal. Así como la creación del mundo, según lo relata el Génesis, fue obra exclusiva de Dios, de la misma manera lo es la regeneración, el nuevo génesis; "*os daré* corazón nuevo" (Eze. 36:26) anunció el Señor. Y es la obra de Dios sencillamente porque el hombre natural está *muerto* en delitos y pecados (Efe. 2:1), y un muerto no puede darse vida a sí mismo. Cuando Lázaro se encontraba en la tumba, el Señor tuvo que llamarlo con autoridad divina: "¡Lázaro, ven fuera!" (Juan 11:43) para que se hiciera el milagro y Lázaro volviera a la vida. Lo mismo es verdad en el terreno espiritual. Dice E. G. White:

> Para levantar a los espiritualmente muertos, crear nuevos gustos, nuevos motivos, se requiere una manifestación tan grande de poder como para levantar a alguien de la muerte física (*R & H*, 2 de diciembre de 1901).

Por supuesto que el hombre *debe* responder, no es sólo un ente pasivo. En otro lugar la señora White añade:

> *Cuando el alma se entrega a Cristo*, un nuevo poder se posesiona del nuevo corazón. Se realiza un cambio que ningún hombre puede realizar por su cuenta. Es una obra sobrenatural que introduce un elemento sobrenatural en la naturaleza humana (DTG, p. 291).

El agente transformador es el Espíritu Santo, el Consolador, quien trabaja en forma imperceptible, como el viento, que no "se sabe de dónde viene, ni a dónde va" (Juan 3:8), que llama y que "intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. 8:26).

El nuevo nacimiento y la cruz.—Nicodemo quedó apa-

rentemente desconcertado por las palabras de Jesús. Fue tomado por sorpresa. No logró involucrar a Jesús en discusiones teóricas, sino que oyó cosas que nunca había oído antes. La reacción del erudito fariseo se deja de ver en las palabras de Jesús: "no te maravilles de que te dije: os es necesario nacer de nuevo" (v. 7). Pero Nicodemo, maravillado pregunta a su vez a Jesús: "¿Cómo puede hacerse esto?" (v. 9), a lo que Jesús respondió primero con un suave reproche: "¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?" (v. 10). ¿Qué has estado enseñando todo este tiempo? Pero enseguida lo llevó a la cruz que se levantaría en el Calvario poco tiempo después: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado" (v. 14).

La misma palabra, "levantado" se encuentra más adelante en el Evangelio en relación directa con la muerte de Cristo: "Y yo, si fuere *levantado* de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte había de morir" (Juan 12:32-33). En el desierto Moisés, por orden divina, había levantado una serpiente de bronce, para que aquellos que habían sido mordidos por la serpiente y estaban condenados a morir, pudieran mirar y ser curados. Al respecto se nos dice:

> El alzamiento de la serpiente de bronce tenía por objeto enseñar una lección importante a los israelitas. No podían salvarse del efecto fatal del veneno que había en sus heridas. Solamente Dios podía curarlos. Se les pedía, sin embargo, que demostraran su fe en lo provisto por Dios. Debían mirar para vivir. Su fe era lo aceptable para Dios, y la demostraban mirando la serpiente. Sabían que no había virtud en la serpiente misma, sino que era un símbolo de Cristo; y se les inculcaba así la necesidad de tener fe en los méritos de él (PP, p. 457).

¿Cómo puede esto hacerse? ¿Cómo puede el hombre manchado por el pecado nacer de nuevo? Contemplando la

cruz; es contemplando que somos transformados. "Cuando el pecador, atraído por el poder de Cristo, se acerca a la cruz levantada y se postra delante de ella, se realiza una nueva creación. Se le da un nuevo corazón; llega a ser una nueva criatura en Cristo Jesús" (PVGM, p. 127). Un himno conocido lo expresa muy bien:

¿Quieres ser salvo de toda maldad?
Tan sólo hay poder en mi Jesús.
¿Quieres vivir y gozar santidad?
Tan sólo hay poder en Jesús.

Hay poder, sí, sin igual poder
en Jesús, quien murió;
hay poder, sí, sin igual poder
en la sangre que él vertió.

¿Pero qué es, en esencia, el nuevo nacimiento? Cuando la Biblia habla de un "nuevo corazón" evidentemente no se refiere a un "transplante"; aunque se introduce en el alma un nuevo principio de lo alto, lo antiguo no es erradicado en el momento de la regeneración. La vida cristiana es una lucha entre fuerzas antagónicas. Notemos el consejo que el apóstol Pablo da a los miembros de la Iglesia de Galacia:

> Dijo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, y estos dos se oponen entre sí... (Gál. 5:16-17).

Con respecto a la experiencia del propio apóstol, se nos dice:

> Pablo sabía que su lucha contra el mal no terminaría mientras durara la vida. Siempre comprendía la necesidad de vigilarse severamente para que los deseos terrenales no se sobrepusieran a su celo

> espiritual. Con todo su poder continuaba luchando contra las inclinaciones naturales (HA, p. 253).

Pero en Cristo la victoria debe ser segura, "en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Rom. 8:35); "gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Cor. 15:57). El cristiano, mientras se mantiene unido con Cristo puede vivir victoriosamente, manteniendo sujeta "la naturaleza baja a la superior" (Ed., p. 54), hasta el momento final cuando el Señor "transformará el cuerpo de nuestra bajeza, para ser semejantes al cuerpo de su gloria..." (Fil. 3:20-21). La palabra regeneración, nuevo génesis, nos hace mirar al génesis original, cuando Dios creó al hombre del polvo de la tierra, cuando lo creó "a su imagen" (Gén. 1:26-27).

Dios creó el hombre a su imagen y semejanza, era perfecto, "bueno en gran manera" (Gén. 1:31), junto con el resto de la creación. Pero el pecado afectó la obra maestra de Dios, depravó su naturaleza, borró, o por lo menos distorsionó la imagen de Dios en el hombre. Es por eso que el propósito de la redención es restaurar lo que se perdió por el pecado, porque "nosotros todos, mirando a cara descubierta la gloria del Señor, somos *transformados* de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Cor. 3:18). Las palabras del E. G. White son muy conocidas:

> El pecado mancilló y casi borró la semejanza divina...[por eso] la obra de la redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, hacerlo volver a la perfección con que había sido creado (Ed., p. 13).

¿Qué es lo que debe ser restaurado? ¿Qué fue lo que se perdió por causa del pecado? ¿En qué consistía la imagen original? La mejor manera de contestar estas preguntas es

recordando que el Señor Jesús es el hombre perfecto, el ejemplo insuperable de lo que Dios quiere que nosotros seamos, porque "él es la imagen del Dios invisible" (Col. 1:15), "la imagen misma de su sustancia" (Heb. 1:3), o la "representación exacta" como una versión traduce esta expresión.

Cuando nos detenemos a contemplar la vida de Jesús notamos que lo que resalta, lo que es central, es su amor incomparable. Su obediencia y lealtad al Padre es perfecta, y su amor por el hombre es insuperable. Aun en la hora de su suprema angustia las palabras "hágase tu voluntad" (Mat. 26:42) no se apartaron de sus labios; porque estaba consciente de que la suerte de la humanidad estaba en juego. Cuando el hombre fue creado fue equipado para funcionar perfectamente en estas dos dimensiones—vertical y horizontal—estaba equipado para amar a Dios supremamente y a su prójimo como a sí mismo. El pecado distorsionó esta capacidad; el amor fue reemplazado por el egoísmo. En vez de estar dirigido a Dios y al prójimo, el interés del hombre caído se centra en sí mismo. En vez de adorar a Dios, adora dioses de su propia fabricación; en vez de amar y servir al prójimo, lo usa, lo explota para sus propios fines egoístas.

Por causa del pecado la imagen de Dios se ha pervertido de tal manera que el hombre no puede funcionar propiamente. La imagen no fue borrada, pero sí pervertida, y necesita ser restaurada. Y la restauración se lleva a cabo en el proceso de la redención. Este proceso comienza con la regeneración, cuando Dios le da al hombre un nuevo comienzo que lo une con Cristo, la vid verdadera, y lo capacita para llevar fruto para la gloria de Dios y para bendición del prójimo; y se continúa durante la santificación, un proceso que dura toda la vida. La santificación es la restauración progresiva de la imagen de Dios en el hombre, lo que lo habilita para funcionar otra vez

de acuerdo al plan original de Dios, donde su centro de atención vuelve a ser Dios y su prójimo, y no él mismo. Así resumió Jesús el todo del hombre; cuando los fariseos le pidieron su opinión en cuanto al "gran mandamiento de la ley", él respondió simplemente:

> Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. 22:37-39).

13

LA PERFECCION CRISTIANA

En los capítulos anteriores hemos notado que la obra de Cristo a favor del pecador incluye *justificación*, un acto declarativo de Dios por medio del cual el hombre es restaurado al favor de Dios, y *regeneración*, el polo subjetivo de la justificación, el cambio que ocurre en el corazón, y trae en su estela una total reorientación de la vida en armonía con los principios divinos. Justificación significa la imputación de la justicia de Cristo y regeneración la participación en esa justicia. La primera tiene que ver con el perdón del pecado, la segunda con la limpieza del pecador. Mientras en la justificación Dios *declara* justo al impío, en la regeneración comienza el proceso de *hacerlo* justo, de transformarlo.

La justificación es *total*, en el sentido de que Dios no declara justo a nadie sólo a medias; la aceptación y el perdón es total. En cambio la regeneración es *parcial*, incompleta, ya que es el *inicio* de un proceso, aunque ese comienzo significa un rompimiento total y definitivo con la pasada manera de vivir. Ser cristiano no significa una transformación instantánea, sino un proceso que se prolonga durante toda la vida, al cual conocemos como santificación, en el cual se profundiza el amor a Dios y al prójimo. El blanco, el propósito de la santificación es la restauración total de la imagen de Dios en el hombre, tal como éste era cuando salió de las manos del Creador.

Una de las preguntas que inquieta a muchos cristianos es en

cuanto al momento cuando este proceso llegará a su culminación. ¿Es algo que sucederá en el futuro o puede esperarse realísticamente en esta vida? Un texto que siempre figura prominente en estas discusiones contiene las palabras del mismo Jesús: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48). Es interesante notar que este texto ha sido motivo de discusión y objeto de diferentes interpretaciones a lo largo de la historia de la Iglesia. Las interpretaciones han variado desde el extremo de aquellos que rechazaron estas palabras como inauténticas, ya que parecían pedir algo imposible, hasta aquellos que sostenían, y sostienen con cierto fanatismo, que es posible que el hombre sea restaurado en esta vida a la inocencia de Adán antes de la caída.

En el siglo V Pelagio usaba como su caballito de batalla la idea de que Dios no pediría algo que fuera imposible lograr; y que desde el momento que él nos pide que seamos perfectos, la perfección es posible. Por supuesto que Pelagio, como ya hemos notado, tenía un concepto muy superficial de lo que es el pecado. Según él, el hombre nace con la capacidad de obedecer perfectamente; el pecado es sólo un mal hábito que puede ser vencido por un acto de la voluntad.

Vamos a mirar con cierta detención las palabras de Jesús, porque son auténticas; aunque han sido y pueden ser mal entendidas, contienen un mensaje claro y necesario para todo hijo de Dios.

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48). El texto es breve, y aparentemente fácil de entender, y lo es, a menos que uno tenga ideas preconcebidas que quiera imponer sobre él. Resaltaremos el aspecto lingüístico —el significado de las palabras— como también el contexto en que se encuentran.

Aspecto lingüístico.—Todos sabemos que el Nuevo Tes-

tamento no fue escrito en español, sino en griego, y que muy posiblemente Jesús pronunció estas palabras en arameo, el idioma hablado en Palestina en su tiempo. Nosotros nos valemos de traducciones, muy buenas por cierto, pero es siempre conveniente examinar las palabras en el idioma original.

Sed.—Esta palabra en nuestro idioma suena como una orden, como un imperativo: "Sed perfectos"; es interesante que el verbo "ser" en griego está en tiempo futuro. La versión Bover-Cantera así lo traduce: "*Seréis*, pues perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". Aunque naturalmente contiene la idea de lo que Dios espera de sus hijos, no es un imperativo en el sentido de "sed", pues parecería como si la perfección fuera requisito para ser aceptado por Dios. Robert H. Mounce, en su comentario sobre Mateo dice lo siguiente: "Esta declaración (v. 48) ha sido mal entendida con frecuencia. Ha servido como un texto básico para la doctrina del perfeccionismo cristiano, que requiere del cristiano absoluta impecabilidad moral, pero a menudo termina por reclasificar el pecado como algo menos de lo que es" (*Matthew: A Good News Commentary*, p. 47).

Perfectos .—La palabra perfecto es traducida del griego *teleios*. En el Antiguo Testamento la palabra más común para expresar este significado es *tamim*, que significa algo completo, perfecta paz. Aparece 85 veces en el Antiguo Testamento, y es traducida generalmente por *teleios* en la Septuaginta (la Septuaginta es una versión griega del Antiguo Testamento).

En el Nuevo Testamento, *teleios* aparece unas veinte veces, y muchas más en otras formas. El significado primario de esta palabra, en el griego es "madurez", y con frecuencia se usa en contraste con "niño", en el sentido de algo completo, blanco, fin, propósito. Un texto muy conocido donde se encuentra esta palabra es Romanos 10:4: "Porque el fin [teleios] de la ley

es Cristo, para justicia a todo aquel que cree". Aquí *teleios* no significa ni perfecto, ni maduro, sino fin, en el sentido de "finalidad", propósito, blanco. C. B. Cranfield, en su respetado comentario sobre el libro de Romanos, concluye: "Cristo es el fin de la ley en el sentido de que es su blanco, propósito, intención, verdadero significado y substancia: aparte de él no puede ser entendida en absoluto" (*Romans. A Shorter Commentary*, p. 253).

Notaremos algunos lugares donde *teleios* a veces se traduce como perfecto:

1 Corintios 14:20.—La versión Reina Valera Antigua traduce así: "Hermanos, no seáis niños en el sentido, sino sed niños en la malicia, empero perfectos [*teleios*] en el sentido". La misma versión revisada lo rinde "pero maduros en el modo de pensar."

1 Corintios 2:6.—"Empero hablamos sabiduría entre perfectos [*teleios*] (versión Antigua) "Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado la madurez" (versión Revisada).

Hebreos 5:12-14, versión Revisada.—"Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de la palabra de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra, porque es niño. Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado la madurez [*teleios*]".

La versión Antigua traduce así la última cláusula: "Mas la vianda firme es para los perfectos" En estos textos se contrasta *teleios* con "niños", y obviamente el sentido es madurez, no perfección en el sentido de impecabilidad o exactitud moral.

En las palabras que Jesús le dirigió al joven rico se encuentra este vocablo: "Si quieres ser perfecto [*teleios*], anda y

vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme" (Mat. 19:21). Nadie pensaría que Jesús le dijo al joven que si vendía todo iba a ser moralmente perfecto, totalmente impecable. Lo que le dijo es, si quieres actuar con propiedad, con madurez, hacer una decisión sabia, de gente grande —no de niños— vende lo que tienes, y sígueme. Es claro que la palabra "perfecto" que encontramos en Mateo 5:48 tiene la idea primaria de "madurez", invita a actuar con altura, con propiedad, de acuerdo a lo requerido por el Señor.

Contexto.—El texto que estamos considerando contiene una pequeña partícula, "pues", que nos dice que el contexto es indispensable, porque lo que ahora se enuncia es una conclusión de lo que precede.

Es en realidad el clímax de una serie de consejos y amonestaciones que Jesús había dado a un grupo de religiosos que confiaban en exterioridades, sin mostrar interés en el espíritu de su religión. Es en realidad el contexto el que ayuda a definir la perfección que Jesús espera de sus seguidores. Notemos Mateo 5:21-22. Evidentemente los oyentes de Jesús se concentraban en la letra de la ley; creían que matar tenía que ver sólo con el acto de quitar la vida; pero Jesús les hace ver que el mandamiento va mucho más allá que eso; se puede violar el espíritu del mandamiento airándose con el prójimo. Hay palabras, actitudes, que lastiman, que matan, que demuestran lo que hay en el corazón tan ciertamente como el acto de tomar el cuchillo para quitar una vida.

Igualmente con otro de los mandamientos. La pureza emana del corazón, y una persona puede ser impura no importa cuán correcta aparezca su conducta exterior. Se puede violar el mandamiento aun sin llegar a cometer un acto impuro (Mat. 5:27-28).

Los versículos 44-47 proveen el contexto inmediato, y con

una intensidad aún mayor ponen de relieve la altura, la madurez que Dios espera de quienes pretenden ser sus hijos. "Amad a vuestros enemigos" (v. 44). Amar a los enemigos no es cosa fácil; en realidad es imposible para el corazón natural; requiere madurez espiritual; no es cosa de niños. Esta es en realidad la prueba de fuego del cristianismo. ¿Y en base a qué pide Dios semejante cosa?

> Para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?

A la luz del contexto Dios nos ordena ser compasivos, a amar a amigos y a enemigos, sin diferencias, rencores ni prejuicios. El que odia o trata con desprecio a un semejante, cualquiera sea la razón, revela su inmadurez espiritual, no vive a la altura de lo que profesa. La santificación, decíamos, es la renovación de la imagen de Dios en el alma, que se expresa en amar a Dios supremamente y al prójimo como a uno mismo. Cuando prestamos atención al significado de las palabras usadas y a su contexto, es obvio que el Señor no se está refiriendo a impecabilidad o perfección absoluta, sino a madurez cristiana.

Esta conclusión se hace aún más clara cuando examinamos el texto paralelo en Lucas:

> Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, *misericordiosos*, como también vuestro Padre es misericordioso (Luc. 6:35-36).

¿Notamos? "Perfecto" en Mateo equivale a "misericordioso" en Lucas; y eso es precisamente, de acuerdo al con-

texto, lo que Jesús estaba enfatizando. Ser misericordiosos es actuar con la madurez cristiana de un hijo de Dios, porque así es Dios en su trato con nosotros. Las palabras de Jesús en Mateo 5:48 nos presentan el ideal cristiano —lo más elevado que un ser humano pueda aspirar— el de reflejar en su vida, en relación con sus semejantes, el amor divino, porque el amor al prójimo es la manifestación terrenal del amor a Dios. A este respecto nos dice E. G. White: "El ideal que Dios tiene para sus hijos está por encima del alcance del más elevado pensamiento humano. El blanco a alcanzarse es la piedad, la semejanza a Dios" (Ed., p. 16).

Si a esta altura hiciéramos la pregunta: ¿Es posible la perfección cristiana en esta vida? ¿Cómo responderíamos? Naturalmente que debiéramos tener en cuenta lo que se entiende por perfección antes de contestar. Se puede contestar de tres maneras diferentes:

a) Sí, es posible, si entendemos perfección en el sentido visto más arriba, como madurez cristiana, como una perfección *relativa*, teniendo en cuenta dónde está el cristiano en la marcha hacia el reino. La santificación es *progresiva*, lo cual indica que el nivel de hoy no será suficiente mañana, pero hoy puede ser aceptable. Siempre quedará "mucha tierra por poseer" mientras estemos aquí.

b) No es posible, si por ello se entiende impecabilidad total. Naturalmente que si se opera con una definición superficial de pecado, que incluye sólo actos conscientes y voluntarios, podría decirse que sí. Pero la Biblia presenta un concepto mucho más profundo de pecado, no es sólo lo que *hacemos*, sino también lo que *somos*, que afecta y limita todo lo que hacemos. Nunca llegará el día cuando un cristiano no necesitará más repetir el Padrenuestro, "perdónanos nuestras deudas..." (Mat. 6:12). En teología se llama "*perfeccionismo*" a la enseñanza de la perfección impecable en esta vida.

La Biblia habla de perfección; la exageración de esta doctrina, que se centra en el individuo en vez de centrarse en Cristo, es perfeccionismo.

c) No es posible, si queremos decir en un sentido absoluto, "así como Dios es perfecto". Jamás una criatura, ni en esta vida ni en la eternidad, va a ser perfecta en el sentido absoluto como Dios es perfecto. Nosotros siempre seremos *criaturas*, y él siempre será el Creador.

A continuación notaremos algunos pensamientos de E. G. White sobre este particular, ya que algunas de sus aseveraciones han sido a veces mal entendidas. Hay una cita de su pluma que ha sido usada con frecuencia para colocar un énfasis extremo sobre la perfección; es la siguiente:

> Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos (PVGM, p. 47).

Algunos han tomado las palabras "perfectamente reproducido" para hablar de una perfección absoluta; han hecho de esas palabras sinónimo de impecabilidad, y han contendido por una perfección igual a la de Cristo; que el cristiano deberá llegar a ser una réplica de Cristo. Y han llegado a esta conclusión siguiendo el mismo camino que Pelagio siguió hace un milenio y medio con Mateo 5:48: Perfecto quiere decir perfecto; y si él lo pide, es posible, aunque el contexto esté hablando de otra cosa. Si en relación a la cita que mencionamos más arriba nos tomamos el tiempo para notar el contexto, y luego prestamos más atención al pensamiento total de la autora, notaremos que ella no está hablando de perfección absoluta, de impecabilidad. Si observamos los cuatro párrafos que preceden a la cita, notamos que su énfasis no es en perfección moral, sino en amor al prójimo, igual que

> El objeto de la vida cristiana es llevar fruto, la reproducción del carácter de Cristo en el creyente, para que ese mismo carácter pueda reproducirse en otros... El cristiano está en el mundo como representante de Cristo, para salvación de otras almas... No puede haber crecimiento o fructificación en la vida que se centraliza en el yo. Si habéis aceptado a Cristo como a vuestro Salvador personal, habéis de olvidar vuestro yo, y tratar de *ayudar* a otros. Hablad del amor de Cristo, de su bondad... por todos los medios que estén a vuestro alcance tratad de salvar a los perdidos. A medida que recibáis el Espíritu de Cristo —el espíritu de amor desinteresado y de trabajo por otros— iréis creciendo y dando fruto. Las gracias del Espíritu madurarán de vuestro carácter... Reflejaréis más y más la semejanza de Cristo en todo lo que es puro, noble y bello (PVGM, p. 47).

La cita en cuestión sigue a lo mencionado. Es claro que el contexto habla de servicio al prójimo, interés en su salvación, de olvidarnos del yo y tratar de ayudar a otros. Aunque E. G. White tuvo mucho que decir en cuanto a victoria sobre el pecado y santidad, *no* está hablando de eso aquí. Según el contexto, el cristiano perfecto del cual ella habla es el que ama y se preocupa por el prójimo, así como lo hizo Jesús, quien "vivió haciendo bienes". Por supuesto que es más fácil discutir conceptos teológicos que ser un cristiano amante y servicial; pero somos llamados a reflejar el carácter de Cristo, su amor incondicional.

Cuando damos un vistazo a la enseñanza total de E. G. White, ¿creía ella que el cristiano puede *reproducir* el carácter de Cristo en su vida? ¿Abogaba ella por la perfección impecable, absoluta? En el mismo libro que acabamos de citar, encontramos que ella dice que "nuestro Salvador manifestó por nosotros un amor que el amor del hombre *nunca puede igualar*" (p. 314). ¿Puede el hombre igualar, reproducir en su vida el amor de Cristo? No, dice ella; nuestro amor se inspira, se esfuerza por imitar el amor perfecto de Cristo, pero nunca lo puede igualar. En otro lugar escribió:

> El es nuestro modelo. ¿Ha imitado, hermano A, al modelo? Contesto: No. El es un ejemplo perfecto y santo que debemos imitar. *No podemos igualar el modelo*, pero no seremos aprobados por Dios si no lo copiamos y, *según la capacidad que Dios nos ha dado*, lo reflejamos (2 T, p. 549).

Obviamente, según este párrafo, E. G. White no creía que se puede igualar el modelo, por lo que "reproducir perfectamente" no lleva la connotación de absoluto; debemos reflejar el carácter de Cristo "según la capacidad que Dios nos ha dado", lo cual es relativo. A pesar de ello, ella insiste que nuestro deber cristiano es copiarlo, porque eso espera el Señor. La palabra que tradujimos por modelo es "pattern" en inglés. En el mismo libro, en la página 170, ella dice: "No se puede igualar la copia [the copy], pero podemos reflejarla, y de acuerdo a nuestra habilidad, hacer lo mismo"; y en la página 628: "No podemos igualar el ejemplo [the example], pero debemos copiarlo".

Comentando directamente sobre Mateo 5:48, "Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto", escribió:

> [Dios] nos pide que seamos perfectos como él, es decir, de igual manera. Debemos ser centros de luz y bendición para nuestro reducido círculo así como él lo es para el universo...*podemos ser perfectos en nuestra esfera* así como él es perfecto en la suya (DMJC, p. 67).

En el mismo libro y en el mismo capítulo donde se encuentran las palabras que estamos comentando: "Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido...", se encuentra la siguiente observación:

> La planta debe crecer o morir. Así como su crecimiento es silencioso e imperceptible, pero continuo, así es el desarrollo de la vida

> cristiana. En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser *perfecta*; pero, si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un *avance* continuo. La santificación es obra de toda la vida (PVGM, pp. 45-46).

La perfección de que habla es relativa a "cada grado de desarrollo". "Perfección" y "avance continuo" van juntos, porque la santificación es "la obra de toda la vida".

Cuando E. G. White habla de "perfección en nuestra esfera" y que "no podemos igualar el modelo", no quiere decir que ella no le dio importancia a una vida santa, a la necesidad de alcanzar la victoria sobre el pecado. Muy al contrario. Cualquiera que esté familiarizado con sus escritos sabe muy bien que ella continuamente exhorta a alcanzar una norma más elevada, a imitar a Cristo en su perfección y pureza:

> No hay disculpa para el pecado. Un temperamento santo, una vida semejante a la de Cristo es accesible a todo hijo de Dios arrepentido y creyente. El ideal del carácter cristiano es semejanza con Cristo. Como el Hijo del hombre fue *perfecto en su vida*, los que le siguen han de ser *perfectos en la suya* (DTG, p. 278).

Sólo que la señora White tuvo la virtud de ser equilibrada y la capacidad de evitar los extremos de ambos lados. Pudo hablar con claridad sobre la perfección cristiana sin caer en el exceso del perfeccionismo; pudo exaltar la gracia de Dios sin restarle importancia a la necesidad de la obediencia del hombre. Nos animó a imitar a Cristo, a seguir su ejemplo, sin darnos la falsa ilusión de que podremos "igualar" el modelo. Siempre mantuvo clara la perspectiva de que la salvación no se obtiene por imitación, porque es un don de Dios que se recibe por fe, pero que una vez recibida, se manifiesta en una vida de total entrega al Maestro.

La perfección total, es decir, la erradicación de aquello que nos limita y que limita todo lo que hacemos, ocurrirá en

ocasión de la segunda venida de Cristo cuando "esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Cor. 15:53). Agregó el apóstol:

> Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas (Fil. 3:20-21).

Citando las palabras del apóstol, E. G. White escribió en 1901, cuando la iglesia tuvo que hacer frente a ciertos extremos perfeccionistas que surgieron en sus filas:

> Cuando los seres humanos reciban la carne santificada, no permanecerán en la tierra, sino que serán llevados al cielo. Si bien es cierto que el pecado es perdonado en esta vida, sus resultados no son ahora suprimidos por completo. Es en ocasión de su venida cuando Cristo ' transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya (2 MS, p. 38).

Será en ocasión de la segunda venida de Cristo cuando se completará el proceso de restauración de la imagen de Dios en el hombre. Escribió Juan: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es" (1 Juan 3:2). Sí, es en el momento de la glorificación cuando reflejaremos otra vez la imagen de Dios en plenitud, tal como la reflejaba Adán antes de que el pecado la malograra. Otra vez nuestro centro de interés estará totalmente fuera de nosotros: amaremos a Dios sobre todas las cosas y a nuestros semejantes como a nosotros mismos, así como lo hacía Jesús.

Mientras estemos en esta vida, nuestra única seguridad estará en Cristo, que es nuestro "sustituto y garantía", y lo

seguirá siendo hasta que crucemos el Jordán; es "en Cristo Jesús nuestro Señor que tenemos seguridad" (Efe. 3:11-12), "porque en él habita corporalmente toda la plenitud de Dios, y vosotros estáis completos en él" (Col. 2:9-10). Porque "es Cristo en vosotros la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, **a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre**" (Col. 1:27-28).

En la misma presentación citada más arriba, que E. G. White hizo en una sesión de la Asociación General, leemos:

> Mediante la fe en su sangre, todos pueden encontrar la perfección en Cristo. Gracias a Dios que no estamos tratando con imposibilidades. Podemos pedirle santificación. Podemos disfrutar del favor de Dios. No debemos inquietarnos por lo que Cristo y Dios piensan de nosotros, sino que debe interesarnos lo que Dios piensa de Cristo, nuestro sustituto. Somos aceptos en el Amado (2 MS, p. 37).

14

LA FE Y LAS OBRAS

Ya hicimos referencia al hecho de que el gran punto de contención entre los reformadores del siglo XVI y la Iglesia Católica tuvo que ver precisamente con la forma de entender la obra de Cristo para salvar al pecador. Martín Lutero fue profundamente impresionado por la verdad que descubrió en las Escrituras, especialmente en las epístolas paulinas, de que el hombre no tiene que ganar o merecer la salvación ya que es un don de Dios que se recibe por fe.

Para quien había tratado de alcanzar el favor de Dios mediante penitencias y sacrificios de toda clase, la verdad bíblica de la justificación por la fe trajo una paz a su alma que él nunca había conocido antes. Su experiencia fue muy similar a la del apóstol Pablo: él también consideró todas esas cosas como pérdida por amor de Cristo, y deseó ser hallado no teniendo su propia justicia que es por la ley, sino la justicia que es de Dios por la fe (ver Fil. 3:7-9).

La disputa entre Lutero y Roma se intensificó, o más bien giró en torno a la manera en que Lutero rindió Romanos 3:28 en su traducción de la Biblia al alemán. Con el propósito de hacer inconfundiblemente claro lo que el apóstol Pablo estaba diciendo, agregó una palabra que no aparece en el original griego, la palabra *solamente*, y tradujo así el texto: "Concluimos, pues, que el hombre es justificado *solamente* por fe, sin las obras de la ley". Y es verdad que eso es lo que expresó Pablo. Repetidamente dijo que el hombre es justificado por fe,

sin obras "ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él" (Rom. 3:20); "pero ahora, aparte de la ley se ha manifestado la justicia de Dios" (3:21).

El Concilio de Trento se opuso resueltamente a la traducción de Lutero, lo cual es fácil de entender, porque atacaba el mismo corazón del sistema de méritos presente en la Iglesia Católica. Llegó al punto de pronunciar "anatemas" sobre quien creía que el hombre es justificado por fe y nada más.

Trento acusó a Lutero de ser muy selectivo en el uso de las Escrituras, que se concentraba sólo en algunas epístolas de Pablo, y relegaba a un segundo plano otras porciones de la Biblia, que según ellos favorecían la posición de Roma, como el libro de Santiago por ejemplo. Y citaban con insistencia Santiago 2:24 donde dice: "Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe".

Y es cierto que Lutero favoreció aquellas partes de la Biblia que exaltaban a Cristo, y que a otras que según él no parecían lograr este objetivo, consideró de menor valor. Es conocido y lamentable el hecho de que él llamó a Santiago una epístola de "paja" en comparación con las epístolas paulinas, porque parecía enseñar algo tan opuesto a lo que él había entendido que enseñaba el apóstol Pablo.

Después de más de cuatrocientos años las estrategias parecen no haber cambiado. En un reciente debate televisado en los Estados Unidos entre un ministro protestante y un sacerdote católico, sobre "justificación por la fe", el sacerdote volvía vez tras vez a defender la posición de Roma con respecto a la cooperación del hombre en la justificación citando Santiago 2:24. Y no sólo a ese nivel, sino que muchos miembros de la Iglesia encuentran difícil armonizar lo que Pablo y Santiago han escrito. Es por eso que creemos necesario prestar todavía atención a este problema. Si pone-

mos los dos textos lado a lado, encontramos lo siguiente:

> **Romanos 3:28** - Concluimos, pues, que el hombre es *justificado por fe sin las obras de la ley*.
> **Santiago 2:24** - Vosotros veis, pues, que el hombre es *justificado por las obras, y no solamente por la fe*.

Aquí hay, a simple vista, una contradicción. Pablo dice en este texto y en muchos otros, que la justificación es por fe sin obras; y Santiago en forma igualmente clara afirma que no es sólo por fe, sino también por obras. Al analizar estos pasajes en su contexto notaremos que la contradicción es sólo aparente, y que los dos apóstoles están en perfecta armonía.

A través de la historia de la interpretación se han dado muchas explicaciones diferentes a este planteamiento; mencionaremos tres que han sido las más populares. En primer lugar, hay quienes han sostenido que Santiago está debatiendo y tratando de corregir el enfoque "unilateral" de Pablo, presentando otro ángulo de la justificación, que es por fe y también por obras. Para quien cree que la Biblia es la palabra inspirada de Dios, esta explicación sencillamente no es válida. Tanto Pablo como Santiago escribieron inspirados por el Espíritu Santo, por lo que nadie tenía que corregir a nadie. Otros han visto que Santiago no está en realidad contendiendo con el apóstol Pablo y su mensaje, sino más bien contra aquellos que habían malentendido el mensaje de Pablo, y que creían que la justificación por fe sin las obras de la ley les daba licencia para restarle importancia a la ley de Dios. Esta posición pareciera ofrecer más posibilidades, ya que Pablo había sido malentendido más de una vez. Pareciera que trata de anticiparse a posibles malentendidos cuando escribe: "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Rom. 3:31; ver también 6:1,

15). Nos parece, sin embargo, que ésta no es la explicación más adecuada, cuando miramos la situación más de cerca.

Una tercera explicación, y que hace justicia al contexto de las epístolas, es sencillamente que Pablo y Santiago están escribiendo a congregaciones diferentes, con diferentes problemas y por lo tanto sus objetivos son distintos; no se contradicen, ni se combaten, sino que más bien se complementan.

Distinto énfasis.—La palabra justificación está usada por lo menos en cuatro formas diferentes en el Nuevo Testamento, enfatizando distintos aspectos del plan de la salvación. Si notamos esto con cuidado, nos ayudará a entender lo que Pablo y Santiago tenían en mente:

a. Justificados por su **gracia** (Tito 3:7)
b. Justificados en su **sangre** (Rom. 5:9
c. Justificados por **fe** (Rom. 5:1)
d. Justificados por **obras** (Sant. 2:24)

La gracia se refiere a la *fuente* donde se origina la redención del hombre: en Dios que es amor y nos da la salvación como un don del todo inmerecido. La sangre es el *medio* que hace posible la justificación; la sangre fue el rescate que fue pagado para dejarnos en libertad; la fe indica el *método* por el cual nos apropiamos del don divino; es por fe, no por méritos humanos. Y las obras son las *evidencias* que indican que la gracia de Dios fue recibida en el alma. A estas evidencias Jesús les llamó "frutos" (Mat. 7:16, 20).

Distintos usos.—Es muy evidente que Pablo en sus epístolas enfatizó más las formas (a), (b) y (c), en conexión con la justificación. Las tres expresiones están en sus epístolas. Santiago enfatizó la (d); es en realidad el único autor del Nuevo Testamento que usa esa expresión. Pablo está

preocupado por hacer bien claro cómo se salva el hombre: la salvación es provista por Dios y recibida por fe por el pecador; no hay tal cosa como obras meritorias de parte del hombre; sencillamente no es "por obras" (Efe. 2:9). Por otro lado, Santiago enfatiza, no cómo se justifica el hombre, sino cómo debiera ser la vida del cristiano justificado, la vida de quien "dice que tiene fe" (Sant. 2:14); cuáles son los resultados prácticos visibles —los frutos— de la fe que salva.

Distintas audiencias.—¿Y por qué, uno se pregunta, hay tal disimilitud en el énfasis de estos dos escritores? Una lectura aun rápida de sus escritos revela que están escribiendo a congregaciones muy diferentes, con necesidades diferentes, lo que exige que sus enfoques atiendan las necesidades particulares de sus lectores. Es muy claro que Pablo está defendiendo el Evangelio de la gracia de Dios frente a los "judaizantes", aquellos que insistían, al igual que Trento 1.500 años más tarde, que la salvación no es sólo por fe, sino que es por fe más obras. Pablo usó la palabra "judaizar" en su incidente con Pedro en Antioquía: "¿Por qué obligas a los gentiles a judaizar?" (Gál. 2:14). Judaizar evidentemente significaba agregar algo a la fe en Cristo. Nos dice el libro de los Hechos que "algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos" (Hech. 15:1, 5).

El problema que tuvo que afrontar el apóstol Pablo es muy evidente en la epístola a los gálatas. Los miembros de esta iglesia habían sido perturbados por ciertos maestros que le decían que el Evangelio que habían recibido no era suficiente. En su celo por cumplir con otras cosas estaban perdiendo de vista a Cristo. Les dice el apóstol:

> Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No

> que haya otro, *sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo* (Gál. 1:6-7).

Y luego con palabras fuertes los reprocha: "¡Oh, gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya claramente presentado entre vosotros como crucificado?" (3:1). Esta era la situación en Galacia; predominaba una distorsión del Evangelio, un legalismo que peligraba empañar la gracia de Dios, ante lo cual Pablo actuó con toda energía y resolución y les explicó el tema como para que nadie tuviera que dudar: "Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley, porque por las obras de la ley nadie será justificado" (2:16).

La misma preocupación está presente en la Epístola a los Romanos. Ya observamos que el énfasis central de la epístola es exaltar la justicia de Dios, y hacer claro que el hombre no tiene nada meritorio que ofrecer: "En el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe" (Rom. 1:17); "porque por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él..." (Rom. 3:20). Señaló además que el fracaso de Israel consistió en que "ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado de la justicia de Dios" (Rom. 10:3). Escribiendo a Tito abundó sobre el mismo tema: "Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia..." (Tito 3:4-5).

Por otro lado, Santiago afrontaba una situación muy distinta; el problema en su congregación no era un celo equivocado, sino todo lo contrario, una total indiferencia a las demandas del Evangelio. Habían caído en un conformismo

religioso donde su fe no iba más allá de un asentimiento intelectual a la verdad; decían que tenían fe, pero no había frutos correspondientes; al contrario, al juzgar por los consejos del apóstol, había bastante "fruto silvestre" en la Iglesia. Entre las dificultades existentes había problemas creados por la crítica: "Si alguno se cree religioso entre vosotros y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana" (1:26; ver 3:1-12). Hacían "acepción de personas" (2:1-4). Eran indiferentes a las necesidades de sus hermanos (2:14-17). Había "celos amargos y contención" (3:14) y "murmuración" de los unos contra los otros (4:11), y parece que en general no tenían a Dios en sus planes (4:13-15). La preocupación de Santiago es despertar a la iglesia de la indiferencia, hacerle claro que la fe genuina va acompañada de obras, ya que "la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (1:27).

La epístola de Santiago es casi un ruego a personas que hacían profesión de fe, pero que sus vidas no correspondían con su profesión. Usa alrededor de veinte veces la palabra "hermanos", como que estuviera tratando de acercarse a ellos para que le escucharan. Además, la breve epístola contiene 54 verbos que están en el modo imperativo: las órdenes, las demandas que el Evangelio impone sobre quien pretende haberlo aceptado. A diferencia de Pablo, Santiago no está tratando de corregir la teología equivocada de nadie, sino más bien mover a aquellos que pretendían tener fe a dar evidencias de que poseían el artículo genuino.

Distintos significados.—Debiéramos también observar que Pablo y Santiago usan las mismas palabras, pero les dan un significado diferente. Santiago usa la palabra "fe" más bien como ortodoxia, como asentimiento a la verdad; para Pablo la fe es un principio dinámico, es entrega del alma a Cristo.

Cuando Santiago habla de "obras" que se esperan en la vida del cristiano, habla de obras de fe, del fruto que una fe genuina produce. Pablo usa el mismo término para referirse a las obras de la ley, a los intentos que hace el hombre de ganar el favor de Dios. El habla de las obras en el contexto de las bases de la justificación, mientras que Santiago se refiere a ellas como el resultado de la fe.

El ejemplo de Abraham.—Cuando tomamos todo esto en cuenta no es de sorprenderse que ambos usan el ejemplo de Abraham para probar su punto: Pablo para probar que la justificación es por fe, sin obras, y Santiago para demostrar que la fe genuina se manifiesta en obras. ¿Pero habíamos notado que ambos se refieren a diferentes momentos de la vida de Abraham? En Romanos 4 y Gálatas 3, Pablo cita la experiencia de Abraham registrada en Génesis 15, cuando Abraham "creyó a Jehová y le fue contado por justicia" (15:6); en la justificación de Abraham no contaron las obras. Santiago, por otro lado, cita otro momento de la vida de Abraham, años más tarde, registrado en Génesis 22, cuando Abraham demostró, ante la prueba suprema de sacrificar a su hijo, que su fe era genuina. "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre cuando ofreció a su hijo sobre el altar?" (Sant. 2:21) y enseguida dice que así se cumplió, o se puso de manifiesto lo que dice la Escritura: "Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia" (Sant. 2:23).

Es claro que Santiago no está contrastando dos métodos de salvación —uno por fe y otro por obras— sino más bien dos tipos de fe: una dinámica, que salva, la otra muerta, que no salva, que no es fe en realidad.

Pablo y las obras.—Con frecuencia persiste un malentendido con relación al apóstol Pablo. Debido al hecho de que fue tan claro en enfatizar la salvación por la gracia de Dios sin obras, hay quienes creen que no había lugar para las obras en

su teología . Al igual que Santiago, enfatizó repetidamen necesidad, la inevitabilidad de las buenas obras en la vida cristiano. Sería un ejercicio provechoso y para mu revelador leer las epístolas de Pablo y marcar con un c especial cada pasaje en el que habla de buenas obras; tal nos sorprenderíamos. Notemos los siguientes ejemplos:

> Tenéis por vuestro fruto la santificación... (Rom. 6:22)
> Abundéis para toda buena obra... (2 Cor. 8:9)
> Sino la fe que obra por amor... (Gál. 5:6).
> Creados en Cristo Jesús para buenas obras... (Efe. 2:10).
> Sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que pro piedad (1 Tim. 2:10).
> Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, rosos... (1 Tim. 6:18).

Santiago y la gracia.—Aunque ya establecimos que el jetivo de Santiago no es explicar el cómo de la salvación, más bien poner de relieve la responsabilidad de quien aceptado la salvación, él por supuesto, reconoce la graci Dios.

> Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto... (1:17). Pero él da mayor gracia.... Dios resiste a los soberbios, gracia a los humildes (Sant. 4:6).

Pablo y Santiago en armonía.—Si tomamos el tie para analizar con cuidado los escritos de estos dos apóst encontraremos que no se contradicen, ni se combaten, s que están en perfecta armonía mientras tratan de atender distintas necesidades que se presentaban en las iglesias a cuales dirigieron sus cartas. Pablo es enfático al sostener q la justificación es sólo por fe, y Santiago no es men específico al insistir que la fe genuina va acompañada buenas obras. Y en realidad Pablo unió estos dos concept

en forma magistral cuando dijo: "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (Gál. 5:6). Cuando las obras no están motivadas por amor, la obediencia es legalismo; cuando la fe no se manifiesta en buenas obras, no es fe en realidad.

Y este es el énfasis consistente en la Escritura; Dios salva por su gracia, una gracia que al mismo tiempo capacita y motiva al individuo para obedecer. Este mismo orden de cosas se ve claramente en la obra grandiosa de Dios de salvar a Israel de la esclavitud egipcia. La liberación fue exclusivamente la obra de Dios; pero tan pronto como los israelitas estuvieron redimidos, la nube que los guiaba los llevó al Sinaí, donde recibieron la ley de Dios. Y si bien es cierto que la ley fue dada a un pueblo redimido, Dios esperaba que su pueblo redimido la obedeciera, que los principios de esa ley fueran los principios guiadores de sus vidas. Muy en armonía con este principio, E. G. White escribió: "Si bien es cierto que las buenas obras no salvarán ni a una sola alma, sin embargo es imposible que una sola alma sea salvada sin buenas obras." (1 MS, p. 442). La salvación no es *por* obras, dice Pablo, pero es *con* obras, nos recuerda Santiago.

Las palabras del Señor Jesús, registradas en el Evangelio, subrayan en forma inconfundible la relación que existe entre la fe y las obras, y presentan al mismo tiempo un verdadero desafío a todo aquel que se dice ser cristiano: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15).

CONCLUSION

Las reflexiones que hemos ofrecido en las páginas precedentes distan mucho de ser exhaustivas. El tema tratado es tan vasto e insondable como lo es el amor de Dios. Nuestras mentes finitas jamás podrán abarcarlo en su totalidad. Sin embargo, Dios ha tenido a bien darnos en su Palabra suficiente información para saber quién es Jesús y cómo nos salva. En realidad, el propósito central de la Escritura es revelar a Cristo y hacernos sabios para la salvación. Así lo dijo Jesús: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6).

La Biblia nos presenta claramente a Jesús como el Dios-hombre. Juan nos dice que "aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros..." (Juan 1:14). El Carpintero de Nazareth era divino, era Dios encarnado. Cuando Cristo asumió la humanidad, la asumió real y totalmente pero no por eso dejó de ser Dios. Tomó sobre sí la humanidad en forma voluntaria y se sometió a su Padre para llevar a cabo su misión terrenal, lo que no significó el abandono de ninguno de sus atributos divinos. Fue en verdad Emanuel, "Dios con nosotros" (Mat. 1:23).

También nos dice la Escritura que aunque fue verdadero hombre, semejante a nosotros, era al mismo tiempo el "*unigénito* del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). Y fue único en el sentido de que él no necesitó redención como los demás descendientes de Adán—él era el segundo Adán.

Nosotros nacemos en pecado y estamos bajo condena (Rom. 5:18). El vino para librarnos y para redimirnos (4:5; Heb. 2:15). Y si bien llevó en su cuerpo nue enfermedades—las limitaciones físicas de la raza hum después del pecado — desde su mismo nacimiento fue " inocente, sin mancha, apartado de los pecadores..." (7:26).

Como hombre fue tentado en todo, aunque es claro qu fuerza de las tentaciones que él tuvo que afrontar fue de nivel superior al que nosotros tenemos que afrontar. resistió y venció, y experimentó toda la potencia de tentación. Nosotros a menudo somos vencidos y desco cemos la fuerza avasalladora de la tentación (Heb. 12:4)

El Señor Jesús vino no sólo a vivir entre los hombres y principalmente, a "dar su vida en rescate por muchos" (10:45). "La paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23) y al a redimirnos, asumió nuestra deuda, y tuvo que dar su para poder cancelarla. El se constituyó en nuestro sustitu que "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (53:6); y al morir en la cruz, inocente en sí mismo, pero carg con nuestros pecados, lo hizo como una "ofrenda y sacrifi a Dios..." (Efe. 5:2). Al dar su vida, canceló en su totali la deuda que pendía sobre nosotros.

Es por eso que la Escritura insiste en que la salvación es "dádiva de Dios" (Rom. 6:23) y que debe ser recibida por No podemos comprarla porque ya ha sido comprada; podemos hacer méritos, porque los méritos de Cristo son su cientes. ¿Cómo la recibimos entonces? El apóstol Pab contesta: "Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no d vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie" (Efe. 2:8-9). La justificación es por la fe en Cristo— él es el objeto de la fe—es fe en Cristo y en sus méritos sacrosantos. Así como nuestros pecados fueron puestos sobre

Cristo, su justicia nos es imputada a nosotros. Pero justificación es más que una declaración legal, por la que Dios declara absuelto a quien cree en Cristo; es justificado sólo aquel que cree. Y fe en Cristo significa no sólo creer algunos conceptos a nivel teórico sino confiar en Cristo. Quien de veras cree en Cristo se une a él como el pámpano está unido a la vid (Juan 15:4-5).

En el creyente se opera una transformación de la naturaleza, ya que el propósito de la redención no es sólo perdonar pecados, sino tansformarnos a la semejanza divina, es restaurar en el alma la imagen del Creador. Dios no sólo perdona, sino que transforma. El pámpano conectado con la vid lleva ahora fruto, que se hace visible; "Se notará un cambio en el carácter, en las costumbres y ocupaciones. El contraste entre lo que eran antes y lo que son ahora será claro e inequívoco" (CC, p. 58).

Esta transformación es un proceso, es un asunto de crecimiento, de una confianza y entrega cada vez mayor de la vida a Dios. Como bien lo dijera el sabio Salomón: "La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Prov. 4:18). Este proceso encontrará su culminación en momentos de la segunda venida de Cristo, porque "sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2).

No debemos olvidar que la esencia de la vida cristiana no es asentimiento teórico a ciertas doctrinas bíblicas, sino una relación personal con el Señor Jesús, quien es el centro, no sólo de la Escritura, sino de la experiencia cristiana. Hace dos mil años Jesús confrontó a los discípulos con una pregunta fundamental: "¿Y vosotros, quién decís que soy?" Estas palabras de Jesús fueron dirigidas tanto a los discípulos de antaño como a nosotros hoy. El destino de cada ser humano se determina de acuerdo a la respuesta que dé a esta pregunta.

Amigo lector: ¿La has contestado ya? ¿Has aceptad Cristo como tu sustituto y salvador? ¿Es él el centro d vida? Si de alguna manera este trabajo te ayuda a cont afirmativamente a esta pregunta, ¡alabado sea el Cordero fue inmolado y es digno "de recibir la gloria y la hon poder" (Apoc. 4:11).